

“LEWU”

“El arco iris”

Todos los capítulos, se inician con poesía en prosa, extraída de poemarios del autor

Ilustración de tapa: Toba. Año 2008.

Gustavo A. Vaca Narvaja.

Derecho de Autor N° 200229/18

Fecha de impresión: Agosto de 2018

“*LEWU*”

“El arco iris”



Gustavo Adolfo Vaca Narvaja

2018



“Escribir un relato no es describir la realidad con palabras sino hacer que la palabra sea real. Únicamente de este modo “La palabra” real, puede crear los mundos imaginarios de la fábula.”

Roa Bastos

“En la Cámara de tortura lo interroga en enviado por el Rey

-¡Quiénes son tus cómplices?-

Y Tupac Amaru contesta

*-Aquí no hay cómplices que tú y yo. Tú por opresor y yo por libertador
merecemos la muerte-*

Y Tupac.... fue condenado a morir descuartizado”

Eduardo Galeano

Tal vez, éste sea el diagnóstico exacto de Eduardo Galeano, cuando sintetiza en pocas palabras que no merecen ser ampliadas dos figuras claves: El “*Opresor y el Libertador*”. Una dupla que luego se repetirá a lo largo de nuestra historia, en toda América. LEWU, no es parte de esa historia, porque es una novela ubicada “*imaginariamente*” en “*El Impenetrable*”, lugar de convergencia de tres provincias argentinas: Chaco, Salta y Formosa. Lugares estos, donde los primeros pobladores criollos, comenzaron en 1910, apropiarse de las tierras de **Tobas, Pilagá y Wichis**. Allí fui a olfatear la historia y a encontrar personajes. No puedo decir que estuve

en el centro exacto de ese territorio. No pude llegar al corazón mismo. No tuve cómo. Pero conocí la zona y estuve con algunos descendientes *Tobas, Pilagá, Wichis*. Me impactó la humildad de su pobreza y el envidiable orgullo de su raza. Yo me avergüenzo de su injusta vergüenza. El silencio, es una misteriosa navaja que inquieta el alma, y el temor; un aguijón traicionero, que se infiltra en la piel sin dejar más rastro que una aureola roja con desprecio y descalificación persistentes

Tenemos incorporada una discriminación racial vetusta y oculta, que muchas veces se vuelca sobre el aborigen, humillando, hiriendo su género, como si hubiese un trinche de filoso, capaz de excavar su historia y denigrar su tradición. La víctima, solo atina a mirar el cielo y a veces, a sumergirse en el barro y la oscuridad, para encontrar la razón de tanta injusticia, donde las sombras, son las únicas que se ocultan de la noche y escapan taciturnas de la brisa grácil, hasta que es en la luz del alba donde renacen sus contornos. Cuando tuve acceso a los libros de Marcelo Valko, comprendí muchas cosas. Recorrer con casi dos centenares de aborígenes, en los 81 días en su libro “Malón de la Paz”, fue impactante. Más aún en su segundo libro “*Pedagogía de la Desmemoria*”, documento necesario, donde Valko rescata los “invisibles” de la historia, de un tremendo genocidio disimulado. Voy a aportar algunos conceptos de Valko, quien me autorizó hacerlo, incluso textualmente. Ambos libros son edi-

tados por Editorial de Madres de Plaza de Mayo. Todo un símbolo.

Otro libro muy interesante, es de **Gastón Gordillo, antropólogo dedicado fundamentalmente a trabajos de investigación de Tobas y especialmente Qom en Formosa**: publicó 2005 “Nosotros vamos a estar acá para siempre” sobre Historias Tobas/ Editorial Biblos. Nos acerca su pensamiento y reflexiones y cuenta la historia de Tobas en el Oeste de Formosa, en reconstrucción de la memoria social, colonización criolla, evangelización, migraciones laborales a los ingenios, y su lucha por la propiedad de la tierra. Dice: *“Un tema recurrente en la memoria de la gente Qom, es que ellos, han logrado sobrevivir a pesar de una larga historia de violencia, sufrimiento y adversidades, marcada por la llegada del ejército, la reducción de sus tierras por la colonización criolla, las enfermedades que los diezmaron en los ingenios azucareros, la degradación ecológica del monte, y las condiciones de pobreza imperante”* La lectura detallada sobre vida, costumbres, leyendas, tragedias de los Tobas, no nace de fantasías del autor, nace de la misma palabra de los Tobas, Wichis, Pilagás, Mocovíes, Mataco, Chulupi ect. Si tuviésemos que trasladar los relatos “grabados tal cual” no estaríamos lejos de incursionar en el género de las novelas fantásticas, o Realismo Mágico. Pensar en personajes que habitaban la noche en los ingenios, transformados en animales, u hombres y también niños, que buscan su presa para comerlos, como la ofrenda del patrón que engordaba a la presa castrándolo para el engorde. O al llamado “Familiar”

que se transformaba, extorsionaba y cuidaba a los aborígenes en sus trabajos sometiénolos al miedo, muerte, y desaparición. O los bailes, que buscaban romper las prohibiciones de la iglesia y danzar en búsqueda de su pareja nocturna. También los relatos de muertes masivas por “la peste” que diezmaba hombres mujeres y niños con un ataque contagioso y generalizado que temían y padecían. El valor de estas “entrevistas grabadas” está basado justamente en sus protagonistas, y sobrevivientes tomadas en los 90 y también familiares, que acompañaron a sus padres o hermanos a los ingenios. Es su palabra fresca, sin correcciones, con nombres apellidos, relatos y dolor, fantasías y realidades. Tiene validez histórica y cruda de situaciones insospechadas que en este siglo XXI nos parecería propio de una novela tipo Macondo, pero más trágica e inverosímil. La vida sometida, dependiente y humillada de esos trabajadores aborígenes, raya la crueldad y solo estamos hablando de los años *1915-1930, trasladados con la palabra a los 90 y siglo XX*. Un libro imperdible Curiosamente el problema de los Qom en Formosa, se mantiene aún hoy 2017, revividos alternadamente, o muchas veces, en las primeras planas de los medios gráficos.

Recuerdo en Las Lomitas, -cabecera del impenetrable en Formosa- a una anciana *Pilagá*. Yo estaba camino de regreso, y ella se acercó para vender una artesanía. Una mujer delgada, sufrida, desdentada y arrugada, no por ello anciana, pero lo surcos del rostro desnudo a la intemperie dejan

marcas. Y ella las tenía. Luego de examinar su artesanía vegetal increíblemente perfecta, le compré una y entablamos conversación; en la mitad de charla amena le pregunto ¿Y donde vive usted? –Yo- contesta en media lengua, *-vivo a 125 pesos de acá-* No comprendí al comienzo como era esta referencia; luego, ella me explicó que era el precio de un auto de alquiler, para regresar a su casa. No había colectivo para esa zona. Y allá fuimos. Su casa era tal vez la más antigua, un techo precario de vegetal, seis columnas de troncos y sus enceres al descubierto. Estaba instalada en una especie de patio de tierra alisada. El sol, se desplomaba en cascada. Sin embargo, la falta de paredes permitía que el aire circulara con libertad absoluta. Unos niños –nietos- pequeños por cierto, jugaban en la explanada seca. Mi pregunta fue entre otras, el por qué de la vivienda abierta y ese patio tan seco - *Aire y alimañas-* me contestó. Las paredes detienen el aire, y las alimañas, no entran a la zona laboriosamente limpia y descubierta. Esa gran familia asentada en un predio no mayor de dos hectáreas, desbordaba un silencio medido y prolijo; tenían ellos, una mirada vivaz y profunda. Son hombres y mujeres del monte, habitados por la inocencia, en una zona durísima para vivir por veranos calientes, entre el enrejado natural de ramas, árboles y arbustos, que dieron alguna vez la fama de ser impenetrable. Hoy, ya no lo es tanto, y su tamaño, ha sido progresivamente reducido. Es como si su destino en la vida, estuviese penado a una desganada evaporación; lo que confirma ser la regla de este mundo a su propia destrucción. Sin embargo, hay una beldad ruda que

equilibra lo ilusorio, a lo existente. Lo bello, tal que vez tiene, comienza a extinguirse en esa alocada ambición del hombre blanco por poseer; aún, cuando la belleza, muchas veces pertenece a una fantasía. Esa hermosura, se diluye en ese imperio del silencio, y asume una libertad propia y eterna. Allí, es donde LEWU florece en la disputa brava de aguas del Bermejo y la novela emerge en esa efervescencia de espumas conjugadas. Es el arcoiris; eternamente activo de luz. Desafiante con su arcada perfecta. Adormilada en noches cálidas de lunas mimadas en serenos amaneceres cantados, o en alboradas naranjas y rojas, lisonjeadas por coros sagaces de aves vistosas y mágicas, tan anticuadas, como el tiempo mismo y tan ostentosamente solemnes y prudentes, como su danza o su coro. Admirable es entonces, como en esa vida, exuberante e inmodesta LEWU, estará a tu alcance, y habrás visto, esa maravilla, y también, el dolor y la tristeza, que rodeó la vida de todos sus protagonistas.

LEWU es una novela que dormía el sueño natural de una obra concluida. Hacía algunos años que estaba esperando su nacimiento, su ocasión, su minuto de salir a la superficie. Fue en el segundo semestre del 2010, cuando “apareció” Marcelo Valko, con sus dos libros “*Los indios invisibles del Malón de la Paz*” y “*Pedagogía de la Desmemoria*” y *Crónicas y estrategias del Genocidio inviable*. Ed. Madres Plaza de Mayo.

Y allí cambió todo. Hubo un destello de luz. Se abrieron caminos nuevos. El conocimiento irrumpió, en búsqueda de la verdad. LEWU cobró vida. Supo que parte de su his-

toria estaba identificada en esa notable obra, y se animó a contarla. Tuvo el privilegio de ser leído y comentado por Marcelo Valko,

En el “Malón de la Paz”, Valko describe con detalle y con documentación probada el traslado de 174 Kollas desde Salta y Jujuy hasta Plaza de Mayo, entre el 15 de mayo al 2 de agosto de 1946 quienes de esta forma pretendieron “emerger de la invisibilidad” es un detallado relato, desgarrante y sorprendente. Y digo desgarrante, porque uno vive en la lectura, los sinsabores de ese grupo de aborígenes decididos a buscar repuesta a un reclamo: “la propiedad de su tierra”. Algo aún en este 2017, no está resuelto, y aún pendiente. Desde la preparación, desarrollo y camino recorrido por el Malón, hasta su regreso frustrado, Valko incursiona en un relato metódico y contundente. Las hipótesis del por qué de la frustración, dependerá, estoy seguro, de una indagación rigurosa posterior. Lo importante, es que están planteadas las hipótesis. No es casual, el rechazo a su publicación por seis editoriales y como textualmente dice Valko en Pág. 23: “Finalmente y siguiendo esas extrañas casualidades lógicas o casualidades que tiene nuestra pobre Argentina, el libro Invisible, que trata sobre indios invisibles, terminó editado por Madres de Plaza de Mayo, que tienen hijos desaparecidos”. Valko nos ilustra sobre la proporción de “indios” que tenemos entre Argentina y Brasil, por ejemplo, y destaca que los argentinos tienen porcentualmente, sobre la población -en su último censo-, los siguientes datos (Pág. 64). “La Argentina

blanca y Europea tiene mayor cantidad de indios que nuestro vecino amazónico, no solo numéricamente, sino también, con el porcentaje total de población. Argentina tiene 900.000 sobre 38 millones frente a 329.000 indios censados por la fundación nacional del indio en Brasil, que tiene 185 millones de habitantes”, datos que sorprenden a todos.

Recuerdo en una localidad importante del Impenetrable en Chaco, cuando en la plaza busqué nombres de aborígenes en las primeras promociones escolares que figuraban en el monolito de cemento con placas de bronce. “No había ninguno”. La novela LEWU, justamente, incorpora esta observación, que será clave en su desarrollo. También nos certifica Valko, en página 194, que “*La marcha había sido un éxito quíerase o no, después de caminar 2000 Km. durante esos 81 días*”. Y lo fue. La continuidad de este proceso de lucha, que naturalmente se dará, a pesar, y con el pesar, de corporaciones e intereses económicos, permanece vigente.

Pero pasemos al segundo libro “La pedagogía de la desmemoria”
Dice Valko:

“Uno de los principales logros de la desmemoria, es la sustitución de la realidad histórica, lo que produce una fantasmagoría social. De ese modo, nos encontramos habitando una suerte de realidad paralela, una realidad ficcionalizada. Una ignorancia devaluatoria que mantiene eterno un status quo de frustración e invisibilidad. Un analfabetismo de conciencia, que, por ejemplo, cree y confunde a aquella relación malsana que establece la dialéctica de la burbuja blanca de Buenos Aires,

intoxicadas con las propias toxinas que la llevan a soñar con ser la París de Sudamérica, frente a un territorio extenso poblado de mestizos, con los que tiene poco y nada que ver.”

M Valko (Pág. 44)

LEWU es una novela de ficción, cruda y angustiante. Basada en una vida de tormentos y privaciones. Una vida de represión y abuso. Una vida de supervivencia y también, de amor. Estaba yo en Castelli. Venía de leer los libros de Patricio Doyle: *“Silotaj”* una historia del mundo Wichi, y *“Camino desde la marginación a la libertad”*; justamente sobre Sauzalito, de los wichis chaqueños, lugar al que no pude llegar, pero sí a Nueva Pompeya- posteriormente-. Doyle ex sacerdote, convivió más de 20 años con los Wichis en el impenetrable en los años de plomo del 76, escribió dos libros muy interesantes. Allí, en Castelli, cuando en un contexto encontrado por azar, se inicia un camino sin retorno, emergieron dos personajes y una imagen. Personajes que absorbo e incorporo a la historia y luego, dejo que ellos inicien el camino. Zakin y el periodista-obligado por el medio de comunicación-, que resultan incorporados a la trama, en forma dramática. Él viene de esa burbuja blanca de la ciudad, pero descubre esa “realidad paralela” que Valko muchas veces describe tan bien. Y ella, llamada Zakin, nacida de la misma naturaleza del monte impenetrable. Extrañamente desafiante; orgullosamente bella, bañada con hebras de som-

bras, y luces de medias mañanas repartiendo indulgencias, a propios y extraños. Un contraste. Dos historias y un final.

Hay que recordar que los últimos cruzamientos de ADN en Argentina, revelaron en el año 2010, que más del 50% de los argentinos portamos sin saber, genes de nuestros ancestros aborígenes.

“De lo que aquí se trata es de explorar olvidos, desenterrar las mentiras, como axiomas académicos y explicar oscuridades que pretenden eternizarse en el imaginario. Tenemos el deber de develar, es decir quitar velos. Son muy poderosos los intereses de aquellos políticos y empresarios de la pobreza que necesitan que los pueblos originarios mantengan su lugar de siervo de la gleba, de combustible biológico, de bárbaro sin raciocinio ni cultura, de sirvientes; en definitiva, de esclavos ante la sombra del amo”

M. Valko (Pág. 45)

En LEWU, esa exploración del escenario agreste, justamente trata de desempolvar la falsedad, el terror, el miedo, la esclavitud, el abuso, el desprecio y la explotación. La trama se desarrolla entre esos intereses políticos y económicos de los “empresarios de la pobreza”, como acertadamente dice Valko. Comenta Víctor Hugo en su libro Los miserables: *“No temamos a los ladrones y asesinos. Esos son peligros exteriores. Temámonos a nosotros mismos: los prejuicios. Esos son los ladrones y los vicios son los grandes asesinos. Los grandes peligros están adentro de nosotros”*

“Los autores de ayer y hoy, insisten en tratar el problema “indio” y desbordan en calificativos despectivos. Los sitios en que habitan los “salvajes” se denominan reiteradamente como “nidos”, “madrigueras”, “guaridas” Se busca asociar en todo momento a los pueblos originarios, con la animalidad”

M. Valko Pág. 75 Pedagogía de la Desmemoria

Y qué de sorpresas incorpora LEWU en aquellos lugares despreciados. La realidad es que esos territorios, son el hábitat natural de una vida distinta, donde el hombre y la naturaleza comulgan desde el amanecer, hasta que la oscuridad, entrega la paz del sueño. Viven con la naturaleza. No contra de ella, como la civilización. Las creencias dioses propios; leyendas de riqueza inigualable, fueron estigmatizados y sepultadas, mediante la cruz y la espada en aras de la civilización.

Octavio Paz en el *“Laberinto de la soledad”*, tiene un concepto interesante para esta introducción. Dice textualmente: *“El terror obedece al mismo principio de la persecución; comienza contra grupos aislados, razas, clases, disidentes, sospechosos, hasta abarcar a todos. Al inicio, una parte del pueblo contempla con indiferencia el “exterminio de otros grupos sociales, o contribuye a su persecución, pues se exasperan los odios internos. Todos se vuelven cómplices, y el sentimiento de culpa se generaliza”* En suma, la historia podrá esclarecer el origen de muchos de nuestros fantasmas, pero no los disipa.”

La novela se desarrolla entre lo real y lo imaginario; pero dentro del concepto del género fantástico, y me limito a lo que dice *Todorov* sobre el particular: “*El género fantástico, se encuentra entre lo insólito y lo maravilloso, y solo se mantiene el efecto fantástico mientras el lector duda entre una explicación racional, y una explicación irracional*”. De allí que al inicio de este epílogo comentaba el impacto personal que había tenido luego de lectura de libros de Marcelo Valko. Esta novela corta, terminada y dormida hace unos años, esperaba su nacimiento y emergió.

¿Qué es lo real y que lo imaginario en la novela LEWU? Dejo al lector la última palabra. Viene entonces muy apropiada esta cita:

“El Robo de un pueblo jamás prescribe. Esas grandes estafas no tienen porvenir, no se borra la marca de una Nación, como la de un pañuelo”

Víctor Hugo. Los miserables

“Hay un punto en que los infortunados y los infames, se mezclan y se confunden en una sola palabra fatal: los Miserables.”

Victor Hugo

“Y el mundo estaba solamente poblado por hombres; cientos o miles, no sabían cuántos, pero ellos trataron de perpetuarse en calabazas. Sí, calabazas a las que hacían un hueco, allí colocaban su esperma y luego las sellaban con la tapa del vegetal cuyo borde había sido untado con miel. Luego esperaban que las criaturas se desarrollasen. Según ellos, el producto final se disolvía por hambre. Durante años, colocaron vigilantes en las orillas de los ríos donde solían pescar para resguardar zonas exclusivas. Utilizaron loros, zorros y después águilas; finalmente caranchos hasta que uno de éstos, en un amanecer, vio un resplandor en el horizonte y voló a él. Decenas de mujeres bajaban en sogas desde el cielo. Hermosas, desafiantes. El carancho avisó a los hombres de la aldea más cercana. Estos concurrieron a la mañana siguiente al lugar. Cientos de mujeres bajaron y los enfrentaron. El más ambicioso se apropió de una y la llevó a su choza. Cuando la hizo suya, los dientes de la vagina cortaron su miembro, entonces huyó, gritando esa mutilación tremenda. Los brujos ensayaron una prótesis con rama de garabato, que prendió como injerto. Otra madrugada, el hombre, aun sabiendo del peligro, se enfrentó nuevamente a decenas de mujeres que bajaban otra vez a perseguirlos. Eran canibales. El mutilado llamado Cüiqu, lanzó piedras a las vaginas que al ser atrapadas perdieron sus dientes. Por fin cada hombre hizo suya a una mujer, iniciándose así el mundo...”

Leyenda toba



GAVN

I

*“Cuidado con aquel audaz y procaz personaje que obcecado
intuye el camino de su víctima, y teje sin
premura una cuidadosa corteza artesanal, capturando
una autonomía grácil, enfocada por sombras”.*

... “Se sospecha que la muerte de Onatac fue consecuencia de la magia negra. En forma inmediata, el cacique con un filoso cuchillo cortó su lengua y, abriendo el tórax, fue directamente al corazón. Extrajo el órgano y se lo tiró a los perros para que encontraran al chamán enemigo y se cumpliera la venganza del finado...”

Alejandro terminó de leer en voz alta el artículo impreso con una gran foto de Onatac, luciendo marmóreo, inerte, exangüe, sin vida sobre la mesa de cocina de algarrobo puro: la boca y el tórax cubierto con grandes aureolas púrpuras; los ojos hundidos, pequeños, como si hubiesen sido sometidos a una técnica de desaparición extraña. Inmediatamente vino a su memoria— y no sabe por qué— la imagen de una pintura de Goya; los viejos comiendo y riendo con sorna, porque uno de ellos, a pesar de estar vivo, tenía el mismo color de un rostro cadavérico, remedando en esa pequeñez momificada la sombra de ambos ojos, como si representase una ceguera prematura a la muerte o el reclamo quizás de una justicia que se niega a averiguar la verdad tal como estaba sucediendo con este truculento hecho. Bautista siempre estuvo en contra de la prensa amarilla, el morbo se impone como moneda de cambio para aumentar ventas. Esa foto, que posiblemente sería premiada, había burlado para siempre la dignidad de ese indígena.

La brutalidad de la imagen de Onatac vaciado no se diferenciaba de magistrales pinturas que él siempre criticó en museos y revistas. Sintió un fuerte estremecimiento, como si su cuerpo hubiese sido herido por una daga filosa, pero trató de disimular su estado. Su objetivo no era demostrar sentimientos ni el deleite de su vanidad, sino entusiasmar a su amigo periodista que escuchaba taimado. Se conocían hacía muchos años. Trabajaban como periodistas, pero Alejandro había demos-

trado ser más audaz en la empresa que en la profesión, y había escalado posiciones hasta convertirse en director y dueño del diario. Como resultado de su voracidad oculta y la ambición desmedida, logró el éxito monetario.

Alejandro continuó leyendo mientras su invitado sentado en el sillón escuchaba inmutable, con atención y espanto. Alejandro, como director del diario demostró agilidad empresarial en la crisis de los noventa. Un hombre inteligente, incorporado a ciento veinte kilos de carne y grasa con más del metro ochenta de altura. Sus colegas lo homenajearon diciendo que era un periodista hecho desde abajo, como si la vida fuese una escalera infinita. En su vida profesional logró incorporar capitales a base de concesiones políticas, criticadas pero silenciadas. El rostro rubicundo, la mirada inquisidora y un tic permanente, que coordinaba el involuntario movimiento del hombro derecho con el rictus de la comisura izquierda del labio, lo identificaban en las reuniones de consulta editorial. Mirando de reojo a Bautista continuó con una convicción de triunfo:

“Onatac era considerado un guerrero noble y sabio, de canillas fuertes, muñecas poderosas y hombros musculosos. Todo lo que necesita un guerrero para cazar en las planicies y montes, donde se requiere fuerza y resistencia.... y estaba destinado a ser cacique...”

— ¡Pero...! — la voz de Bautista protestó por primera vez, alterando la sobriedad de la espera. Alejandro no lo dejó hablar y se anticipó:

– Son ritos mortuorios de venganza, Bautista – le aclaró y, dejando el diario sobre el escritorio, se sentó en su vencido sillón. Intuitivamente observó con detalle a su amigo bohemio esperando algún comentario o interés por el tema, casi obligándolo a manifestarse en captura-escape y fin, Bautista. No temen la muerte, como si fuese el último escalón posible de vida dibujada entre sombras y guadañas; no ignoran, que más allá de esa aprensión, existen alegrías eternas donde los que se fueron....“Están” y el que no está aún allí, marchará, como si fuese un halcón mantenido en la perfección del Ángel y similar al vuelo del águila. Será solo entonces, cuando toda profecía, asome tal vez cabalgando en su rostro, como una curiosidad oculta. Recuerda también, el atributo de aquella oración, ante las culturas heridas, que siempre discutimos y nunca nos pusimos de acuerdo

– ¡Yo diría... acciones macabras y salvajes! –exclamó Bautista, mientras encendía un cigarrillo y llenaba el vaso con el agua fría de un termo blanco. Atribuía su propia reacción, a un silencio casi joven, como buen explorador de historias, aturdido a veces de una extraña sensación de eternidad. Su serenidad, muchas veces aliviaba el desconcierto en su impredecible vida. Es sin duda, la inconsolable realidad la que lo alejaba de todo, viviendo el esfuerzo de su fantasía en un territorio imaginario de contornos invisibles. Todo aquello era un símbolo curioso de su naturaleza y personalidad, donde una semilla tienta su creatividad, en sinto-

nía a su sabiduría. Así con la melodía del lenguaje de in-
nombrables pasiones del todo/-cielo/-valle/-luz/y-sombra,
lo alejaron del arrebató, permitiéndole una visión limpia y
serena, del pasante perpetuo. Acosado, por ávidas imágenes
de obsesiva sinceridad, Bautista se atrevió a deshojar la cre-
ación de su imaginación, con el hostil abrazo del entorno
fuerza-poder, como el más sincero valor que intensifica su
fervor. Giró bruscamente y preguntó

– ¿Recuerdas la frase de Pessoa?

– ¿Cuál, Bautista?

– “*El animal se torna hombre por la ignorancia que en él
nace*”; yo agregaría que se vuelve animal, cuando se conoce,
afirmó Bautista con seriedad y hasta enojo. Estaba molesto,
fastidiado, no podía disimularlo. Este tipo de noticias que es-
peculan con el morbo y perversiones de la gente lo indigna-
ban. Siempre mantuvo la misma conducta en sus artículos,
basada en la verdad y en el respeto. Su larga vida de trashu-
mante le había dado experiencia y serenidad suficiente como
para mantener intacta su intelectualidad independiente. Ale-
jandro replicó mientras se servía una taza de café negro.

– No es tan así Bautista; aunque a veces en el hombre
predomina como dices un animal oculto, esa bestia potencial
lucha por salir, pero en este caso...mmm. Conocía a Bau-
tista. Era un ateo irrecuperable y rezongón. Pero confiaba
en su pluma y su criterio. Reconocía que muchas veces le

hizo concesiones para retenerlo en el periódico. Entonces, - agregó- muchas veces, las creencias, o la necesidad de salvar el alma del muerto, llevan a estos actos que pueden impresionar, pero el objetivo es justamente velar por el muerto y salvar su alma. Nosotros como periodistas debemos informar, evitando la obsecuencia, pero también hay que valorar lo escrito. Puede ser parte de tu propia condena... o la escalera al éxito, como un acantilado que separa el crepúsculo de su vuelo, o tu gloria, o que compite en callejuelas de penumbras ocultando imágenes de calamidades y toda ausencia de esperanza. Bautista, revela un mundo frío y distante y un desesperado quita esa quietud con un desequilibrio visible

Alejandro se acomodó en el sillón, bebió dos tragos de café y alcanzó unos papeles a Bautista. El silencio de éste le permitía avanzar:

– El tema del alma es muy interesante, Bautista; ellos consideran que al abandonar el cuerpo, el alma vaga por el espacio hasta encontrar otras almas errantes o un cuerpo vacío. Incluso, aquellos indígenas que han perdido la razón o la conciencia, son considerados vacíos de alma, motivo por el cual los entierran antes de estar muertos “oficialmente” para la civilización. Para ellos, los animales también tienen alma y están ubicadas en determinados lugares. Sostienen que los ciervos la resguardan en sus astas; el oso hormiguero, en pezuñas; las aves, en las plumas. Tiene su lógica cuando

uno descubre en los ritos, el manejo de estas figuras. Estos papeles que te doy, – se los alcanzó– tratan sobre el tema. Es el antecedente vital para entender algunas cosas. Los emok-toba usan la palabra *hi-agit* que significa ‘lo que hace actuar o vivir’. El asunto es encontrar en el cuerpo, el lugar en donde se alberga la muerte. Por ejemplo: si el chamán que asiste a un moribundo considera que la muerte está en la cabeza golpea el cráneo con la maza para matar la muerte. ¿Te das cuenta de lo que te digo, Bautista?... “Matar la muerte”.

Escéptico, Bautista se levantó sofocado; le faltaba aire, abrió la ventana y miró reconfortado el pequeño parque que llegaba hasta la calle. El césped prolijamente cortado se desplazaba sin obstáculos como una sábana verde ondulada, acompañada del cantero de flores donde diariamente depositaba sus colillas de cigarrillos a pesar de las protestas de Alejandro. Sonrió indulgente. “Matar la muerte.... – pensó– . No está mal.” Sabía que lo enviarían a cubrir la nota, suspiró hondamente capturando los perfumes de azahares transportados por una brisa tenue. El huraño periodista se hizo el inocente distraído Su aparición, aleja toda destreza del peligro; su secreto, encierra un templo de visiones, y es capaz de demoler todo símbolo de inocencia, pero su imaginario, tiene esa consistencia rebelde en la escritura. La debilidad, su debilidad, comparte el origen fragmentado en la negación, que a veces enturbia toda celebración armónica.

Tal vez esté perdido en los eslabones de la realidad que rechaza, o de aquellas generaciones enteras que sembraron refugios en piedras colgantes. Bruscamente regresó de estos pensamientos. El tiempo, se mantenía húmedo amaneciendo distante a la voluntad. Sintió hambre y curiosidad

– ¿Y cuál es tu plan, Alejandro? – preguntó con arrogancia.

– Que viajes al lugar y hagas la nota – contestó Alejandro seguro de haber capturado su presa. La figura de Bautista, recortada sobre el fondo de una gran buganvilia, tenía un aspecto divertido.

– ¿Y por qué yo? – preguntó Bautista con envidioso sarcasmo.

– ¿No eres acaso Juan Bautista el profeta?... ¿O la voz que clama en el desierto?..... ¿No eres el hijo del sacerdote Zacarías?... ¡Ahora es cuando debes hacer honor a tu nombre! estalló en una carcajada y palmeó a Bautista en el hombro. Estaba seguro de su triunfo. Creencias de aborígenes vs. Religión de profeta. ¡Todo un título! se burló Alejandro exultante, sabiendo que accedería a su pedido, y agregó con entusiasmo ¡Y fotos, Bautista, muchas!

– ¡No hago fotos, escribo! – contestó malhumorado. La búsqueda del lenguaje, marchó siempre como un hábito, con pretensión de profundizar toda su experiencia vanguardista

Era un punto crucial esto de las fotos, Bautista afirmaba que las fotos restaban lectores. *La palabra puede más que la imagen* era su frase preferida.

– Bueno... escribe, ya veremos cómo obtenemos las fotos. – Alejandro había olvidado que Bautista nunca acompañaba sus artículos con fotos y lo lamentó.

– Fotos nunca; no te olvides que a Juan Bautista lo decapitaron en la fortaleza de Maqueronte – retrucó Bautista, como para advertirle que los riesgos, nunca deben ser descartados pero sí, relatados.

– ¡Sí, Herodes de Antipas dio la orden!... – respondió Alejandro, resignado a la historia bíblica y advirtiendo el destino del ejemplo. Para evitar ser rozado por la comparación, agregó con un sello de orgullo– : ¡Pero no soy yo el que te manda a ser decapitado! ¡Al contrario! Tienes entre manos una buena historia que puedes desarrollar como te plazca. Esta última afirmación fue con voz trémula, dubitativa; pero ya estaba lanzada y no debía entorpecer el diálogo que consideraba ganado. Le ofreció un vaso de agua helada, con varios cubitos de hielo, que Bautista aceptó. Sin embargo, algo no cerraba en todo esto: en cierto modo Bautista desconfiaba. Pero antes de decir sí o no, Alejandro levantó el vaso triunfante. Así evitó muchas veces que el recuerdo pida permiso a la espada de la voz, pero era tarde: Bautista recordó parte de la poesía de Neruda que una vez le mandó a callar:

*El odio es un martillo que golpea tu traje
Y tu frente escarlata
Y los días del corazón caen en tus orejas
Como vagos búhos de sangre eliminada
Y los collares que gota a gota se formaron con
Lágrimas
Rodean tu garganta quemándote la voz como con hielo
Es para que ¡Nunca... Nunca!
Salga una golondrina del nido de la lengua
Y para que las ortigas destruyan tu garganta*

Pensó en ese aborigen: una efímera imagen de Onatác regresó. Calló.

– ¡Brindemos, Bautista! – dijo Alejandro chocando vasos.

El desafío: enlazar el símbolo de la servidumbre y la tragedia. Contiene una trascendencia para su identidad difusa; es como si viviesen, en un mundo inconcluso, pero a su vez dinámico Todas esas voces, profetizaban complicidad de imágenes en esos claroscuros de irrealidades, obligado a vivir, donde las tragedias seguramente traspasan la visión de ese animal inhumano. Descolgado recientemente de acan-

tilados, playas y rocas de sus vacaciones, fue devorado por la palabra. Bautista casi acurrucado, en el rincón oscuro, luego de ser atrapado por ellas, fue ejecutado con un brindis, con el único anhelo de hacer cumplir un mandato: adaptar lentamente la escasa información, con una connivencia compartida a futuro, de un relato perseguido con un extraño y lejano sonido, que tiene la contradicción simbólica entre pensamiento locura; silencio-reflexión-llanto-dolor-manos-contacto-cuerpos-gozo-palabras-canto-danza-ritmo-pasión-fuego-letras-poesía llegada-partida-captura-escape-ojos-miradas-vejez y melancolía-juventud-futuro. Bautista estaba ya de viaje. Hay situaciones, que al ser descubiertas, oscilan demasiado entre la rebeldía y la contradicción.

II

“¡Escucha rebelde!

*Un vendaval de inocencias escapará, cuando resueles
que la bruma... ¡Tu Bruma!, se comporte como un amuleto,
con gracia de espuma
recorriendo desventuras ajenas de todas las pieles heridas,
iluminadas de espejos a futuro, y marcos arañados de utopías”*

Recordó el último diálogo con su amigo Aníbal en Buenos Aires, entre copas y discusiones. Aníbal vehementemente le recriminaba sobre el temor, y recordó sus palabras grabadas a fuego, entre copa y copa, ¡Ah, quita esta palabra Bautista! ¡Quita ese...desecho, es un animal dormido que nos habita y socava lentamente el cuerpo, ampliando la oscuridad, debilitando el espíritu y añadiendo incertidumbre al alma. ¡Quita esa palabra Bautista! –repetía– que nos desorienta, forzando al abandono de nuestros sueños. ¿Sabes que menoscaba y esfuma la humanidad, lo sabes, lo sientes, lo sufres y aún así... dilatas voluntariamente esa agonía?

También pensaba en las advertencias de otras amistades que remarcaron un alerta: ¡Cuidado Bautista, no confíes en Alejandro! y esas distinguidas voces y palabras peregrinas, con imágenes eternas y cautivas, que él recordaba a lo lejos, viven aún hoy, entre sus fantasías errantes. Actualmente se siente profundamente herido, lo reconoce y eso piensan también ellos por su manifiesta desconfianza. Sin embargo, abandonó voluntariamente esos vocablos tan oscuros y ostentosos, o tal vez inciertos, para quienes habían sido “cegados” por titubeos o frustraciones pasadas. Ahora, todo se deslizaba en un solo camino de despedida y sin regreso. “Sin regreso...Bautista” repetía Aníbal. Todos ellos quedan, y tú te vas. Bautista se preguntaba cuales eran los fines de esas promesas que consienten esos abandonos. ¡Ah, es una espina dolorosa la que llevas! le culpaba Aníbal. Entonces, fue cuando ingenuamente preguntó ¿quién de todos ustedes navegó por esa fría incertidumbre y subsistieron? ¿Cuál de todos ellos Aníbal?, si unos languidecieron, envueltos en el desánimo y otros, ya no existen. ¡Mira Bautista! y repitió nuevamente: “el temor es un animal dormido que nos habita y socava lentamente el cuerpo, y por una voluntad encolerizada, se queda”. Y por esa voluntad indignada, perseguida tenazmente por el desamparo, decidieron hablar. Cada palabra de Aníbal repercutía en su mente llevando sus pensamientos a la búsqueda de repuestas.

El ómnibus paró; Bautista bajó luego de haber reco-

rrido mil quinientos kilómetros. Sus piernas estaban acalambradas, el cuello tenso. El sudor uniforme en su piel denunciaba el calor sofocante soportado en un ambiente cerrado. La terminal donde el vehículo de pasajeros estacionó estaba al frente de un viejo bar; una reconstrucción de más de setenta años. Ventanas dobles, puerta abierta y postigones fijados con alambres permitían visualizar el interior de una inhabitable penumbra. Al principio, Bautista no pudo distinguir ningún movimiento. Prendió un cigarrillo, caminó estirando sus piernas más de lo normal en la vereda una y otra vez, hasta que decidió entrar a tomar un café negro y un litro de agua helada. Una verdadera necesidad absolutamente contradictoria.

Lo atendió una mujer de piel pálida, ojerosa, con una gran cabellera pelirroja rizada desordenadamente con involuntaria torpeza. Bautista le pidió el café y el agua. Ella tomó el pedido y se retiró sin dirigirle la palabra. Su andar asexuado e intrascendente retumbaba en las tablas por sus tacones que semejaban grandes pezuñas de guanaco. Había cinco mesas. Tres de ellas las ocupaban pobladores o viajeros. A Bautista le llamó la atención las otras dos: en una de ellas, dos hombres obesos de rostros inexpresivos bebían cerveza y discutían en voz baja pero con vehemencia; en la otra se veía un hombre anciano, vestido de blanco, con sombrero esterillado y lentes de sol redondos. Con la mano derecha sostenía un vaso de cerveza y con la otra, una palmeta ma-

tamoscas que rutinariamente movía aplastando sobre la mesa moscas deseosas de alimentarse con las sobras. Lo acompañaban dos hombres silenciosos, delgados, sombríos e insondables, de rostros angulosos. Uno de ellos con una cicatriz viciada en el pómulos derecho; y ambos con mirada perdida o deshabitada. Curiosamente, esa mesa estaba invadida de un inasible silencio. Bautista heredó costumbres, exhibidas en ropajes mezquinos; sin embargo, su atuendo, aparentaba ser para muchos, un enigma venerable, brillando en inquieta intuición. Esa gente olfateaba su presencia, y desde ese lugar, ese hombre extraño, que se presentó en futuro y pasado, abandonado presuntamente su temporabilidad, está dormido. Parece que dejó al tiempo compitiendo solo. Bautista sabe, eso sí, que ese individuo permanecerá en el futuro conspirando en secreto, lo intuía, es su habitual olfato y naturaleza alerta entre esos ambientes de insomnes de espera y con ejemplos mansos, de imágenes pasadas. Mucho después, le dijeron que el paso del tiempo, lo había convertido en un hombre sin destino. Sí, en ese eterno deambular sin pausa, todo envejeció a su alrededor; solo las remembranzas trepan la hiedra de su memoria superando todos sus rincones. Acaso se preguntó inquieto: ¿Hemos perdido la visión del horizonte, o somos esclavos, de la ficción del duende? Algo así de vaporoso, es el capricho que ejecutó ese impacto visual, como si en ese empeño, Bautista buscara el alimento, que lo conmoviera en todas sus astucias

Bautista recibió el pedido de manos de esa mujer que prácticamente se lo tiró encima. Un gato ceniza se cruzó desde la ventana hacia su mesa, con un salto tan espectacular como silencioso. Bautista admiró la agilidad del felino, tomó dos vasos de agua con hielo de un solo tirón y colocó tres sobres de azúcar en el café humeante. Su oído derecho trataba de escuchar el diálogo secreto de la mesa sonora vecina, pero sus ojos permanecían fijos en la figura del hombre de traje blanco, anteojos oscuros y redondos, que persistía mecánicamente con su plan de exterminio de moscas. Bautista pagó y salió apresuradamente. Las moscas hicieron el trabajo sucio: desalojar clientela.

El pueblo mantenía una calma extraña. Las calles se veían desiertas, los negocios cerrados, a pesar del horario comercial habitual, y el tránsito era escaso. Predominaban las motocicletas conducidas por mujeres, que llevaban atrás una niña o un joven. Bautista llegó hasta la plaza principal. Arbolada, silenciosa. Una escultura central cilíndrica de unos veinte metros ´portaba dos placas de bronce con detalles de la fundación del pueblo y el homenaje a su representantes, y más abajo, otra placa también de bronce pero más grande, con los quince nombres de la primera camada de la escuela secundaria. Nombres todos ellos extranjeros: alemanes, rusos, polacos e italianos. Ningún nombre era criollo o autóctono; todos extranjeros. Bautista se sentó en un banco a la sombra y prendió un cigarrillo. El banco de madera es-

taba al frente de una fuente seca cuya cañería no funcionaba. En la base del monumento central, dos perros cavaban para enterrar huesos, seguramente de algún asado abandonado. Uno de ellos, entusiasmado con sus dos patas a alta velocidad, empujó hacia Bautista un huesito extraño, como un pequeño cilindro con dos cabos abultados. Entonces recordó sus años de secundaria y las clases de anatomía, cuando el profesor les mostraba, banco por banco, la mano articulada.

– Los huesos de la mano son inconfundibles – les decía el profesor, mientras les mostraba decenas de huesitos articulados, unidos por un piolín. Jalaba el nudo y la mano desnuda se movía desordenadamente.

El perro le envió una falange humana a su cara. Era exactamente igual a esa clase de anatomía. Sin duda, era un dedo. Curioso por naturaleza, luego de echar los perros, se acercó al lugar excavado. Con un palo cavó un poco más y encontró otros huesos pequeños. Una mano sin duda y en medio de los restos óseos, un medallón de madera tallada en palo bobo de unos dos centímetros de diámetro con una incrustación de plata en el centro. *Un amuleto*. Los guardó.

Tuvo plena convicción de que como destinatario final de esos restos óseos, tenía capacidad suficiente para escarbar en ese misterio, que daba ya señales de peligro o intolerancia. Pero fue notable su fastidio, a la hora de pedir ayuda. Le atormentaba esa confusión de pedir auxilios, oscurecía su dignidad

fundada en miradores de una sociedad que rechazaba. Pero sentía eso sí, tener mérito suficiente para su propia independencia y también, para proteger sus convicciones, ante quienes se regocijaban en las mentiras con sufrimientos inenarrables al decidir abrir las compuertas de la verdad. Consciente de su transparente conducta, y convertido en esa plaza, en vulgar ermitaño, su imaginación, descansó en el umbral del ocio, como si fuese ése el refugio buscado o una copia fiel, de un mausoleo reservado solo a las intrigas de imponderables. Una aflicción invadió su raquítica libertad; muy cerca de él... emanaba un denso hedor de esclavitud, originado tal vez entre multitudes ausentes e insatisfechas o desorientadas. Curiosamente, nadie en las sombras y nadie en la luz. Nadie. Solo él... y el interrogante, que juzga en su modesta debilidad, como una temible imperfección. Aún así, su serena virtud, se mantenía inmutable, ante la eterna consideración de un mundo que más adelante, sería asombrado. Su intuición, será la clave para afrontar todo rasgos de sospechas infundadas.

La calle principal estaba a pocos metros de Bautista. Una patrulla policial pasó lentamente, mirando al extraño forastero que cavaba y que luego se había sentado en un banco. Minutos después comenzó a dar vueltas a la plaza durante una hora. En cuatro horas, las calles se vaciaron. Nadie. Las motocicletas desaparecieron. Al mediodía se reinició la misteriosa circulación, esta vez acompañada por un móvil policial que paró frente a Bautista.

Dos agentes descendieron del vehículo y, dirigiéndose a él con educación, le pidieron la documentación personal a la par que le preguntaban qué hacía en la plaza y en ese pueblo. Bautista explicó que estaba esperando que fueran las trece para tomar el microbús que lo acercaría a una zona inhóspita. Su interés era visitar la zona y tomar contacto con los aborígenes. Y con respecto a qué hacía cavando, les dijo que en realidad no cavaba; con un palo buscaba unas monedas en la arena, que se habían soltado de la bolsita de cuero donde las llevaba siempre. Los policías anotaron en una planilla los datos y tomaron la hora, no sin antes esculcarlo. Se retiraron. Minutos después el coche policial desapareció de la calle no así, las pequeñas motos de baja cilindrada que esta vez asomaron multiplicadas, todas en la misma dirección.

Nadie transitaba a pie en ese pueblo; todos circulaban en ciclomotores parando frente a los negocios sin bajarse. Bautista quedó sentado, reflexionando ensimismado ante el extraño comportamiento de esos habitantes y su vivencia en la plaza: la placa de bronce, los huesos de una mano y el medallón de madera tallada. El sol apretaba, decidió cerca de las 13hs regresar al bar para tomar su nuevo colectivo. Cuando se levantó y giró hacia la calle, observó que en un banco cercano, frente a la calle, estaba sentado, impávido, el hombre de traje blanco y anteojos oscuros con su palmeta en la mano derecha matando moscas y mirando insolentemente un negocio vacío.

Bautista sospechaba e imaginaba que, por la posición que adoptaba ese hombre, era ciego, y a causa de no tener globos oculares, usaba lentes circulares y muy oscuros que mantenían el secreto ante extraños. Regresó sobre sus pasos y volvió a releer los nombres de los egresados. Todos extranjeros. Apuró el paso hacia el bar-terminal. Cuando llegó, le comunicaron que por una lluvia intensa, el viaje se había suspendido nuevamente hasta la mañana siguiente, sin horario.

— Nadie puede viajar por caminos pantanosos — dijo la dueña del bar, luego de escupir a un lado una baba espesa y verde y caminó blasfemando sin el mínimo de educación.

Bautista preguntó por un lugar para quedarse. La mujer pelirroja contestó despectivamente con un mugido enfermizo que solamente había un lugar: “¡Éste!”. Como lo rentaba ella, se mostraba con un orgullo insano; desafiante al forastero, altiva y plenamente consciente de su tiranía. Bautista accedió. El rechazo hacia ella crecía, pero no había un argumento lógico para abandonarla. La mujer, luego de tomar una llave antigua de la vieja vitrina, siempre con gestos cortantes, le indicó que la siguiera. Caminó atrás de ella por un pasillo oscuro. El volumen del cuerpo de la hotelera visto de atrás era más repulsivo: su andar hombruno, con caderas asexuadas y el humo del cigarro que se deshacía en su espalda incomodaba a Bautista. Pero no tenía alternativa. Atravesaron una gran habitación que tenía al medio, una

mesa de billar con el paño gastado. La mujer se detuvo en un pasillo más oscuro y abrió una puerta de madera gastada. La habitación era rectangular, sin ventanas, la puerta tenía en la parte superior un respiradero de diez centímetros con un mosquitero roto. La cama era simple, sin almohada; había una pequeña mesa de luz rota y una lámpara colgando del techo. Luego de aceptar la renta por esa noche, Bautista adelantó el pago y pidió una almohada, por la cual debió abonar un pequeño sobreprecio. La mujer se retiró no sin antes indicarle que el baño era común a las diez habitaciones y estaba en el extremo del pasillo. Escupió nuevamente esa baba espesa y la pisó con un gesto de fastidio.

Bautista apresuró el paso y fue al baño. Deseaba higienizarse y recostarse unas horas. El baño era muy simple y para nada pulcro: una ducha antigua, el inodoro sin tabla, un pequeño espejo circular colgado sobre el lavatorio despulido; y en la pared opuesta se veían pequeños trozos de papel pegados con excremento de los clientes. Las moscas y el olor a cloaca eran insoportables. Aun así, Bautista se bañó apresuradamente y regresó a su habitación para descansar. Pensó en ese extraño lugar y su gente y se dio cuenta de que el pueblo escondía un secreto. Durmió una hora hasta que lo despertó el cierre de la puerta que había dejado entreabierta. Alguien había entrado mientras dormía o bien desde el pasillo la habían cerrado. Instintivamente giró su cabeza hacia el pie de la cama: su ropa permanecía tal cual la había

dejado pero el bolso colocado a su lado estaba abierto. No dudó. Hubo una persona que entró a revisar su bolso. Había caído en la trampa; le robaron documentos, sí; pero copias en su mayoría, y algunas escasas notas de reflexiones originales escritas en papeles sueltos que no le costaría reproducir. Sin levantarse, prendió un cigarrillo y miró el reloj. Faltaban dos horas para cenar. En realidad más que hambre sentía una sed intensa. Repasó mentalmente las calles del pueblo, la plaza y, nuevamente, centró su interés en la falange, el amuleto, el hombre de traje blanco, pelo blanco y los anteojos oscuros. Muy oscuros. Sospechosamente oscuros.

Pensó Bautista que llega un momento en la vida, en que uno, necesariamente es mediador entre lo premeditado y lo ejecutado. Acá, ninguna de las ellas estaba presente, pero igual estaba resuelto a buscar repuestas y casi como un bufón hambriento de curiosidades, confiado más en su experiencia que en la recolección de extraños relatos de caprichos ajenos, decidió continuar. Dada la hora, el cansancio se reflejaba en su espalda, como si fuese ése, el camino natural de una nube obediente a cubrirlo. No quería manipular todos esos personajes, ni obligarlos a admirar semejantes interrogantes como si fuese símbolo de su propio egoísmo, más bien, los transformaría en delirantes solitarios, o ermitaños, tentados a explorar en la claridad transitoria de una aurora que languidecía, todas sus sospechas. Seguro estaba que en esa victoria, cosecharía muchas opiniones dispares, sin espe-

rar bendiciones futuras sobrenaturales. Sabe que hay caprichos, y que aún, en la carcajada del ebrio, existe el renunciamento al ridículo, y en nombre del pudor, todas las virtudes del alma humana, tienen siempre la ilusión del inocente. Muchas veces, sostenía estas reflexiones acaloradamente en las tertulias de bebidas con sus amigos, donde el honor de la demencia, con la verdad, tiene el valor de una conquista. “Alabado seas” aullaban sus compañeros nocturnos, quienes por sumisión a su nombre, experiencia y prestigio, se adormecen en las tribulaciones de todo hombre herido, cuyo mayor tesoro a veces es su miseria; por que en esa comunidad resquebrajada que habitaba, para Bautista, el mendigo tiene la virtud de reconciliarse, con la imagen silenciosa del sabio, y la obediencia del siervo le provocaba el hastío de todo ser esclavizado. El honor, lo escribió muchas veces: es la recompensa para aquellos que salen de esta ciénaga.

Las dos horas pasaron lentamente. Bautista se vistió y pasó al baño a mojar su cabeza. Al salir, se topó nuevamente con el hombre de traje blanco y gafas negras que iba caminando en sentido contrario. Se quedó mirando cómo se alejaba hacia el bar. Caminaba derecho, aparentemente sin problemas de la vista. Sin embargo, Bautista persistía en su teoría de la ceguera o de las cuencas orbitales vacías. Dejó la toalla, cerró con llave la puerta y llegó al salón luego de haber atravesado dos pasillos cada vez más oscuros.

Según la información, debería esperar veinticuatro horas para tomar el microbús en ese mismo lugar. La tormenta llegó al pueblo. Los truenos acompañaban unos relámpagos débiles pero persistentes. Frente a la mesa que él había elegido, se sentaron nuevamente el hombre de gafas negras y sus dos invitados del mediodía. La paleta en la mano funcionaba más de lo esperado. Las moscas, por la lluvia tal vez, se multiplicaron, muchas de ellas tenían su abdomen verdoso, pletórico, baboso y grande por vivir en cloacas. No tenía dudas. Bautista cubrió los vasos con servilletas de papel y tomó lentamente un agua tibia junto a cuatro empanadas que pidió como relleno. El extraño hombre de gafas intensamente negras tomaba una bebida blanca con hielo. La botella no tenía etiqueta y el fuerte olor de alcohol impregnaba el comedor cada vez que el hombre eructaba sin tener en cuenta que estaba en un lugar público. Lo curioso: la mano con palmeta parecía destinada a un trabajo independiente del cuerpo del anciano, porque con elegancia y distinción, mataba las moscas sobre la mesa con tal agilidad y puntería que hacía dudar de su ceguera. Bautista pensó que las mataba antes que se acercaran, porque tenía oídos desarrollados para detectar el movimiento de las alas.

La cena fue relativamente liviana: verduras hervidas y una carne seca y blanca, más blanca que el pescado. Más tarde supo que había comido iguana. No se arrepintió. La repulsiva dueña del comedor decidió a la medianoche que

todos los clientes deberían irse. Bautista pagó y se retiró a la vereda a tomar aire y fumar un cigarrillo. El anciano de gafas fue llevado absolutamente borracho, balbuceante, con su palmeta fuertemente apresada con su mano izquierda. Vomitaba una pasta verdosa. Lo subieron a una camioneta en cuya puerta tenía un grabado: *La ciénaga*. El anciano y sus dos acompañantes se retiraron. Aunque la matrícula del vehículo estaba desteñida, Bautista visualizó dos números: el cero y el seis.

Caminó hasta la esquina. Las motocicletas, todas, daban vueltas en sentido horario. El patrullero hizo su aparición a los pocos minutos de haber salido Bautista a la vereda. Las calles permanecían semioscuras, salvo las esquinas, que tenían un poste de madera con una luz de mercurio a medio encender. Las persianas de los negocios llegaban hasta el suelo, simulando paredones grises interminables.

Dos mujeres jóvenes caminaban en sentido contrario al de las motos. Bautista se alegró de ver personas en la vereda y enfiló su rumbo hacia ellas mostrando una leve sonrisa. Las dos mujeres pasaron a su lado sin dirigirle la mirada y sin demostrar interés. Él quedó paralizado cuando las vio de cerca. A pesar de la ausencia de globos oculares – solo dos pequeñas medallas circulares en el fondo de las cuencas, con anillos concéntricos verdes como si las pupilas hubiesen adquirido la responsabilidad del mirar– llevaban un andar perfecto. Además, la tez grisácea, color tierra o color ceniza,

las hacía parecer de arcilla. “Sí, de arcilla”, se dijo y recordó a León Felipe mientras cruzaba la calle desconcertado y sorprendido.

*¿Y si le llamáramos arcilla?
¿Cómo?
¡Arcilla!
¿No es lo mismo arcilla que barro?
¡Sí! pero suena mejor arcilla
Y así en femenino parece otra cosa*

Estaba convencido de que si las pudiese tocar, las jóvenes serían de arcilla. El lodo, en realidad, en ese lugar era muy pastoso, líquido y fétido. Y si bien estas jóvenes despertaban sospecha de vida no tenían esa posibilidad:

*¡Arcilla!.. y se piensa en la mujer
En una doncella mancillada
En la novia del viento...*

Una doncella en la noche, dos en esa noche. Doncellas extrañas, ausentes, con sus órbitas vacías y esos dos medallones de círculos concéntricos en el fondo de esas cavernas sin pestañas. Y ese andar avasallante y vanidoso...

*¡Oh... pobre novia violada por el viento!
De aquí nació el hombre...
De la cópula oscura de la arcilla y el viento.*

Apenas había amanecido cuando ya no cabían dudas de las sombras vistas en la noche, la obstinación de la luz, venció la oscuridad y todo aquello que fue incertidumbre, ahora, era solo una llovizna tenue, mansa y perseverante, que afortunadamente no asfixia. El aislamiento de Bautista, impuesto y no tan codiciado, cruje ante cualquier sonido auditivo externo logrando destrozar la magia del silencio, condenada a un no retorno. Sabe que toda incertidumbre que dura envicia, daña y envenena, tal vez sin querer a todo espíritu herido, nublando la posibilidad a un descanso reparador y anhelado. Por eso, las pocas horas de sueño que tuvo, le permitieron que una sombría lividez creciera sobre su piel pálida y seca, complementaria de manos vacías de su pluma, que habitualmente implora escribir, para desangrar todas las angustias y desgracias no deseadas. Durante esa noche y por largo tiempo escuchó, sollozos; pero lentamente, casi suspirando, hubo como una mordaza de angustia, en medio del continuo llanto temeroso. Más tarde, reconoció como pocas veces antes, una salvaje carcajada, semejante a una alegría extraña, que lo desconcertó y lo despertó por completo. Salíó a fumar sentándose en el banco de la galería

En la esquina contraria, el agregado de un hombre,

una pequeña mesa y una sombrilla verde bajo el foco de luz pública semejaba un hongo nacido después de una lluvia bajo los pinos, en soledad y en abandono perenne. Bautista se acercó. El hombre tendría unos cincuenta años, el cabello negro azabache, largo, trenzado; su piel oscura cenicienta; rasgos intensos, marcados, angulosos y una mirada lánguida; casi ausente, lejana, con las pupilas fijas en su trabajo artesanal. Disponía de muchas semillas y cuentas de porcelana delicadamente pulidas para confeccionar collares. Le llamaron la atención las nudosidades de los dedos, grotescos para el fino trabajo artesanal, pero que se desplazaban con rara habilidad de pianista. El hombre permanecía en un silencio egotista. “Parece que en este pueblo no usan palabras”, pensó Bautista; sin embargo, trató de entablar un diálogo sobre las artesanías. El hombre era un aborigen, según entendió Bautista, cuando vio unos viejos recortes de diarios pegados en un cartón a su espalda; el artesano había incrustado en ese fondo, a modo de presentación, la foto de una familia indígena, parada frente a un rancho de adobe en orgullosa postura de sorpresa con sus dos perros echados en el lado izquierdo. No pudo leer la nota porque la letra era pequeña y pobre la luz; pero enseguida detectó que el muchacho de la derecha era el artesano. Lo reconoció por su abnegada postura y sus trenzas crecientes. Bautista le preguntó si conocía a un hombre anciano de traje blanco, pelo blanco y gafas negras. El artesano, sin levantar la vista demostró inmediatamente un nerviosismo extraño, sus manos

temblaron y varias cuentas de porcelana cayeron en la vereda. Se apresuró a levantar sus cosas y por fin mirando a Bautista obvió su pregunta ofreciéndole un amuleto:

– Tú necesitas anillo o collar para protegerte del mal. Este es el indicado: rompe todos los círculos y cadenas que asfixian. – Se lo entregó sin pedir nada a cambio y rápidamente se retiró, olvidando algunas cuentas que Bautista recogió y guardó en su bolsillo, luego de admirar la fina textura y color. Pensó en devolverlas si lo encontraba de nuevo.

La patrulla policial pasó lentamente a su lado. Los dos agentes lo miraron con seriedad, pero esta vez no se detuvieron. Bautista decidió regresar al hospedaje, preocupado por lo que estaba presenciando y alertado por el control policial. Donde fuese, de ahora en más, el que la policía fuera pisando sus talones sin motivo alguno sería una rutina.

Abrió la puerta de su habitación y cerró con llave desde adentro. Dejó la llave cruzada. Se quitó la ropa y se estiró en la cama hasta quedar profundamente dormido. Aún no habían cantado los gallos, de manera que serían las cinco de la mañana, cuando despertó con extraños ruidos en el pasillo.

Por la abertura inferior de la puerta, observó el paso de luces tenues junto a pasos extrañamente cansados o lentos. Se levantó. Con suavidad quitó la llave de la puerta y la entornó lentamente. Por el pasillo en penumbra caminaban

con una vela en la mano la dueña de casa, la grotesca pelirroja, junto a una muchacha delgada, pálida, cubierta con un camisón muy blanco. Se dirigían posiblemente al baño. Bautista abrió la puerta y desde allí las siguió con la mirada; ambas entraron en la última habitación, vecina al baño. Se escuchó el clic del cierre de una llave.

Bautista cerró su puerta, encendió un cigarrillo y se puso a repasar mentalmente lo que había observado desde su llegada al pueblo: todo era muy extraño. En ese momento recordó la placa de bronce con los nombres de los egresados. Todos extranjeros, ningún autóctono. Se durmió.

A las doce del mediodía golpearon la puerta, Bautista despertó sobresaltado. Sentado en la cama, miró la puerta tratando de ubicarse. Un sudor espeso corría por su frente y sentía el cuerpo mojado y la boca seca, el cuarto no tenía ventilación. Una voz del otro lado de la puerta anunció que tenía que entrar para limpiar y hacer la cama. Bautista se levantó confundido y abrió la puerta. La muchacha delgada que él había visto en la madrugada vestida de blanco, caminando con la repulsiva dueña de casa, estaba frente a él. Llevaba los hombros desnudos y el brassiere, desprolijamente colocado, dejaba ver el inicio de las aureolas oscuras de los pezones.

– Me llamo Olivita, trabajo para la señora del hospedaje y debo cumplir. Si me permite, no demoro; usted puede seguir durmiendo si eso le complace – le dijo luego de rascarse la cabeza y acomodar su pelo suelto.

Le llamaron la atención la fragilidad de la joven, sus rasgos mestizos y las manos delicadas. Tenía un pequeño colgante de anillos en su cuello. Uno de ellos, muy similar al que le regaló el artesano.

– ¿De dónde sacaste ese collar? – preguntó Bautista.

– No puedo decirlo – contestó la muchacha, mientras avanzaba para realizar su tarea.

Bautista la dejó pasar, olvidándose de que estaba en calzoncillos, pero a la muchacha eso no le importó porque entró y comenzó a limpiar el piso, barriendo y pasando un estropajo oscuro. Él, sentado en la cama le preguntó sobre el pueblo, ella comenzó a contestarle con evasivas, hasta que por fin le advirtió que tratara de no mostrar interés en conocer la historia del pueblo y su gente porque era peligroso, tanto para quien preguntara como para quien respondiera. Luego, él quiso saber si ella vivía en el hospedaje. Ella contestó que a veces y, sin agregar otro dato, guardó silencio mientras pasaba el trapo con bastante efectividad. A continuación, por medio de una seña, le pidió la cama. Él se bajó y se paró en el rincón más seco mientras Olivita sacudía las sábanas y tendía la cama. Cuando Bautista preguntó sobre el anciano de gafas negras, la muchacha se puso pálida, lo miró ansiosa con ojos muy abiertos y terminó rápidamente de hacer la cama en silencio. Su euforia languideció abruptamente y salió; pero antes de cerrar dijo en voz baja que sería conveniente que Bautista regresara a su ciudad. Antes

de que él reaccionara, la muchacha se había ido, cerrando cuidadosamente la puerta.

Bautista se vistió apresuradamente porque el micrómnibus saldría en una hora. Pasó al baño cuyo mal olor persistía gracias al papel higiénico pegado en la pared con excremento aún fresco; recogió su pequeño bolso y fue al salón deseoso de tomar algo fresco y un café negro. Mala suerte dijo la mesera, el ómnibus vuelve atrasarse, dejó el café y se fue.

En el pórtico, un personaje nuevo, una mujer añosa que despertó la curiosidad de Bautista; lentamente se acercó. No puede determinar su edad. Es pequeña y delgada. -No tiene edad- pensó. Su espaldilla muy curvada, le exigía mirar el suelo. Lentamente sus piecitos descalzos, buscaban un rincón, y su banquito rastrero de madera ajada para sentarse en él, y descansar. El rostro afilado, sembrado de surcos, marcaban sus años. Sus ojos, de mirada opaca, irradiaban un pedido de auxilio silencioso y tímido. Bautista pasó a su lado y la saludó. No sabía su nombre. Ella no lo dice. Lo esconde o lo ha perdido; podría llamarse abuela por sus delgadas manitas que apoyan en sus rodillas. Se abren hacia arriba, como esperando la lluvia. No se sabe si pide ternura o una moneda, o tal vez una caricia. No sabe decir cuál de las ellas podría alimentarla más. Nadie lo sabe. Bautista le deja una moneda y un saludo ¡Buen día abuela! Ella se despabila de repente sorprendida. No es la moneda la que le pone alerta;

es la voz, al nombrar su... sin nombre. Entonces levanta su cabecita buscándolo en ese mar de gente que la ignora. Al descubrirlo por la voz, le mira y sonrío gustosa, cree que se alegra. Bautista se alegra. Cree, percibe que tiene hambre; le dió comida. Ella lo recibe gustosa. Cree que está sola, pero le asegura: “Mi hijo me busca en las tardes”. Nunca vi a su hijo en las tardes, le contestó Bautista para mantener la conversación. Ella no respondió. Supone Bautista que le buscó, porque en ese lugar, al atardecer, solo quedaba el pequeño banquito de madera que nadie levanta, porque tampoco lo ven ¡Que ciego está todo el mundo! ciego y frío, pensó Bautista. En ese banquito, seguramente la abuela estará mañana anónimamente. Con ojitos opacos, su rostro afilado y sus dos manitas abiertas, esperando moneda y ternura o una caricia; o un saludo cuando le digan. ¡Abuela buen día! .Y deja una moneda en su palma, acariciando con sus manos suavemente la piel seca de las manitas vencidas, que gustosa acepta en secreto, escondiendo su pudor. Tenemos un secreto en las manos, los dos lo sabemos, se dijo Bautista. El día entonces comenzó sin nubes, entre ese grupo de gente que va y viene en esta espera. Siguió su camino y automáticamente buscó su mesa. Estaba vacía. A su lado, la mesa del anciano nuevamente sentado con las gafas negras; pero esta vez, solo. Su mano izquierda aplastaba moscas con la palmeta. Bautista se sentó frente al misterioso hombre desafiando el equilibrio del silencio. Lo miró fijamente mientras tomaba su café esperando incomodarlo o, al menos, obli-

garlo a dirigirle la palabra. El hombre permaneció impávido, tomando ese licor blanco y eructando cada tanto y manejando su palmeta con certera precisión. Bautista se propuso descubrir si era ciego. Tomando un pedazo de pan se lo tiró a la cara. El anciano con rapidez increíble lo paró con su mano derecha y siguió matando moscas.

La desagradable pelirroja anunció el arribo del micrómnibus y pasó por las mesas cobrando la consumición de los viajeros. Bautista pagó y salió a fumar, mientras inspeccionaba el ómnibus. Un vehículo viejo, color azul oscuro. Descascarado en muchas partes y con dos farolas trizadas. En el techo, un portaequipaje con barandales. Los vidrios – los que quedaban sanos –, estaban sucios con tierra.

El chofer anunció la partida hacia la reducción aborígen que estaba a doscientos kilómetros. Bautista subió después de dejar pasar a las mujeres y los niños con sus bultos. Se acomodó en la parte delantera en un asiento bastante destruido y ladeado. A su lado se sentó una mujer obesa con un par de gallinas en una caja de cartón. Atrás de él, cuatro niños con su madre se asomaban para mirarlo sonrientes. Cuando miró por la ventana observó al anciano de gafas negras hablándole enérgicamente a Olivita. Por el movimiento de sus manos, le recriminaba duramente algo. Las piernas Olivita temblaban. Ella se veía realmente asustada y de vez en cuando dirigía su cabeza al bar, buscando la cara desagradable de la mujer pelirroja, como pidiendo un auxilio

que no llegaba, o su intervención para sacarla del frente de ese hombre. La pelirroja estaba apoyada contra el marco de la puerta de entrada impávida; fumaba un habano y el escote abierto insinuaba dos pezones renegridos. La muchacha gesticulaba y volvía su mirada con ansiedad, pidiendo su intervención para cortar el episodio de violencia verbal. La pelirroja sacó una bocanada de humo espeso y avanzó hacia ellos. Le hizo una seña al alemán para que se retirara y luego tomó los hombros de Olivita y con movimiento lento la fue atrayendo hasta quedar pegados sus cuerpos y mirándola fijamente acercó su boca a la de Olivita y la besó con autoritaria pasión. Olivita correspondió. Luego, se separaron.

La pelirroja miraba a Bautista desde la puerta, sonriendo y asintiendo con su cabeza. Bautista se propuso, antes de que el ómnibus arrancara, regresar a ese pueblo a buscar una repuesta. Cuando el ómnibus comenzó a moverse, observó que en la vereda dos mujeres jóvenes lo miraban con las órbitas desnudas y los dos anillos concéntricos en el fondo. Eran las mismas mujeres de piel de arcilla que había cruzado cerca de la plaza. Se estremeció. Antes de subir había colocado en el buzón una carta para Alejandro.

Alejandro:

Ya estoy escribiendo sobre la zona, lo que escucho y lo que veo; te envío este adelanto de estilo: “dicen que... aquí...todo posee claridad y armonía, pero nadie; nadie, ¿me escuchas?, nadie.... ha pedido esparcimiento. No lo conocen ¡Nadie! Ni el hombre. Ni el ave. Ni una paloma.

Ni la virgen. Ni ellas. Ni ellos, ni yo ¡Nadie ha pedido consuelo tampoco! ¡Acá!... todos viven en un confort extraño y glacial; son supervivientes errantes de climas extremos, por ello ya no soportan avance de odios y delirios ajenos, ni guerras ni hambre; ni miseria ni riqueza. Ya tienen suficiente con su propia historia. Ellos y yo, ahora libres del tedio de las ciudades, buscamos las repuestas en forma más audaz, y desatamos todas las pasiones dormidas, mirando hacia allí, donde el monte se torna en selva ¡Allí!... dicen los que he entrevistado, todo es un gran puerto de ríos; una gran morada de entusiasmos profundos, donde ya no habitan ni el terror, ni los tormentos; ni la vanidad, ni el perdón. Ni ellas, ni ellos, ni yo. Describen felizmente un mundo sin maldad, sin envidia y sin mezquindad. Entonces, que no se equivoque el sabio o el ignorante. Que no se equivoque el vanidoso y el verdugo. Que no se equivoque el traidor y el apóstata. ¡No!... ¡Que no se equivoque nadie! Que no se olviden de nada los dementes, ni suicidas; trabajadores o sacerdotes; ni maestros o estudiantes presentes, enlazados al candor de la juventud e idealismo diáfano y reconozcan su libertad y su cultura. Y si viene un confidente.... que me diga aquí, de frente.... ¡Mire señor! en este otro mundo, todo es claridad, deleite y armonía. Y no como en todo el pomposo reinado de hipócritas donde tú habitas. ¡Que quede claro Alejandro!, ¡nadie... ha pedido el desahogo! ¡Nadie! Ni ella, ni ellos, ni Yo que me sumo”.

Ah, en media hora sale el ómnibus, que parece más un desecho que un vehículo, pero es lo que hay.

Afectuosamente

Bautista

III

“Veo”

*“El equilibrio del atardecer, como un racimo
de esmeraldas vivas descolgadas despreocupadas
danzando como notas de melodías inconclusas”*

Bautista, sin saber mecánica, notó que el ómnibus no estaba en las mejores condiciones. Sin embargo, a pesar de los arrastres en la caja de cambio y el humo negro que lanzaba por el caño de escape, el vehículo avanzaba con lentitud por caminos de picada. El bosque fuertemente entretejido a ambos lados del camino vaticinaba un viaje rudo, lento y con inconvenientes. Habían pasado algunos esteros, sembrados de algodón y soja entre gigantes cactus, claveles del aire, quebrachos majestuosos salpicando la vegetación, y algún que otro Itín. Bautista viajaba en el asiento ubicado en la tercera fila sobre el pasillo. A su lado estaba una mujer joven, tez morena, ojos negros, labios grue-

sos, mandíbula pequeña, con una niña en brazos que permanentemente miraba las muecas y los gestos adustos que hacía Bautista para rechazarla.

– Es mi mamá, se llama Zakin – decía una y otra vez la niña a Bautista que no le había preguntado nada. Pero así son los niños, se adelantan a la curiosidad de los adultos. Zakin miraba por la ventanilla, ignorando las muestras de afecto de su hija hacia Bautista. Bautista pensativo, reflexionaba sobre la zona, y la deforestación que se notaba con evidencia. El desmonte de bosques nativos aumentaba peligrosamente, arrancaban de raíz los árboles y la zona pasaba a ser cultivada preferentemente por soja. En ese momento recordó que en Argentina se pierden bosques en un promedio de 821 hectáreas de bosque por mes, un pésimo galardón. Lo registró en su cuaderno de viaje. Pero le llamó mucho la atención, las famosas Yungas, sobre todo en un tramo del recorrido. No había, ni tenía ningún pensamiento colgado de compasión. Todo se reproducía por encima de sus propios sentidos y voluntad; para él, pobres y ricos deambulaban como en un cortejo inesperado, como si fuesen prisioneros sometidos a ensayos extraños de un reconocimiento repugnante de desigualdad. Pero él, poco les podría modificar ese cuadro. Tan solo describirlo, con toda esa sabiduría, propia y extraña, viajando con los movimientos ondulantes del vehículo, que según sus cálculos, mantenía una

tendencia propia a su destrucción a corto plazo. Por otra parte, siempre le repugnó manejarse con presunciones de absoluta certeza, prefería la duda, que lo obligaba a investigar. Al menos ése era su estilo periodístico directo y respetado. Observaba con disimulo el pasaje, con esa indigencia inmóvil y resignada que lo acompañaba. Era ese tal vez, el único obstáculo para enseñar verdades por otros colegas. Le temían. Bautista siempre sostuvo que las limosnas no eran las únicas reservas de la pobreza, había mucho más.

El pasillo estaba colmado de bolsas de alimentos no perecederos y pocas verduras frescas. El hombre delgado, también de piel morena y labios gruesos, dormitaba en el asiento delantero. Bautista supo que se llamaba Jhomis, porque la mujer lo llamó así dos veces por razones familiares. Se veía un hombre pacífico y fuerte. El conductor del ómnibus mantenía una digna postura en el volante y mascaba chicle. Jhomis tenía en sus manos, encima de sus rodillas, un bombo forrado con cuero de conejo, al que llamaban *Pim-Pim*. La niña lo pedía con insistencia. Luego sentiría su sonido suave y seco con mucho ritmo que le llamó la atención.

Bautista pasó las primeras dos horas en silencio, soportando el monólogo de la niña que persistía en comunicarse. Zakin, preocupada, trataba que se quedara callada y quieta. Dos cosas imposibles de hacer. La niña pidió caminar en el pasillo y la madre luego de pedir permiso a Bautista, la dejó ir. La niña caminaba sorteando los bultos del pasillo, pero

feliz. Cuando llegaron al paraje *La Polvareda*, el ómnibus paró y el pasaje bajó apresuradamente. Mujeres a un lado y hombres al otro se dedicaron a orinar en forma natural a la intemperie. Bautista aprovechó para hacer lo mismo, evitando miradas curiosas de pasajeros, mantenía un pudor de adolescente a pesar de su madura edad. Luego prendió un cigarrillo. Un oso melero, muy semejante al oso hormiguero pasó despreocupadamente entre las gallinas a pocos metros del ómnibus. El conductor se acercó amistosamente y le recomendó no tirar la colilla encendida puesto que en ese lugar una pequeña brasa podía originar una tragedia. De inmediato aceptó la sugerencia y le preguntó si veríamos algún Yaguareté. No lo sé dijo, pero sí verán más adelante muchos chajás. El conductor batió sus palmas. Los pasajeros subieron inmediatamente. Bautista esperó que la niña trepara con su madre. Jhomis subió atrás de él. Bautista notó que, desde que bajaron, ese hombre lo observaba con curiosidad.

El ómnibus cruzó un río a bordo de una embarcación de madera precaria. La orilla opuesta se divisaba claramente por la ventanilla del conductor; el agua marrón se transformaba en espuma terrosa a medida que la balsa se abría camino en el agua. Es el hábitat del yacaré negro, le comentó el chofer. Bautista metió su mano derecha en el bolsillo de su campera y encontró las cuentas de porcelana y el pequeño amuleto que había dejado el artesano cuando se retiró apresurado. Los sacó; se asombró de ver más grandes y brillantes a las pequeñas esferas. Volvió a guardarlas antes

de sentarse, sin hacer comentario alguno. El calor apretaba. La sensación térmica probablemente estaría entre los 43° y 45° y el sudor nuevamente recorría su cuerpo y su rostro. Se secó con el pañuelo mientras la niña parlanchina lo estudiaba con mayor detenimiento. Necesitaba hablar, estaba aburrido y en un estado de letargo que él aborrecía. Lo primero que preguntó fue si alguien conocía al anciano de gafas oscuras que vivía durante el día en ese pueblo. El silencio fue instantáneo; el conductor lo miró por el espejo retrovisor con curiosidad; pero sorprendentemente Zakin respondió con una voz quebrada y tímida. Dijo que el hombre de gafas era mudo y además enfermo, y que le temían. Bautista observó por primera vez a la mujer. Le resultaba atractiva a pesar de su descuidado ropaje, ella se dio cuenta de que la mirada de Bautista había cambiado y eludió el contacto visual volviéndose hacia la ventana. Fue el conductor quién agregó que ese hombre tenía cáncer de lengua y que había perdido ese músculo hacía varios meses. Jhomis golpeó con los dedos el *pim-pim*, tarareando una canción extraña, melancólica y suave, para terminar diciendo que ese hombre era malo y cruel. Luego, señalando el cielo, vaticinó algo que Bautista no entendió de inmediato: tormenta y lluvia. Recordó el sonido monótono del rezo de predicadores, acostumbrados a incorporarles su religión a todos estos lugareños; contrastaba con esta férrea reserva, de hombres consternados y temerosos en sus propias tierras. El Por-venir luchaba diariamente con el Por-llegar, como si fuese un objetivo mágico e invisible.

Jhomis dijo *Pelai Achilaj* y con su índice apuntó las nubes oscuras e irregulares que asomaban a la derecha del vehículo. Zakin contestó algo que Bautista supuso sería una afirmación a lo que su esposo estaba diciendo, mientras tanto la niña seguía estudiándolo, hecho que lo ponía nervioso por la insistencia. Entonces le propuso a Jhomis cambiar de asiento con él. El joven aceptó y cambiaron.

La niña se calló y se quedó quieta por unas cuatro horas hasta que llegaron a un poblado. El ómnibus paró frente a una pequeña enramada, o choza de ramas y hojas secas en forma acampanada. Arriba de ellas, tierra seca para aislar el calor, era una especie de kiosco casero donde una mujer atendía para despachar gaseosas y galletas. Bautista compró una gaseosa y cuatro paquetes de galletas. Al lado del kiosco, tres cajones con frutas del bosque, hierbas de chasca, frascos de miel, zapallo y porotos de distintos colores y variedades. La mujer que cobró lo miró fijamente y le dijo sin más que él era un *voyagá* y que se alegraba de verlo.

¿*Voyagá*?, Bautista no comprendía. Menos aún, en qué casillero había sido colocado, pero el conductor que estaba a su lado, mirando y tomando gaseosa, acotó sin que le preguntara que él, era un hombre afortunado, porque lo identificaban con *hombre-zorro*. “Es un privilegio que pocos tienen, amigo”.

Bautista no habló más. Estiró las piernas, caminando lentamente en sentido inverso, y descubrió que el bosque tu-

pido estaba compuesto de una gran variedad de plantas sumadas al quebracho colorado, como el algarrobo, el palo santo y el guayacán que no había visto en el trayecto. Unas gallinas cruzaron y desaparecieron en el monte y una chancha escapaba como mejor podía con sus cuatro crías. El ambiente estaba pesado, el camino maltrecho y un polvillo sobre la huella se levantaba a cada paso. El ómnibus continuó viaje luego que el conductor ajustó la correa del ventilador. Bautista pensó que, si se quedaban en la huella esa noche, sería una pesadilla; pero la tripulación en general se mantuvo calma. El atardecer trajo un respiro pues la temperatura bajó a casi 34°, lo cual mejoró su humor. Entonces regresó a la lectura de poesías, para pasar las largas horas de viaje. Le llamó la atención una de autor desconocido que decía:

*“En un pecho enemigo Nunca la amistad nace
Y en derredor la acacia Espinas duras trae*

*Contra naturaleza no hay trabajo que baste
así, de aquel que tiene un maligno carácter*

En general, los pasajeros eran aborígenes, salvo dos monjas, hermanas Clarisas Franciscanas Misioneras, con un gran escapulario de la Virgen del Perpetuo Socorro, y tres

hombres que por su aspecto eran extranjeros. Ninguno de ellos intervenía en conversación alguna y solo se remitían a comer galletas y tomar agua mineral. Bautista sacó el amuleto de su bolsillo y las cuentas de porcelana, estaban más brillantes y grandes. Jugó con ellas en su mano hasta que el acompañante nuevo, las descubrió. Preguntó si esas cuentas de porcelana se las había comprado a un *piogonak*. Bautista no sabía qué era un *piogonak*. El aborigen le explicó que era un *chaman*.

– Ellos curan, sanan y protegen enfermos por magia – aclaró sin esfuerzo y añadió con admiración – : ¡Esas cuentas de porcelana y el amuleto son mágicos!

Bautista las guardó y dormitó. No tenía ganas de hablar, pero pensó en el anciano de gafas negras que tenía cáncer de lengua y que la había perdido. Era hombre malo para esta gente. Para él, un hombre siniestro que debía investigar a su regreso.

Cuando llegaron a Sacramento, habían transcurrido más de ocho horas. El poblado estaba enclavado en la confluencia de dos poderosos y caudalosos ríos; sin embargo, salvo la pesca, parecía que ese preciado líquido no fuese necesario en la vida de la colonia porque todo era seco y desértico. Sentía un cansancio placentero. Por lo que veía, ese pueblo no estaba en mejores condiciones que el anterior, comparaba con las calles en cascadas de adoquines de su barrio, donde pestañeaban amaneceres las prostitutas anu-

dando inviernos y veranos, y a veces, cobijadas en tabernas clandestinas o clausuradas, refugio de trasnochadores misteriosos y sin nombre que las buscaban para su diversión. Pero nada de esto había encontrado en este viaje. De manera que lo único que deseaba era un buen baño y algo de comer. La sed se había calmado. En la calle principal, cerca de una precaria plaza, había un pequeño hospedaje. Entró en penumbras, no había luz eléctrica y sólo un pequeño farol de noche estaba encendido en el mostrador. Atendía un hombre viejo, marcado por los años en el rostro. Un ojo, el derecho era más pálido que el izquierdo. El hombre, pequeño y encorvado, cuando sonreía – por primera vez alguien sonreía – ; mostraba la ausencia de dientes; apenas dos grandes colmillos asomaban simpáticamente. Bautista se preguntó por qué cuando un niño perdía sus dientes de leche, el ratón dejaba un obsequio y la familia festejaba con gracia la encía limpia y sin dientes; en tanto que en la vejez causaba mala impresión, rechazo y hasta náusea.

La voz aflautada del anciano era gentil. Le preguntó a Bautista si deseaba una habitación. Éste aceptó, entonces el hombrecillo lo llevó cruzando un patio interno, hasta una habitación sin puerta y sin vidrios en la ventana donde había una cama antigua de bronce opacado. A los pies del colchón apelmazado se hallaban las sábanas dobladas prolijamente. Una vela encima de un cajón y una pequeña palangana enlozada con agua turbia en el suelo completaban el mobiliario.

El hombre le anticipó que la cena se serviría en quince minutos y que si no estaba quedaría sin alimento. “Semeja un castigo de la zona”, pensó Bautista y preguntó por el baño. El hombrecillo señaló el patio. No fueron necesarios más datos; se imaginó cómo sería por lo que se lavó con el agua turbia que estaba fresca y luego pasó al comedor que era una pequeña habitación con una mesa común y bancos alrededor. Se sentó en uno de ellos y esperó. A su frente, en la ventana, veía una madreselva descolgada caprichosamente del techo, escapando al bullicio de los espejos y las palabras o tal vez de él mismo, que se consideraba, un pecador deshumanizado que tenía la eterna virtud, de ignorar aplausos, o aborrecerlos. Una brisa fresca, suave y juguetona, dispersó el polvillo gris que cubría algunas hojas de la madreselva y también su propia mesa, pero era un aire anhelado, al menos que rompía el ambiente del aire viciado. Esas brisas, decían las monjas en sus conversaciones, desprendían ángeles de los campanarios de sus misiones, por lo que eran apreciadas; significaban una suerte, buenas noticias para todos. En este caso, a Bautista solo le trajo un poco de polvillo ajeno, pero igual la apreció. Recordaba que muchas veces, en ocasiones fortuitas, aparecían esperanzas que poblaban esos retrocesos inesperados que le daban paso a la nostalgia. Era en definitiva un creyente del futuro y también de su destino

Un plato de aluminio con pescado, maíz y zapallo apareció traído por el hombrecillo. Tres comensales más

ocuparon sus bancos. Los tres hombres lo miraban con curiosidad, pero pronto se entusiasmaron con el plato de comida. Bautista se retiró a su habitación y vestido se tiró en la cama. Quedó profundamente dormido sin tener cuidado de sus pertenencias, aún cuando había sido despojado en el hotel anterior de algunas copias de documentos personales y de su libreta con anotaciones. Esta última era la que realmente le preocupaba y extrañaba, por algunos datos del pueblo misterioso, asentados en las primeras veinte hojas. Soñó cosas extrañas, mezcladas con algunas leyendas que había investigado antes de salir y *cruzaban el “mal”* (*NahuetCaguen*) que vivía en las tinieblas *con el “bien”* (*Naktánoon*) que brindaba los mejores atributos a sus seguidores, todo en un espacio infinito y extrañamente estrellado pero iluminado. Los ancianos de la zona dicen que mirando el cielo y las estrellas pasada la medianoche, se forma un dibujo clarísimo de dos niños, dos perritos y un ñandú, con una leyenda cruzando ribetes de gran ternura y también de gran tragedia. Bautista flotaba entre todos esos personajes hasta que una amplia y cálida lengua repasó su rostro.

Un perro flaco y alto lo despertó en la mañana muy temprano. Las muestras de cariño del animal bloquearon su protesta. Rápidamente se sentó en la cama, miró el reloj donde las agujas marcaban exactamente las seis de la mañana. Se lavó con la misma agua turbia y pasó al comedor donde el hombrecillo ya lo esperaba con un café y pan crio-

llo. En la pared ciega, frente a él, había unos recortes viejos pegados. Se acercó lentamente con el café en la mano y vio que era un reportaje de hacía muchos años a un hombre joven, vestido ridículamente de traje blanco, pelo claro, gafas negras. Su apellido sajón coincidía claramente con su aspecto. Supo en ese momento, alarmado y sorprendido que ese joven fuera el anciano de gafas negras. Bautista leyó el artículo con más atención.

El joven entrevistado estaba sentado al mando de una gran topadora con la pala elevada y con raíces de árboles gigantescos a sus pies. En el reportaje el joven de gafas explicaba:

“El progreso requiere del esfuerzo y conciencia de sus habitantes. La soja y el algodón podrían ayudar a la gente del lugar a progresar, tener educación, salud, trabajo. Miren las bondades de estos avances y también la necesidad de seguir deforestando para sembrar”.

Cuando le preguntaron sobre los aborígenes, se explayó:

“Es necesario convertirlos a la civilización, darles vivienda digna, escuela con idioma universal, religión adecuada y organización social. Los bosques no son viviendas, y sus tierras tampoco pueden considerarse como suyas, ya que nunca las trabajaron. ¡Miren este monte, está virgen, intacto e impenetrable! — dijo con un gesto de disgusto, ayudado por su mano derecha que señalaba el monte. Y agregaba ilusiones propias de la civilización blanca— : Trabajo; mercadería y vestimenta

adecuada. No se puede en este siglo andar los hombres con chiripá o una escasa tela en la cintura para las mujeres. El progreso “Soy Yo” concluyó como sus últimas palabras el joven y extraño hombre blanco”.

El periodista de esa nota dio por terminada la entrevista con algunos comentarios adversos sobre la situación de los pobladores, porque estaban siendo expulsados de sus tierras en donde sus ancestros habían vivido por siglos de la caza y la pesca.

La foto del joven sonriendo con sus gafas negras, no dejó dudas a Bautista sobre quién era. Ahora conocía su nombre y también su trabajo anterior. El recorte tenía fecha de casi treinta años atrás. Todo coincidía. Se sentó nuevamente en la mesa terminó de comer y salió a fumar y recorrer la colonia. Conocía esos hombres pájaros que sobrevuelan los abismos peligrosos de la miseria, con la perfección del santo, pero con la práctica del diablo. Aborrecía esos envidiosos trasnochados, que solo buscan la riqueza y concesiones de los más débiles. Estaba en presencia de ese modelo; hay pensamientos que excavan el encierro de las pasiones, por eso, sentía una furia extraña y vengativa a pesar de no conocer al joven de antes y hombre hoy.

A dos cuadras encontró a Jhomis y Zakin con su pequeña hija bajo la sombra de un árbol comiendo maíz. La niña al verlo salió corriendo a saludarlo. A Bautista no le gustaban esos saludos, pero logró sortear a la niña y caminar hacia la pareja. Jhomis y Zakin lo saludaron, él retribuyó la

gentileza y se sentó en la sombra. En su mano derecha llevaba el amuleto con el que jugaba. Zakin, observadora, le preguntó de dónde lo había sacado y Bautista le comentó lo de la plaza. Zakin calló.

En un español trabado, le contaron que sus ancestros eran aborígenes *pilagá*, desplazados por palas mecánicas. Las gigantescas palas no hablan, solo arrasan. Ahora él era un hachero y en sus horas libres ayudaba en las plantaciones de algodón a los blancos. Pero últimamente se estaban agrupando para recuperar sus tierras. Bautista preguntó si en la Colonia no tenían familiares y ellos respondieron que no, y que por eso estaban bajo un árbol.

—La sombra parece ser lo único que nos pertenece —dijeron compungidos y explicaron que ellos no podían permanecer en lugares para blancos. Adquirían alimentos en almacenes habilitados solo para aborígenes. Vivían en los alrededores de Sacramento, en chozas de ramas, bajas y con tierra compactada en el techo, sembrando adobe para disminuir el calor. Le comentaron que aún pescaban en los ríos y que tenían un pequeño sembrado de maíz y zapallo. Mientras conversaban pasaron dos hombres, mirando a los tres habitantes de la sombra. Llevaban sombreros alados de esterilla. Uno de ellos, parecía un gorila, el otro, muy delgado, alto y con rasgos marcados en sus mejillas tenía una cicatriz de diez centímetros en el pómulo derecho. Jhomis los miró y rápidamente bajó la vista. Bautista preguntó si los conocía y Jhomis dijo que eran empleados de la compañía. Bautista preguntó si la com-

pañía era del mudo de gafas negras que conoció en el pueblo anterior. Zakin asintió con la cabeza y tomando la mano de su esposo lo llevó junto a su hija. Bautista quedó en la sombra pensando y miró por donde habían pasado los dos hombres. No estaban. Antes de levantarse vio que Zakin había dejado un paquete con tejidos artesanales de chaguar, un canasto de *carandillo* (palmera) y dos tallas en madera en palo santo. Llevó todo, pensando que se los entregaría en forma personal; sabía que también vivían del trueque.

Regresó al hospedaje preocupado con la imagen de esos dos hombres con sombrero. Seis horas más tarde, “se encontró” a Jhomis degollado en la vieja estación del tren, abandonado entre listones de algarrobo listos para ser enviados a la sierra y hacer durmientes. La lengua había sido seccionada de raíz. El joven aún mantenía sus ojos abiertos, la sangre roja coagulada alrededor de la boca demostraba que habían pasado pocas horas desde ese asesinato. Bautista pudo acercarse al cadáver. Durante su caminata vio correr a algunos pobladores que gritaban y gesticulaban pidiendo auxilio. Un patrullero local que permanentemente lo seguía no tardó en frenar frente a la estación abandonada y acudir a verificar la muerte. Bautista abandonó el lugar apresuradamente. Un policía lo vio cuando se retiraba. Pensó que el paso de la historia, muchas veces es un camino ciego que escapa de las manos, y de la lógica. No hubo testigos del crimen y los que hubo besaron las sombras que sí, reposaban contradictoriamente como testigos vivos sobre las piedras y monte.

A dos cuadras de la estación, encontró sentada en una piedra a Zakin con su pequeña hija en brazos, en actitud de resignación y desconsuelo. Lo miró aterrorizada y no bien se dio cuenta de que él se dirigía a ella, salió corriendo por una huella lateral hacia la zona de chozas. Bautista se con-
tuvo de seguirla y regresó al hospedaje cuyos habitantes es-
taban exaltados y también asustados. Nadie le dirigió la
palabra y todos le retiraron la mirada. Bautista para ellos no
existía, o era el culpable. Asumiendo esta realidad, cenó li-
gero y con desagrado por el tipo de alimento al que no es-
taba acostumbrado y se retiró a dormir. Tenía la impresión
de que un odio suspiraba por violencia, y ocultaba la parodia
insensata de un desvarío, confrontando con un invisible y os-
tentoso poder.

Ese asesinato, en definitiva, era un mensaje mafioso
hacia su persona, ahora tendría que cuidarse. Su vida estaba
amenazada. Antes de acostarse, buscó las cuentas de porce-
lana y el amuleto. Notó en las piedras un leve crecimiento
con respecto al último control, y se preguntó cuál era el in-
terés de Zakin en el amuleto. Debería ubicarla y hablar con
ella de alguna manera. Estaba convencido de que ella sabía
más de lo que había comentado. Su cansancio era un gran
espiral de fatigas acumuladas. Durmió.

IV

*“Hay una congoja casi risible que se eleva como suspiro
mientras la incertidumbre, mordisquea el crepúsculo
y asciende, en brisa suave que despereza todo sobre un jardín”*

La palabra, muchas veces aprende del abrazo de la mirada. Una insistente visión de esos hombres brotó entre ellos mágicamente al surgir de las sombras como el mejor ensayo de una prudente humanidad. Acostumbrados a dormir a la intemperie, separados de las estrellas, el lenguaje del silencio era su rutina, y un gesto violento o un grito de reclamo, en ese lugar, hubiesen desatado cualquier insensatez represiva, como lección de disciplina de graves consecuencias para ellos. La impresión era que el odio, suspiraba por violencia, pero predominó el sigilo a repetir imprudencias. Hay sentimientos que oprimen y reprimen la razón, para entrar en una absoluta confusión. Decididos, los tres aborígenes recibieron el cadáver de Jhomis de mano de la policía en un precario cajón de pino, totalmente cerrado y clavado

en sus bordes. La policía les recomendó no abrirlo y enterrarlo como estaba. Ellos no contestaron. Miraban a los agentes de policía con ojos indiferentes. Uno de ellos tenía en la mano izquierda una larga víbora de agua que introdujo disimuladamente en el aljibe de la delegación. Esa agua era mantenida fresca y limpia en cántaros de barro, para el consumo de la guarnición.

Los tres hombres cargaron el cajón al hombro y salieron sin decir una sola palabra. Uno de ellos llevaba un papel manuscrito. Era el certificado de defunción y autorización para enterrarlo. El diagnóstico rezaba: “*Paro cardio-respiratorio*”. Nada decía del cuello seccionado por un filoso cuchillo. Viajaron con el cajón al hombro más de 15 kilómetros. La ceremonia funeral se haría de acuerdo a sus costumbres. Zakin sobrevivió en silencio a todo entusiasmo de buscar asociar un fragmento feliz y antiguo del esfuerzo compartido con Jhomis, con el aplomo de un equilibrio obligado a enfrentar aún con el desborde de sus lágrimas. Como hecho definitivo, un reclamo de lo sucedido sería seguramente obra de una inútil denuncia, que nada modificaría su pérdida. Resignada y vacía, las horas corrían, se aproximaba el atardecer, en su cuerpo convergió un temblor tenue cuando llegaron y abrieron el cajón con dificultad. Jhomis estaba rígido, envuelto en una sábana blanca, su rostro denotaba la paz del adiós. A su lado pegado a su cuerpo, una rama de quebracho considerado por ellos como el árbol de

la sangre y protector de aquéllos que habían sido dañados por hechiceros. Lo pusieron sobre una mesa y lentamente lavaron, cambiaron sus ropas por un traje de homenaje y colocaron en sus ojos dos monedas de plata, en su boca el polvo de metales preciosos y cortaron cuidadosamente sus uñas y un mechón de pelo que guardaron en una pequeña caja. En su choza, de una sola puerta, se montó el escenario con sus familiares alrededor, que debían velarlo despiertos durante veinticuatro horas para que su alma no fuese capturada en su descanso. Cuando fuese retirado al día siguiente tendrían que voltear una pared – como era el rito– luego, quemar la choza y trasladar a su familia a otro lado envuelto en la piel de su buey favorito y con una caña de bambú en el orificio superior para ventilar; quedó toda la noche custodiado por su familia.

La despedida para Zakin, era una imagen absurda y deformada del presente. Los indescriptibles arrebatos en su soledad, despertaban esas certezas, y reconocía con entusiasmo una progresiva espera a una deseada reencarnación, surgida de una agitada necesidad de incorporar todos sus destinos futuros, a convivir el intervalo entre un vínculo inofensivo de su sueño, con la pesadilla como experiencia que aterra a toda existencia en vigilia. Zakin permaneció en silencio durante toda la ceremonia hasta que le tocó el turno de la danza de despedida que ejecutó con tierna belleza y delicados movimientos. El sufrimiento de ella no se

traducía en su rostro, que permanecía inexpresivo, pero su cuerpo se movía con una belleza salvaje inusual. Terminado su primitivo lenguaje de movimiento, se dirigió hacia la figura del hombre más anciano; un verdadero licántropo por su capacidad de transformarse en lobo, que permanecía sentado en el suelo sobre un recipiente lleno de arvejas y multiplicidad de flores a su alrededor. Ofreció el alma de su esposo al hombre sabio, hijo de aquel famoso cacique *Cambá*, quien aceptó con gesto adusto y bebió el brebaje de algarroba en reconocimiento, pronunciando las palabras más resonantes del día: “*Cada hombre será el tronco, rama, y fruto del mismo árbol; si cortas una rama y la entierras, nacerá de ella otro árbol aún más poderoso y sabio. Las semillas son la inmortalidad que buscas*”. Cerró los ojos y entró en trance, gesticulando; hablaba con voces extrañas en idiomas no reconocibles. Luego, se levantó con agilidad desconocida para su edad y danzó con movimientos de increíble flexibilidad y destreza. En pocos segundos se durmió sentado y una baba blanca surgió lentamente de sus comisuras, sembrando dos grandes serpientes que alertaron a los concurrentes. Era un presagio. El funeral había llegado a su final. Zakin tenía la impresión que algo le impedía visibilizar la gravedad de su espanto. El dolor se mostró por primera vez, desnudo, consumiendo toda ausencia angustiante de movimiento; fue cuando renunció enfáticamente, a toda sutileza de una futura inmortalidad. El mundo de desplomaba para ella.

En la central de policía, cuando llegó la hora del cambio de guardia esa misma mañana, encontraron cinco agentes retorciéndose en el suelo con gritos de dolor y vomitando cientos de pequeñas víboras por bocas, oídos y orificios nasales. La desesperación los llevó a la muerte, y el terror se apoderó de sus compañeros que huyeron de la comisaría. Y Jhomis, vengado. Zakin, con infinita torpeza, intentó disimular la inocente satisfacción que la envolvió lo hecho en esa comisaría. Una brisa fresca, como único absurdo de desagravio, cubrió el lecho de su herida desolada, con desconocida pasión. Entrelazando sus manos, ellas ascienden insaciables a las colinas húmedas de su rostro. Es difícil descubrir un jardín sin rincones sofocantes, donde el castigo sea el esplendor de la venganza, pero allí estaba presente. Una cascada de desvelos, hacían del alba, un delicioso impulso de invisibles aturdimientos, corrigiendo la elegante modificación de rumbo en su vida. Un vendaval de emociones recrudeció, emitiendo enloquecidos sonidos ¿Quién puede amar la eternidad, si esta no existe?

V

“¡Ah!...Fácil es entonces seguir el camino trazado y descubrir... ¡Que no hay caminos neutrales! ¡Ni luces eternas!... ¡Ni ecos inmortales...! ¡Ni ofrendas aseguradas... ¡Ni elegidos perpetuos! La tierra.... convertida en una gran anilla siempre acosada por la brisa... ¡Rueda! Rueda y rueda... Gira y gira, tocando el silencio en su danza caprichosa. El mundo es así de simple: Viajas siempre, más allá... del hoy, algunos desertan, otros....continúan”

De acuerdo a las descripciones aportadas por la anciana, el adolescente Jhomis era en esa época de contextura fuerte, nariz ancha, pómulos pronunciados, boca con labios carnosos y frente saliente. Casi todos esos aborígenes sobrepasaban el metro setenta y se supone, que sus ancestros eran buenos guerreros, como también rastreadores intuitivos y observadores. La piel lampiña, bronceada mate, le daba en su juventud aspecto de guerrero, más que de cazador en las mariscas. De vida nómada, hacía su vivienda en forma pre-

caria, con horcones unidos con ramas y techos de fibras vegetales. La orientaba de este a oeste, para evitar el calor del norte y el frío del sur.

Estos datos apuntados con prolijidad por Bautista, procedían de la entrevista a *Wuyute*, la madre de Jhomis. Una mujer vencida y ahora abandonada. Era imposible adivinar su edad. El rostro pétreo, la mirada ausente y triste, la piel callosa y gris, los ojos hundidos, como escondiéndose en las órbitas. Desdentada, hablaba un español trabado pero comprensible. Ella daba los detalles de la vida de Jhomis y sus recuerdos. Bautista solamente ordenaba lo que consideraba más importante, se preparaba para la estocada final: preguntar si ella sabía por qué Jhomis había sido asesinado. Wu-yute asintió con su cabeza. Bautista comprobó que esa mujer había olvidado el miedo y continuó escribiendo.

Él usaba chiripa de lana de oveja teñida o cuero de animales. Las mujeres se cubrían con cueros finamente trabajados o telas artesanales. Iban tatuadas y pintadas, con varios adornos. Zakin era su máximo ejemplo. Jhomis había estado entre los seleccionados para el cacicazgo por su valor y habilidad. Se había casado con Zakin luego de arduas negociaciones entre dos tribus distintas y cercanas a la vez. La conoció orillando el bravo río durante un campamento de pesca. Ella estaba lavando en la orilla cuando Jhomis pasó con su red. Los grandes ojos de Zakin, los firmes y desarrollados senos, el cuerpo relleno con caderas anchas y la belleza de sus

quince años fueron más que suficiente para que él quedara firmemente enamorado de esa mujer casi niña. Zakin, un capullo de rosa en flor, era virgen; pero cuando vio a Jhomis, tuvo el raro mensaje hormonal de descubrir que, desde ese momento, era una mujer con deseos crecientes.

Así como Rembrandt elaboraba una sucesión de borradores con una mirada de sincera alegría, Wuyute por primera vez, miró profundamente los ojos de Bautista, como midiendo el efecto de su relato y también su orgullo de mujer, porque ella en algún momento de su vida había sentido esa juventud ahora perdida. Bautista percibió esa sensación y le dio una palmada en el hombro, como diciendo “entiendo; entiendo todo lo que usted me dice... créame”. La emoción incluía el encierro de la felicidad. Ella continuó impávida su relato, traducido a su modo, por Bautista, que no perdía detalle porque esos sueños custodiaban, aún, la sagrada imagen de la libertad.

Jhomis luchaba con su red. Su cuerpo, casi desnudo, se tensaba, la musculatura salvaje se marcaba en cada movimiento y ambos se encontraron más de una vez, mirándose sin temor, sabiendo que nada sería para ellos romper la tradición de ser entregada a un hombre que no fuese de su tribu. Para comprarla, Jhomis tuvo que almacenar cueros y alimentos como parte de pago y pasar días enteros cantando las consabidas serenatas. Cuando en la primera visita a la vivienda de ella, le llamó la atención la construcción de las

chozas: eran bajas con techos abovedados cubiertos de paja y barro. Los hombres usaban taparrabos, y a ellas una tela artesanal de fibra de chaguar las cubría de la cintura para abajo. Los senos firmes y desafiantes de Zakin despertaron sus dos pezones, que apuntaron al mismo corazón de Jhomis. Ella portaba collares y pulseras de cuero, y presentaba tatuajes en su rostro, producidos con paciencia, con espinas de cardón untadas con mistol, tusca y espinillo, con cebil para lograr colores oscuros y palo santo con laurel, para un rosado tenue. Esas pinturas elementales resaltaban una belleza extraña, que Jhomis declaró propia cuando entregó como presente a Zakin una yica de fibra de chaguar, y kenia, hecha con harina de algarroba. A sus padres entregó pieles de chanco majana, chuqui, corzuelas enganchadas, quirquinchos, miel y dos suris con una bolsa de frutos del monte.

La madre de Zakin no estuvo presente pues cursaba el período de impureza – segundo día de la regla –, motivo por el cual debía estar aislada socialmente y evitar entrar al río, so pena de desgracias futuras.

El padre de Zakin intercambió hospitalidad y trueque, ofreciendo dos recipientes con aloja de miel y algarroba y una artesanal pipa de palo blanco para comenzar a fumar. La oreja derecha de Jhomis mostraba orgullosamente una gran perforación, con un colgante de palo bobo, que el padre de Zakin ponderó.

Wuyute sonrió por primera vez cuando describió los

detalles de esa perforación y tomándose su lóbulo derecho le mostró a Bautista que ella también tenía una abertura importante donde entró el índice sin dificultad. Pero le explicó que ella hacía ya muchos años había dejado de usar el palo bobo. Y recordó como se había resistido Jhomis a ese ritual cuando era pequeño. Y volvió al relato.

La vida de Zakin y Jhomis se desarrolló sin tropiezos hasta el gran fuego, que destruyó el monte matando muchos indígenas, y obligando a los sobrevivientes a buscar trabajo en los ingenios. Allí el capataz; un hombre de pelo blanco, lentes negros y látigo en la mano derecha reclutaba, controlaba y pagaba todos los meses el cincuenta por ciento del salario y les retenía otro tanto para “el gran arreglo” al final de la temporada, si cumplían las metas que él imponía. A los hombres los contrataban para cortar caña, desmontar, desbrozar malezas, cortar leña y cavar canales. Por su fortaleza, a Jhomis lo destinaron a voltear árboles. Las mujeres plantaban caña y macheteaban la maleza.

Cada ocho meses, abandonaban y quemaban su precaria vivienda y partían los dos a los ingenios acompañados ahora por su hija. Allí pasaban penurias, pero lograban al fin de la temporada la entrega de lo que ellos llaman el gran arreglo, o sea, el cincuenta por ciento de lo ganado en ocho meses de trabajo. Luego, regresaban a su monte habiendo comprado géneros, alimento y hasta armas. Pasaban cuatro meses en la nueva vivienda hecha por Jhomis en la zona ri-

beraña, donde aprovechaban para la pesca de sábalos, surubí y dorado que comían con porotos del monte mezclados con grasa de iguana o surubí.

Wuyute hizo una pausa. Parecía atesorar un dolor muy fuerte, muy de adentro, rehuida la mirada de Bautista, de sus dos ojos nacieron pequeñas lágrimas, tan diminutas que apenas con sus delgados dedos pudo quitarlas luego de pedir perdón, como si llorar fuese un acto vergonzoso.

– ¿Sabe qué pasa? dijo mirando a su humilde choza– El blanco cree que somos insensibles. Tal vez nuestro rostro a veces inexpresivo nos dé una característica especial. Créame, Bautista, el dolor no tiene rostro y nosotros sufrimos más de lo que ellos creen. Solo que lo hacemos en silencio. Y regresó al relato.

En el segundo año de trabajo, el hombre de cabello y traje blanco y lentes oscuros hizo traer por la fuerza a Zakin por dos días, sometiéndola a su arbitrio, satisfaciendo sus apetitos sexuales. Dos hombres blancos la buscaron. En ausencia de Jhomis, de los pelos la sacaron de su choza, arrastrándola frente a su hija. En el camino perdió su chiripa y la desnudez apareció majestuosa ante la burla y las palabras lascivas de sus captores que aprovecharon su soledad para burlarse una y otra vez hasta llegar al domicilio del hombre de pelo blanco y anteojos negros.

La colocaron en una silla de la sala ante el alemán, que sentado en su sillón, gorgoteaba saliva espesa. Se lo ve

nervioso, ansioso, su mano izquierda no tiene el matamoscas. Se levantó; y se dirigió a ella. Por el momento Zakin pensó y solo imaginó que él no era capaz de hacerle daño. Pero él la atrapo con los brazos a la fuerza y aprisionó su talle fuertemente con una mano. Con la otra, tomó el rostro de Zakin, girándolo para que lo mire y la obligó a besarlo. Ella pensó que hasta allí llegaba: sólo quería besarla. Ella trató de mil formas de salir de sus brazos y gritó. Sus gritos son apagados con una boca llena de baba blanca. El deseo animal fluye excitado. Nadie escucha sus gemidos que nunca podrán llegar a convertirse en gritos. Gritos que nunca salen. No pueden, hay una boca babeante que los hace callar. La tiró sobre el piso. Ella que no trae un chiripá, facilita el arranque y ruptura de su calzón con violencia. Lo baja con mucha facilidad, mientras rodea sus caderas con fuerza bruta. Es un loco perverso enfermo mental. A la mente de Zakin llegó, como una estrella fugaz, el recuerdo de palabras sabias de un chamán ante una violación: “Nunca demuestres ante el violador temor o miedo porque puede hacerte más daño”. Cuando logró penetrarla, Zakin sintió odio, impotencia extrema y una despiadada culpa. Mucha. Mucha culpa porque recuerda le permitió entrar alguna vez en su humilde vivienda, y ahora... en su mundo íntimo. Mucha culpa de su sonrisa de mujer. Mucha culpa, aunque sepa que ella es la víctima. Una extraña mutación muy frecuente de víctima a culpable. Curiosamente se sintió vejada y humillada, pero no intentó ya gritar; su voz enmudeció. Él eya-

culó, se revolcó violentamente sobre ella, babeando una saliva espesa amarillenta y fétida. El sudor le da un aspecto ce-
trino a su piel. Se acomodó la ropa y salió corriendo de la
casa, gesticulando con un aullido animal mudo y escapó.
¡Huyó! Zakin quedó tirada en el piso. En una ausencia ex-
traña y vacía de ideas; se vistió sin prisa. Trató de atar la
ropa destruida con un hilo que encontró en el piso. El
tiempo para ella se ha paralizado. Salió de la vivienda arras-
trando sus pies, con la mirada perdida en la nada y el dolor
de su honor mancillado.

En su choza buscó ropa limpia para bañarse, tardó
todo el tiempo del mundo, queriendo que el agua purificase
su cuerpo. Había quedado en estado lamentable. Al anoche-
cer, cuando Jhomis regresó, la encontró sollozando. Zakin
le cuenta. Relató con detalle el trágico hecho y Jhomis, lejos
de enfurecerse, la contempló paralizado con una piedad des-
conocida, y un desgarrado dolor interno. Tomó sus dos
manos con delicadeza, juntó las palmas y las llevó a su rostro,
para secar lágrimas silenciosas. Luego, las atrajo lentamente
hacia su corazón en señal de comunión con su dolor. Zakin,
envuelta en una culpa impropia, estalló en lágrimas, como
si recién ahora pudiese sacar todo ese odio e impotencia que
sufrió casi en silencio y soledad, sin que nadie acuda en su
auxilio y lo que es peor, los dos guardaespaldas del hombre
de blanco gozaron con lo que vieron y festejaron cada vez
que el monstruo blanco jadeaba encima de ella. Jhomis, a

pesar de ese gesto tierno que naturalmente floreció, la consoló con palabras dulces, quitándole culpa a su dolor. “Eres más pura que antes. Nunca pudiste provocar a una bestia. No es un hombre, es un animal condenado de por vida. Te llevaré a un *pío Gonáq* -brujo-para que nos ayude.”

Y besó su frente; sus labios fríos y temblorosos. Consumió todas las lágrimas que el rostro de Zakin vertió en su dolor y nunca perdonó; porque entendió Jhomis que nada había que perdonar. Jhomis trajo a su recuerdo la imagen limpia y tierna de esa muchacha que lo cautivó en el río y al mirarla, nuevamente la vio más bella, y su amor creció. Jhomis con el odio oculto de la venganza, llevó su mujer al río para purificarla, olvidándose de la prohibición de bañarse en aguas cuando sangran genitales. La vagina estaba desgarrada por la brutalidad del patrón y sus empleados, que la sometieron hasta el desmayo.

A pesar de la lluvia, el agua terrosa, se fue manchando de rojo escarlata en un círculo de dos metros, naciendo desde en ese mismo lugar, un arco iris, presagiando desgracias cercanas. Wuyute suspiró profundamente, Bautista sabía que ese relato había desangrado el orgullo de mujer y el dolor de madre. La violencia y la violación de esa joven, no tenía justificación alguna. Bautista conocía los tabúes de esa raza. La mujer cuando menstruaba prácticamente era rechazada de sus quehaceres habituales y sociales. No podía conversar, compartir, tocar alimentos, y menos aún, tener relaciones sexuales.

Su estado se consideraba de impureza y como tal, era evitada y temida. Ni que hablar cuando se trataba de este hecho grave. Ella continuó el relato.

Jhomis, al terminar la temporada, acudió al *Daitenaq*; el jefe brujo que junto al cacique *Jaliaganéc*, iniciaron el ritual de reparación, con bailes en trance luego de beber abundante aloja. Daitenaq en esas visiones sobrenaturales visualizó en el hombre de cabellos blancos y lentes oscuros una bola de carne en la boca que no podría detener la ciencia y decretó que ese hombre sería de ahora en más, un enfermo de por vida, sometido al dolor, el silencio y la humillación, mucho más intensa que la de Zakin. Cada vez que ese hombre blanco deseara a Zakin, o tan solo la nombrara, la bola de carne crecería produciendo un intenso dolor y asfixia, en una vida condenada a la longevidad irrenunciable. Y así fue. Los días se convirtieron en un tormento para el capataz; cada vez que mandaba a buscar a Zakin, tenía que regresarla sin poder consumir una nueva violación, por ahogarse con la bola de carne que crecía en su boca y el dolor, imposible de atenuar con medicinas, hasta que comprendió —ya tarde— que esa mujer lo había condenado. Entonces hizo traer a Jhomis y lo envió al monte malo —*viáqjacoivóq*— donde cualquier aborigen teme por los diablos y viborones. Y sentenció por boca de tercero, que no podría regresar hasta traer la cabeza de una boa en su mano derecha, medicación dada por un chamán, consultado cuando fracasó la ciencia.

Jhomis fue llevado con violencia al límite de un monte espeso y sombrío. Allí, liberado, miró la frondosa vegetación y calculó rápidamente un camino para salvar su vida. En pocos segundos, las armas de tres empleados comenzaron a escupir balas. Jhomis corrió sin importarle qué pisara o qué ramas con espinas laceraran su cuerpo. Corrió dejando en cada espina un pedazo de piel y en cada paso, la sangre que brotaba de sus plantas heridas. Nada podría detener esa fuga de vida, hasta que exhausto, cayó pesadamente en un claro. Jadeante y agotado, quedó dormido. Se despertó en medio de una noche cerrada, con los ruidos de un monte extraño y con el temor de la aparición del *payác*: el diablo de la noche. Trepó por el tronco de un quebracho colorado hasta llegar a las ramas más débiles, donde esperó el amanecer. Con las primeras luces, bajó y comenzó la búsqueda de la boa. No tardó en encontrar su primera huella cerca de un estero. Intuitivamente demostró ser un cazador, rastreó al animal hasta que dio con él. Bautista conocía algunas leyendas del impenetrable: el viborón, boa o lampa-lagua y la también inmortal dama de blanco o el diablo en la noche. El caballo sin cabeza; el hombre lobo, y todas las metamorfosis imaginadas.

La anciana continuó su relato; mientras Bautista escribía, notó cierta excitación en la anciana, que parecía vivir los momentos cruciales de Jhomis, como si las vicisitudes de la vida, demostraran, que la ingenuidad, es un senti-

miento inofensivo, y toda aquella pesadilla relatada, tenía tendencia al asombro. El esfuerzo del relato poseía un dramático entrelazado, entre el esplendor del éxito, y el desvelo de la compasión.

Mezclado entre troncos y maleza, Jhomis identificó perfectamente el lomo del viborón que tenía sus veinte metros. Observó la maleza y los árboles cercanos y divisó un quebracho casi seco con una gran horqueta en su nacimiento. Luego buscó una rama del mismo árbol y la fue trabajando hasta convertirla en una filosa daga. Provocó al animal acudiendo al frente de su cabeza y molestándolo con una rama. Provocó también la ruta hasta la horqueta del algarrobo y con rapidez, con mayor velocidad que la boa, la fue llevando hacia el árbol hasta que se metió entre las dos ramas esperando el abrazo mortal del animal. Cuando quedó absolutamente envuelto por la Boa, la abertura de la horqueta le dio unos minutos de vida antes de ser quebrada por la fuerza y el tamaño del viborón, cuya cabeza estaba a pocos centímetros de los hombros de Jhomis. Levantando con certera precisión el arma fabricada, la clavó una y otra vez a pocos centímetros de la cabeza del animal tratando de proteger la integridad cefálica. La reacción superior a la muerte se apoderó de la boa, que a pesar de sus heridas mortales apretó con tanta fuerza el árbol que comenzó a ceder y con ello a asfixiar a un Jhomis jugado por entero. Asfixia, dolor, inconsciencia. Jhomis permaneció varias horas en ese

estado hasta que despertó rodeado de esa masa cilíndrica tetanizada e inerte. Había vencido; era el momento de desca-
bezar el animal y el regreso.

Wuyute estaba orgullosa de su hijo. “Siempre fue un gran guerrero y pintaba para cacique. Mi Jhomis no hablaba mucho, pero sabía lo que tenía que hacer en su vida. Dijo y continuó con la historia; la cabeza de la víbora gigante le permitiría sacar a su esposa e hija del ingenio. Nadie ni el más blanco de los blancos, podía romper promesa y trato delante de los aborígenes. El alemán lo sabía, por eso mi Jhomis estaba feliz”, Wuyute suspiró.

El hombre del cabello blanco y lentes oscuros no tuvo más remedio que aceptar la cabeza de la boa y dejar en libertad a Jhomis, previa amenaza de mantener en silencio el abuso de Zakin. Pudo más la necesidad de curarse, que la venganza sobre el esposo de la mujer que le ocasionaba esa enfermedad. Apresuradamente tomó la cabeza rígida y fría. La llevó a su habitación para pasarla por toda su cabeza y por el bubón del cuello. Luego de varios pases, comenzó a comerla cruda como lo indicara el chamán. La repulsión y el asco contrastaron con la fría seguridad de que ese era el remedio adecuado. Sin embargo, en la mañana siguiente despertó con tantas moscas en la cabeza y la boca que salió corriendo, gesticulando con sus manos a sus capataces para que le trajeran creolina, mientras espantaba las moscas con sus dos manos. A partir de ese día, el hombre

de traje y cabellos blancos con lentes muy oscuros cambió el látigo por la palmeta matamoscas, única forma de evitar que nuevamente se desarrollasen miles de larvas blancas de moscas en la carne de su rostro y cuello. Tardaría meses en quitarlas con una delicada pinza de cejas, una por una.

Jhomis partió esa misma noche con su esposa y su hija en búsqueda de otro trabajo y sustento. Viajaba cerca de Bautista sin saber que esta historia uniría sus vidas en ese pueblo, lugar repulsivo donde por esas cosas de la vida, encontró al periodista.

Sin embargo, no sabía que estaba condenado a muerte por el hombre de cabellos blancos, traje blanco y lentes oscuros.

VI

*“Llega un momento en la vida que uno necesariamente es
intermediario*

entre lo premeditado y lo ejecutado

*Recuerdo sí, recuerdo que ese día... una hiedra,
descolgada del balcón, escapaba al bullicio de los espejos”*

Bautista no durmió bien. La historia de Jhomis lo había conmovido y se quedó hasta tarde escribiendo la primera parte de la entrega periodística, referida justamente a esta tragedia individual, pero que en definitiva era la parte de un todo. Al final del artículo, le preguntaba a Alejandro si podía quedarse una semana, porque el tema daba para más y se convertía naturalmente en una investigación periodística. A las nueve de la mañana el celular comenzó a cobrar vida mientras se duchaba. Salió de la bañera y envuelto en el toallón acudió a contestar. Lo primero que hizo fue ver quién llamaba y al ver la palabra ‘Alejandro’ no dudó.

– ¡Alejandro!...

– Sí, hola, Bautista, recibí algunos reportes... Muy interesante, me gustó, sí... ¡tremendo! Pero tenemos que hablar de otras cosas.

– ¿Como qué? – preguntó Bautista alarmado, por notar que su jefe estaba algo dubitativo y su voz no era la normal.

– Mira Bautista, ya sabes lo mucho que respeto tu trabajo y que valoro tu responsabilidad profesional... Pero... bueno, ya sabes como son estas cosas, resulta que me llamó el presidente del ingenio, porque habían detectado que estabas en contacto con una gente de mala conducta en la planta, unos aborígenes, aunque no dio su nombre o los nombres. Me pidió especialmente que te llame para que trates de contactar con ellos–

– ¡Me huele a apretada, Alejandro!

– No, Bautista nada que ver...

– ¿Me pides que me calle después de haber confirmado graves irregularidades?

– No, sólo que hables con ellos y escuches su versión, ya sabes cómo es esto; avisos comerciales, relaciones públicas, el crecimiento de nuestra empresa periodística...

– ¿Libertad de prensa, Alejandro?

– Esa palabra ya es antigua. Ahora somos una em-

presa, ¿entiendes? Tenemos futuro si nos manejamos con prudencia; para eso, todos debemos ayudar para que esto funcione.

– ¿Aunque haya asesinatos por medio?

– Ese chico Jhomis o como se llame es parte de otra historia, no hay que darle tanta trascendencia. Mejor concéntrate en los aborígenes, pero solo en sus ritos, hábitos, cultura, sus carencias y fundamentalmente puedes recurrir a las fotos, Bautista, fotos que reflejen abandono y miseria; algo que atraiga al lector o despierte su morbo. Sé que tus fotos son las palabras y que no te gusta sacar una sola, pero esta vez casi estás obligado para que no perdamos la noticia, pero sin tomar parte en ella. No dañamos a nadie y recibimos avisos y dinero... Amigo, ¿qué es eso de pelearse con el poder? Somos un diario serio y responsable, pero a la vez dependiente de gobiernos y empresas. Pensé que esto ya lo tenías claro. Bautista.

– ¿Y la explotación, persecuciones, despojos y muertes...?

El silencio invadió la línea, por escasos segundos se pudo percibir la respiración contenida y agitada de Alejandro.

– No lo tomes a mal, Bautista; pero si sigues en esto quedarás solo. Esta mañana también me habló una persona importante relacionada al gobierno provincial para pregun-

tarme sobre tus antecedentes...

– ¡¿Y qué les dijiste?!

– Lo correcto. Que eras un renombrado periodista de mi total confianza.

– ¿Lo soy, Alejandro?

– Bueno, creo que sí... pero depende de tu actitud. Yo te pido que escribas sobre otros temas tanto o más importantes que explotación, despojos y muertes de aborígenes de dudosos antecedentes.

– Puede haber muchos, Alejandro. Este caso en particular es un muchacho trabajador. No sólo lo explotaban; abusaban de su esposa delante de su hija; estoy a punto de encontrar a los culpables de este hecho y de otros peores que ya los describí en mi último reporte.

– ¡Bautista!, creo que he sido más que claro. Desayuna, camina un poco y piensa en lo que te dije, hay un contacto con el cual debes hablar, es el capataz de los tres ingenios.

Bautista confirmó por boca de Alejandro el nuevo trabajo del alemán. Antes vendía su tiempo a las empresas que asesinaban el monte.

– Le dicen “el alemán”. No puedes confundirte: usa un ridículo traje blanco en medio de la tierra; tiene anteojos negros aún en la noche y el pelo blanco. Es mudo por razo-

nes extrañas, pero si lo entrevistas, con un papel y pluma es suficiente para entenderse. ¡No digas más nada! Piénsalo y me llamas en la noche ¿Sabes?... toma el día libre, diviértete... Me dijeron que hay lindas mujeres y buena bebida. En fin, espero tu llamado a la noche, que tengas buen día, Bautista.

Bautista no contestó, esperó que el teléfono cerrara y lo tiró contra la pared. Estaba furioso. Se duchó más de media hora; en realidad, dejó que el agua masajeara su cuerpo y sedara su espíritu. Si antes dudaba, ahora estaba convencido de que tenía que encontrar a Zakin; faltaba completar el cuadro de sus estadía en el ingenio y algunas relaciones que ignoraba. Por otra parte estaba convencido de que la vida de esa muchacha y la de su hija peligraban.

VII

*“Aún que mi cuerpo esté entre algunas velas exangües y
empequeñecidas/ reposan mis manos entrelazadas de pasada
bondad/ Descanso ya y florece un curioso perfume de
ausencia/ en un paraje luminoso y siempre ignorado/ Fatigado
y cansado/ agobiado por el camino largo y tedioso del ayer/
feliz estoy hoy, por el encuentro de mi final”*

Llegó la noche al velorio. Momentos de danza y ritos. Ahora la etapa final: La despedida. Quien custodiaba el velorio no era un hombre común. Los años habían hecho mella en su humanidad cansada; pero, como era el más anciano de todos, tenía como privilegio separarse del grupo doliente y ubicarse en la entrada, sentado sobre un banco rústico de algarrobo. Cruzó con cintas rojas y blancas su exangüe tórax. Las mujeres y hombres estaban ubicados a los lados del féretro, como esperando algo más que una repuesta al dolor. La noche viajaba más cerca que la luz del día y las chicharras decían los presentes rutinarios junto al croar de algunas ranas,

alejadas de la humilde choza, habitantes de charcos de aguas estancadas. Tres jóvenes cancionistas esperaban la orden de iniciar su rutinario lamento. La complicidad del ambiente silencioso envolvía al conjunto y nada alteraba la ceremonia del saludo de manos de quienes vinieron a despedir a Jhomis. Afuera de la vivienda, la brisa suave y lenta era el vehículo del alma vagabunda y dolida, pero feliz de compartir esos espacios misteriosos del vacío de la nada, junto a caciques históricos, como *Cambá*, *Juanelrai* y *Meguesoxochi*, que acompañaban jubilosos al guerrero de futuro truncado por una muerte injusta. Algunas gotas de sangre, procedentes de una auto agresión del brazo del chamán en su ritual de pureza, languidecían en el piso de tierra, luego de que danzara alrededor del féretro para ahuyentar los malos espíritus, evitando así que se posesionaran del alma de Jhomis.

Zakin mantenía una gallarda postura al pie del féretro, con la humilde y digna vestimenta que marcaba su viudez. En el día, había sido tatuada a pedido, en homenaje a Jhomis, utilizando las consabidas espinas de cardón, untadas en sauce colorado, amor seco y lapacho amarillo, que le dieron un color verde a sus mejillas, bordeados de pequeñas estrellas negras, producidas por el itín, guayacán y hollín de leña. El cabello negro revuelto con esos grandes ojos, contrastaban con sus blancos y ordenados dientes. En su conjunto, Zakin mantenía esa misteriosa belleza salvaje que cautivó en vida a Jhomis. Ella no tomó más que agua, ni

probó un bocado de alimento durante la noche; como tampoco, cruzó palabra alguna con los presentes. El duelo marcó sus sueños. Aquellas pocas fantasías que iluminaron alguna vez su vida se apagaron, al igual que cuando se sopla una vela encendida. De ahora en más, ella sería una vagabunda del monte, una hoja más del verde de esa naturaleza cerrada y una luz de brillante color blanco en cada noche de soledad. Estaba destinada a llevar el secreto de su paso por el ingenio como una pesada carga, que haría incomprensible su relato a cualquiera de sus pares que desearan escucharla. Sentíase culpable de la muerte de Jhomis, y ese dolor no tenía rostro.

Después de ser enterrado Jhomis, Zakin se internó en el bosque, y buscó el lugar donde quedó la última choza que Jhomis había levantado con sus manos. En cada varilla, en cada estaca que quedó impune al fuego, estaba la voz medida de Jhomis; su esfuerzo con el hacha; su delicadeza artesanal tallando bancos y la protesta silenciosa al injusto trato discriminatorio de su raza.

El anhelo de ver crecer a sus hijos, como un árbol que ofrece sus ramas y hojas en cada estación del año, se frustró. Pero Zakin está nuevamente sumergida en esa postal de vida, recordando cada minuto de convivencia y resguardando astillas que dejó Jhomis tiradas cuando esculpía madera de algarrobo, con el perfil sereno de un artista desconocido.

Allí llevó a su hija: un monte trenzado, cerrado al cielo con pequeñas hebras de luz descolgadas de las ramas, sumadas a mágicos habitantes del monte que alertados de su regreso habían custodiado la choza de la nostalgia, como si fuese su propia morada. Es en ese lugar, precisamente en ese extraño tesoro de la memoria, fue donde Bautista entrevistó a Zakin que, por fin, se decidió a hablar con el hombre blanco, luego de asegurarle, bajo juramento sagrado, que nada malo le pasaría a ella o a su hija y que en el futuro tendría oportunidad de salir del monte y ser llevada a un lugar cercano a su vivienda, para cuidar de ellas, como si tuviese el legado último de Jhomis: Ser custodio de esa prolongación de vida.

– Lo juro – afirmó Bautista ante una Zakin intrigada.

VIII

“Eres...tú, acaso, esa mujer engalanada de tules?/ ¿La misma?/ Me pregunto qué pasaría si esa delicada seda cae/ y desnuda tu cuerpo, y reapareces... ¡como Betsabé!/ la ingenua y bella pálida de Memling/ con su desafiante postura, o con el desafío voluptuoso de la ¡Olimpia!/ o ¡Magdalena!/ o tal vez la Venus dormida/ Venus de Urbino/ ¡todas!, todas ellas, reclinadas en ensueños/ y delicadas manos izquierdas cubriendo ingenuamente el deseo”.

La perseverancia de Bautista logró su cometido. Ubicó a Zakin por intermedio de *Chemate*, su madre, mujer de avanzada edad muy golpeada por la vida. De pequeña estatura, con signos evidentes de una tiesa columna torcida por los años; rostro cuadrado, frente amplia, cejas despobladas, órbitas hundidas, ojos despulidos y tristes. Mirada ausente y lejana confirmando una lasitud perenne. Se podría decir que Bautista no logró que mantuviese sus pupilas fijas cuando él hablaba o preguntaba sobre Zakin. Sin embargo,

no parecía una anciana temerosa, mantenía un hálito de rebeldía que confirmaba estar dispuesta a dar algunos detalles ocultos a un Bautista ávido de información, aparte de ser la intermediaria justa para encontrar a Zakin en medio del monte, lugar donde ella se refugió, luego del asesinato de su esposo.

Chemate vivía en una pequeña choza en los suburbios del pueblo, muy cerca de una laguna residual, cuyo hedor se detectaba muchos metros antes, por acumulación del musgo sobre la lama húmeda. Sobrevivía rodeada de tres perros y algún material vegetal acumulado en un recipiente de madera para desarrollar su artesanía con fibras vegetales. Su extrema pobreza era el dato más importante que Bautista registró como signo de abandono. Ella sostenía que tuvo más de veinte hijos. En realidad no recordaba cuántos. Mientras lo hacía, las mandíbulas mostraban la encía desdentada, labios apergaminados, arrugados por ausencia de palabras se movían libremente al relatar la infancia de Zakin; infancia corta y sacrificada, ya que a los quince años, se casó con Jhomis luego de superar las barreras que las tribus impusieron y cumplir con los tributos para su compra.

Bautista encontró en ella, una mujer humilde, sencilla, analfabeta y curiosamente tierna. A pesar de su pobreza, Chemate ofreció al periodista una infusión de algarroba, miel del monte y pan casero. “La pobreza siempre tiene algo para compartir”, repetía. Chemate dijo que ella aún tenía

en brazos a Zakin, cuando todo el grupo familiar fue desalojado de sus tierras. Palas mecánicas gigantes borrarón su historia y las piras funerarias encendidas hipnotizaron a su familia con el fuego. Sentados uno al lado del otro, como si asistieran en primera fila a una función macabra, Chemate y sus hijos miraban con impotencia decenas de máquinas que desmontaban tozudamente superficies impresionantes de tierras. El despojo sumaba desiertos grises de cenizas. El monte asesinado.

Chemate le recordó espontáneamente a Bautista, que un hombre joven – en esa época –, de ridículo traje blanco y lentes oscuros, conducía la topadora más grande del grupo y cada vez que pasaba frente ellos, que permanecían inertes, se dirigía peyorativamente calificándolos con adjetivos humillantes. Bautista sintió que su cuerpo se estremecía.

Chemate y su familia fueron desterrados, enviados monte adentro, en pos de refugio natural contra esa invasión de exterminio. Los rostros adustos. Los pocos elementos salvados de las palas mecánicas, ollas tiznadas, fibras vegetales rejuntadas, algún alimento charqueado fueron embolsados en cueros para acompañar un nuevo y rutinario exilio y su grupo entró en el monte, perseguido por un temerario chacal, que aún, viendo esa peregrinación, lanzaba palabras insolentes y amenazantes, como si no le bastara, ser verdugo anónimo. Necesitaba lastimar a esa gente, destruirla y con-

vertirlos en deshechos. El sórdido joven de traje blanco y lentes negros, enervado con el triunfo, gozaba con una sonrisa lúgubre, entre flámulas agitadas en pequeños mástiles que llevaban impresa el nombre de la empresa: El Progreso. Y así fueron convergiendo los aborígenes al monte cerrado, en operativos de pinzas, en un mortífero plan de extinción.

Bautista, concentrado en el relato de la anciana que resumía entre sollozos inesperados, imaginaba ese largo y tedioso peregrinar con Zakin en su regazo y los cantos desgarradores, semejantes a letanías que en la noche se desdibujan entre el laberinto de la vegetación. Y ese hipócrita joven de lentes oscuros y ridículo traje blanco, aullando enervado, cubierto de vello oscuro de la bestia con tamaño del fauno, persiguiendo esa gente y dirigiendo el enorme filo de la pala, para decapitar a quienes alcanzara en esa carrera desconocida. Y por primera vez, se le presentó la imagen de un túmulo, en medio de ese monte asesinado, y encima de él, una cruz blanca con letras negras incrustadas e ilegibles. Una fugaz imagen que se desvaneció cuando la mujer lo llamó por su nombre. Chemate prometió llevar a Bautista en la madrugada. Había que caminar cuatro horas en el monte y acercarse al río. Zakin se había ocultado de la venganza, acudiendo a la generosidad de la naturaleza.

Bautista se recostó sobre unos cueros secos, no podía distinguir de qué animal eran, pero servían para aislarlo de la tierra. La noche cerrada con niebla espesa flotando y el

sonido extraño de animales dialogando en la oscuridad creaban un marco extraño. Bautista apoyó su cabeza sobre sus tres cartapacios usados como almohada. Sentía un calor húmedo en su cuerpo, pegajoso y pestilente. El zumbido de mosquitos y bichos de la noche atravesaba su espacio con crispante regularidad, lo que le obligó a cubrir su cabeza con una camiseta. No hay daltónicos en la noche pensó. Todo es negro y gris. Y así logró dormir hasta que fue despertado por la anciana.

Caminaron por el bosque. Si Bautista creyó en algún momento que el monte era intransitable, se equivocó. La anciana se manejaba con total displicencia, recorriendo casi de memoria un sendero que si Bautista hubiese pretendido ver, habría sido imposible. Cruzaron pantanos, estepas, monte cerrado, arboledas curiosas. La naturaleza sorprendía aún más a un Bautista decidido a continuar su investigación. Veía a la anciana caminando descalza, con paso firme, seguro, dirigiendo sus manos muchas veces para separar enramadas que obstaculizaban el paso y advirtiéndole a Bautista que evitase tocar determinada hoja o que se cuidase de las espinas de los cardones. No bebieron agua y tampoco sintieron sed. “Curioso”, pensó Bautista, teniendo en cuenta que era un adicto al agua. Notó en algunos árboles un musgo baboso trepando descuidadamente, y en algunos lugares más abiertos, flores silvestres que le recordaban los ásaros por el rojo oscuro o los nardos que alguna vez tuvo en su maceta. Se podían ver otras

flores silvestres pequeñas, amarillentas, de forma elíptica que él desconocía y que no habría de conocer pues la anciana no contestaba a sus preguntas. Por fin llegaron a un espacio más abierto. Se escuchaba a lo lejos el murmullo de un río y el revoloteo de las aves. La vegetación había cambiado del gris al verde intenso. Bautista se sintió reconfortado, porque sospechó que habían llegado. En los veinte minutos finales, el paisaje cambió abruptamente. Un enorme río achocolatado estaba a su frente; el ruido del agua parecía una sinfonía nueva; la brisa humedeció su rostro que se iluminó al encontrar a Zakin a pocos metros. No era una mujer. Era una obra de arte, una efigie perfecta, parada sobre la orilla del río, sacudiendo su cabellera con las dos manos, dejando toda su desnudez intacta a cualquier cambio. La piel lustrosa por el agua recientemente esparcida daba un brillo extraño a un cuerpo firme, liso, libre de vello, casi vaporoso e inasible a cualquier intento. Los senos turgentes, con dos pezones desafiantes. La cintura poco pronunciada permitía el nacimiento de dos muslos, como si fuesen dos gárgolas buscando gramilla, y en su rostro, cincelado como el ébano, los pómulos surgían orgullosos, mientras el mentón desafiaba el cielo. Sus cabellos, descoloridos por una tintura mal hecha en el pueblo contrastaban con su belleza natural. Mala idea de alguien que le había recomendado tenerse para que no la reconocieran.

Zakin desnuda era como una extraña reproducción de La maja desnuda de Goya, o de la Venus de Tiziano o de

Velázquez, con un color de piel propia del pincel de Cézanne en *Las grandes bañistas* o *La madre de América* de Castagnino. Bautista inerte se mantenía erguido, firme, sin lograr retirar su mirada de esa imagen que lo había conmovido y desconcertado, experimentando por primera vez una extraña reacción ante la belleza salvaje. No era la Zakin cubierta de holgadas ropas que conoció en el viaje, o con quien habló bajo un árbol, o aquella joven que salió corriendo cuando se acercó él, después de que Jhomis fuera asesinado. Ahora, en el marco de la naturaleza, emergía una Zakin inundada de candidez, liberada de espectrales odios. Una mujer del monte impenetrable, extrañamente desafiante, orgullosamente bella, y bañada con hebras de sombras y luces de media mañana, repartiendo indulgencias a propios y extraños.

Fue Chemate quien lo trajo nuevamente a la realidad, tomándole de su brazo derecho y sacudiéndolo para despertarlo de un sueño o una aparición. Bautista regresó por esos abismos de la fantasía y lejos de alejarse de esa aparición, se fue acercando lentamente, como quien ha descubierto un valioso ópalo en el desierto. Imanado a esa fugaz y efímera imagen, confirmó que era Zakin. Reconoció que era la única existencia en todo su universo. Zakin, que advirtió el impacto por intuición, no escondió su desnudez; porque supo distinguir la falta de lascivia en la mirada de Bautista y le envió en el correo del silencio la primera sonrisa de amistad que lo sacudió como si hubiese estado sometido a una torva imprevista. Supo que era una imperceptible

muestra de afecto o un reconocimiento por haber perdido el temor ante un blanco que acompañó su dolor.

Pasado el terremoto, regresado al mundo de los vivos, Bautista recobró aliento y nuevamente pudo articular palabras que se habían ahogado en su garganta. Ya no era la desnudez de Zakin que lo conmovía. Ya le pertenecía en su totalidad. Podría describir una y mil veces, sin equivocarse en un milímetro, sus formas, su piel, su exuberante belleza. Ahora era la profundidad de la mirada de Zakin que perforaba la retina de un Bautista frágil y sumiso. Lo que no había logrado ninguna mujer en su vida: se derrumbó ante Zakin, sin haber tenido oportunidad alguna de hablarle, o tocarla, y menos aún, besarla.

Esa tarde Bautista fue homenajeadó por madre e hija. Zakin, liberada de todo prejuicio una vez que penetró al monte cerrado, siguió las costumbres de su raza y se mantuvo libre de ropa. Luego de ofrecer su comida con pescado y frutos del monte, tocó un cordófono de una cuerda, como el *Yelatáj Chos Wóley* fabricado con rama de tusca, tensado con fibras vegetales y como caja de resonancia el cuenco de calabaza. El sonido era lastimoso, penetrante, disoluto, extraño a cualquier nota musical que Bautista hubiese escuchado antes. Sin embargo, esa música le producía un estado de éxtasis placentero que lo invadía sin piedad al contemplar las manos de esa mujer desnuda que ofrecía su arte a su persona.

Mientras su hija tocaba el cordófono, Chemate se había colocado plumas de avestruz en su cabeza, pieles de jaguar sobre sus hombros y dos serpientes enroscadas en un báculo con cintas de colores como el reflejo cierto del poder chamánico. La sarta de conchas y semillas atrapadas con dos cintas en los tobillos y muñecas acompañaban una danza de pequeños pasos, saltos cortos, en una rutinaria danza saturada de sensualidad. Bautista, maravillado de esa simplicidad, consumió el espectáculo admirando la delicadeza de ambas mujeres y comprendió que la belleza de las costumbres de esos aborígenes eran tesoros muy preciados, ofrecidos únicamente cuando la libertad se siente en el interior del cuerpo y la mente.

En la noche, sentados los cuatro alrededor de un pequeño fuego, entraron en la conversación que a Bautista lo obsesionaba. La pequeña dormía profundamente y fue entonces recién, cuando Zakin relató parte de sus vivencias cuando era una niña, antes de ser desplazadas de sus tierras y enviadas al exilio interno. Era tan simple su vida como su candidez ante el futuro. Conocer a Jhomis fue una circunstancia fortuita que la marcó y le permitió probar el fruto el amor. Pero también vio cómo sus pares aborígenes, hombres y mujeres, eran invadidos en sus costumbres; obligados por temor celestial y sobrenatural a ser dominados y a tener conciencia del pecado que el Señor condenaría. La ingenuidad e inocencia de su raza ignoraban la terrible maldad del pecado, pero comenzaron a sentir culpa cuando la sentencia

de lo prohibido fue decretada. Libertad encarcelada. La subsistencia, asegurada antes en el monte, fue reemplazada por la compra de alimento y la incorporación de dinero. Ese violento accionar colonizador tan cercano diezmaba su raza, obligándola a incorporarse a los procesos laborales más penosos como el trabajo en los ingenios o en la destrucción del monte como hacheros. Ella vio que mientras daba vida a una niña, las máquinas y las ambiciones de los blancos le quitaban la esencia a sus costumbres encerrándolas, en prohibiciones, pecado y luego, en la explotación laboral. Fue tal el relato de ambas mujeres que Bautista sintió una profunda vergüenza por ese daño. La civilización no respetó costumbres, creencias o lugares de eternos asentamientos, robados hoy por dinosaurios de metal. Y finalmente, reapareció el personaje de traje blanco y anteojos negro, con toda su virulenta maldad. Bautista supo de su derrotero, primero en la destrucción del monte, luego, como capataz de ingenios y amo de aborígenes sometidos a ese trabajo esclavizado. Este siniestro hombre era la clave de su investigación.

Bautista se quedó largas horas escribiendo los detalles que las dos mujeres le aportaron, con la luz discontinua de la llama de la hoguera hasta que la madrugada lo encontró exhausto y solo, durmiendo muy cerca de cenizas grises.

Chemate nuevamente fue quien lo despertó sacudiendo su brazo derecho, porque el amanecer ha decretado el regreso y despedida. Zakin, en su espléndida desnudez se acercó lentamente y cuando los pómulos sintieron el calor

de ambas pieles, giró lentamente su cabeza y sobre el pabellón de la oreja de Bautista pronunció unas palabras que conmocionaron al periodista:

El secreto está bajo el monumento. Luego, llevó sus labios tibios a la boca de Bautista, depositando el adiós transitorio. Giró y se fue nuevamente caminando con su hija en brazos, por la orilla del gigantesco río achocolatado hasta que su figura se fue diluyendo en el horizonte, como un espectacular acto de magia.

A sus pies, muy cerca de donde se había quedado dormido, encontró dos obsequios de Zakin: un bolso carguero que ellos llamaban *kotakie* y un botijo llamado *nákona* con agua. Chemate comenzó a caminar y Bautista a seguirla luego de colgarse el bolso y el botijo. Intuía que no pasaría mucho tiempo sin que regresara por Zakin y eso alegró su pesada caminata.

El regreso fue más rápido. Aunque la ansiedad por encontrar a Zakin hizo que las cuatro horas de caminata inicial se convirtieran en una pesadilla, regresar fue más ágil, como si el sendero oculto se abriera espontáneamente al paso de los dos habitantes del monte.

Chemate era una mujer de pocas palabras; al llegar a su choza, lo primero que hizo fue buscar en la fiambrera casera un pedazo de carne salada, para hacer una sopa con verduras hervidas. Bautista prefirió sentarse bajo el árbol y ordenar sus escritos a los que ya consideraba importantes y

graves. Apoyó su espalda en el tronco y lentamente repasó sus apuntes hasta que un golpe seco y traicionero en la cabeza trajo una intensa y progresiva luz blanca que invadió todos los espacios y lo dejó inconsciente sobre sus escritos.

Cuando despertó, Chemate no estaba.

IX

*“La poesía es conmoción, ¡libertad! engalanada de música,
atajos de búsquedas insólitas, explorador de almas
inquietas; una palabra o una frase pueden romper cadenas
ofensivas de sumisión. El poeta no es más que un imaginario
libertador, cuya espada filosa es la palabra, la
palabra...sin sangre”.*

Los ingenios siempre pecan de grises. Son edificaciones muy similares en todo el mundo, y el proceso de la caña de azúcar requiere similares procedimientos adaptados al clima e idiosincrasia de cada lugar. Grandes edificios tipo galpones, la chimenea alta, los lugares específicos para el prensado, molienda, niveladores, cuchillas picadoras, desfibradoras, tolvas y largas cadena de transporte que terminan en grandes almacenes; el gigantesco horno y los molinos, les dan apariencia de tecnología vieja y caduca. Sin embargo, el producto final lo justifica.

El alemán estaba citado en el galpón de empaque.

Allí había una pequeña oficina protegida del resto de la planta, por tres pequeñas murallas de piedra. La oficina tenía lo necesario: una mesa de madera gastada, seis sillas, una biblioteca donde se acomodaban los bibloratos de archivos para documentar calidad, entrega y pedidos en general. Los residuos de bagazo estaban encima de todo el mobiliario y dos bolsas de cal aún sin usar permanecían al lado de la puerta. El alemán pidió por escrito a sus guardaespaldas que limpiaran la silla, los dos hombres con sus propios pañuelos dejaron en condiciones sillas y también la mesa.

El hombre de traje blanco y gafas negras se sentó prolijamente e inmediatamente con su mano izquierda comenzó a matar moscas mientras escupía a su lado un material mucoso y purulento que distribuía con el pie en el mosaico despulido. Estaba inquieto, nervioso, mirando la manecilla del reloj continuamente. Faltaban cinco minutos para cumplir la hora convenida. Sus dos guardaespaldas se ubicaron a su lado manteniendo una evidente custodia.

Tres hombres elegantes y pulcros hicieron una entrada abrupta. Cuatro custodios entraron a la par con armas en la mano. El más delgado de ellos, tomó la silla opuesta y se sentó en silencio. Los otros dos cubrieron su espalda y no simulaban las metralletas gatilladas. Miró al alemán con relativa curiosidad y comenzó su discurso con palabras suaves, y contundentes:

– Sabemos que ese periodista está metiendo sus na-

rices en nuestros asuntos. Hace dos días ingresó al impenetrable acompañado de la vieja Chemate para localizar a Zakin. ¿Supongo que esto está bajo su control? – preguntó mirando al alemán que con la mano derecha comenzó a escribir sobre su libreta una repuesta que alcanzó en forma inmediata a su interlocutor.

– Está bajo control. Chemate está secuestrada en nuestro poder para sacarle información.

– ¿Está viva? – preguntó el hombre elegante.

– Casi. Cuando nos dé toda la información la mataremos – añadió a la nota.

– ¿Imagino que es consciente del daño que nos puede hacer ese tal Bautista?... Ha terminado el período de contemplaciones. Lo quiero para mañana vivo y en este lugar – lo amenazó el hombre elegante y se levantó disgustado.

– Mañana estará acá, lo prometo – contestó en el papel el alemán.

Los tres hombres pulcros abandonaron la sala. El alemán dio tres palmetazos seguidos, dejando las moscas aplastadas sobre la mesa y se levantó con rapidez, haciendo señales con su mano derecha para que sus guardaespaldas lo siguieran. En la puerta pateó un grupo de haces de caña. De debajo de ellas escaparon tres ratas grises. El alemán escupió con la velocidad de un rayo la mucosidad purulenta, llegando muy cerca de la última rata que se escondió entre

restos de hojas de caña abandonadas. Se dirigieron al cuarto de calderas.

El calor era insoportable, las dos calderas estaban aún prendidas. A su derecha estaba Chemate sobre una tabla inclinada atada con cadenas, con el cuerpo sangrante y el rostro deformado. Las dos manos habían perdido sus dedos, y las uñas de los pies sangraban. Chemate mantenía una leve visión porque sus párpados estaban hinchados y morados. El interrogatorio había sido de una violencia y crueldad insostenible para ella, sin embargo, no dijo una sola palabra de su hija y menos aún de Bautista. El alemán extrajo su libreta del bolsillo de su saco y escribió la orden. “Medio cuerpo en la caldera hasta que hable y diga el lugar donde encontrar a Zakin y Bautista”.

Los dos guardaespaldas cumplieron en pocos minutos la sentencia. *Chemate* ardía de la cintura para abajo, las piernas no tardaron en disolverse; un grito salvaje de resistencia conmovió la sala vacía mientras los dos verdugos seguían empujando la anciana hacia la boca de fuego. Cuando el fuego llegó al tórax, Chemate escupió a esos hombres y con un grito de guerra indio se despidió del mundo. En pocos minutos la anciana se transformó en ceniza.

El disgusto del alemán no tardó en manifestarse. Su rostro se encendió y escupiendo pus, lanzó por primera vez un aullido lastimoso. El extraño aullido de bestia desconcertó a sus guardaespaldas y el hombre blanco de lentes oscuros, se retiró de la sala.

X

*“Yo soy ahora un umbroso mensajero,
un pequeño gnomo opaco que deambula en sombras,
envuelto en la mortaja de fatídico futuro. Soy una entelequia
vulgar, un abyecto sojuzgado sin memoria, sin honor, sin futuro”*

Bautista regresó al hotel. Tenía un enorme chichón en la cabeza y sangraba del lado derecho por un corte de tres centímetros. El mareo pasaba lentamente, pero el dolor se intensificaba. La desaparición de la anciana lo inquietaba y angustiaba. Todo aquello que estaba cerca de él sufría alguna agresión, muerte o desaparición. Se dio un baño prolongado y se quedó mirando el mosaico de la ducha dejando que el agua reconfortase su cuerpo. Mientras tanto pensó en qué le diría a Alejandro y como se resolvería su situación profesional. Estaba decidido a seguir adelante con o sin el periódico, la historia de esos personajes requería su atención directa para concluir en esa plaza que tanto le llamó la atención en su primera visita. Salió de la ducha, prendió un ci-

garrillo y se sirvió una medida de vodka con hielo; necesitaba algo fuerte y reconfortante. Mirando por la ventana, se dio cuenta de que el sol ya estaba en el mediodía y calculó la hora en que Alejandro acudía al periódico para llamarlo. Lo llamó a las trece.

– ¡Alejandro!... – dijo Bautista.

– ¡Ah,... eres tú,... el resucitado! – Exclamó el otro con tono de sorna – ; ¿en dónde estabas? Te estuve llamando al hotel desde hace dos días.

– En el corazón del monte, muy adentro – contestó resignado Bautista.

– Antes que nada, muchacho... – anticipó Alejandro – , ¡estás solo en esto! Te lo había anticipado. Te metiste en lugares incorrectos. Hablé con los presidentes de los ingenios y un alto funcionario local. Todos coinciden en que has pasado la raya de la tolerancia. Me preguntaron si aún eras periodista de mi diario... ¡Yo contesté que ya no! Su voz sonaba firme y nerviosa, hasta se notaba un jadeo en su respiración, pero continuó – : ¡Estás despedido, muchacho! Ya deposité la indemnización en tu caja de ahorro... Lo lamento amigo..., pero esto es así. Los intereses de la empresa están por sobre tus investigaciones. ¡Y es más!, trata de no llamarme, ni enviarme documentación que pueda comprometerme. Esto es muy pesado y debes convencerte de que estás absolutamente solo. Y terminó con un dejo de enfado

y cortó sin despedirse. Hubo unos segundos de silencio. Largos segundos de soledad.

Bautista quedó con el tubo en la mano y en la misma posición. No salía del asombro. Su amigo de tantos años puso distancia definitiva desde el punto de vista profesional, pero también, de una amistad tantas veces cultivada mutuamente. Muchas décadas con proyectos y luchas comunes y hoy, en menos de cuatro segundos, estaba en la calle; amenazado y sin la amistad de Alejandro. Se sirvió otra copa y sentado en el sillón comenzó a repasar cada episodio desde su llegada. A su lado estaban sus apuntes originales donde detalladamente relataba entrevistas e investigaciones paralelas, reafirmó que los enemigos a su investigación no solo estaban cerca suyo, sino también operaban en la capital y desde las oficinas del gobierno local. Recordaba las palabras de Zakin: “El secreto está en el monumento” y el impacto de los labios aterciopelados que se apoyaron en los suyos para despedirse. Pensó que debía cambiar de lugar, el peligro lo acechaba, pero estaba decidido a continuar su tarea. Calculó que con la indemnización depositada, podría solventar la estadía sin inconvenientes y al finalizar su trabajo vería si en la capital algún editor se interesaba con su investigación.

Su tercer cigarrillo se consumió solo en el cenicero, porque al llamar la puerta de la habitación, Bautista acudió, abrió e inmediatamente dos hombres le golpearon la mandíbula y el hígado derrumbándolo. Bautista solo alcanzó a

ver como una aparición, al hombre de traje blanco y gafas negras, y la extraña y repulsiva sonrisa que se fue borrando hasta que perdió el conocimiento.

Cuando despertó, su visión permanecía borrosa. El dolor agudo en la mandíbula y el hígado acusaba los golpes recibidos. No podía enderezarse. Notó que sus pies y manos estaban encadenadas y el suelo de cemento alisado y húmedo, con manchas de sangre. Reconoció el lugar. Estaba en uno de los ingenios; más precisamente, en una de las bodegas donde guardaban miel de caña y cientos de cajas de madera con azúcar refinada a los lados. Las cadenas eran de las cintas transportadoras. No había duda alguna, estaba en el lugar correcto. Uno de los dos ingenios. Los empleadores del alemán repugnante hicieron su trabajo. Su vida estaba en peligro.

– ¡Estás solo en esto, Bautista... Estás solo en esto...
..! – fueron las últimas palabras de Alejandro. Y tuvo razón.

Ahora sí, estaba absolutamente solo y a merced de esa organización. Escuchó voces que se aproximaban a la puerta principal. No podía ser el alemán; era mudo. Pero las voces no eran de sus captores. Había alguien más en ese grupo. Cerró los ojos y se mantuvo en la misma posición, simulando estar inconsciente. Pudo escuchar el diálogo entre sus carceleros:

– Lo quieren vivo, al menos hasta mañana. De cual-

quier manera el alemán vendrá para hacerlo hablar en dos horas – dijo uno de ellos.

– Yo, por mí, lo eliminaría ahora; ha ocasionado demasiados problemas. La vieja india resistió más de lo esperado, pero a éste lo meteremos entero al horno – respondió el otro y salieron haciendo chistes acerca de cómo ese cuerpo mañana sería otro puñado de cenizas.

XI

*Su vanidad tan esforzada, remató vencida por el tiempo,
convertida en harapos y jirones remendados; su fulgor
espurio se extinguió, marchitó su falso orgullo y supo
que vale más un soplo de luz que un candil de oro, porque hay
tres verdades inapelables en el vanidoso: el Desprecio, la Mentira
y el Silencio”*

En ese monte yermo, la abrumada Zakin luego de despedirse, caminó por un sendero hecho a machete con sus propias manos. Se alejó sofocada, con un velo de tristeza al despedir a su madre; buscó la mirada cálida de Bautista y se encaminó a un transitorio refugio, entre la maraña de una vegetación agresiva a media hora del lugar donde fue sorprendida en el río. Allí esperaba su hija jugando con candidez e inocencia propia de su edad, con utensilios caseros para cocinar. Zakin desplegó todo su esfuerzo en fabricar groseramente una choza emulando – sin poder, naturalmente– las habilidades de Jhomis.

Con sensatez, pensó que tendría que internarse más adentro del monte, en donde ella se sintiera segura y protegida del lascivo chacal de traje blanco. Poco tardó en juntar sus pertenencias y con machete en mano comenzó a incursionar en el mismo corazón del impenetrable. Alcanzó lugares adonde nunca antes había llegado y donde sus ancestros siempre temieron visitar por temor a los *payács-diablo*-. Ellos aparecen en los lugares más insólitos: en los huecos de la tierra, en cavernas de piedras, en la oscuridad o lechos de los ríos y toman formas y estructuras diabólicas o infantiles. Generalmente son de animales, a quienes extraen su naturaleza para hacerlos obedecer a sus instintos malignos. Puede ser un tigre y luego un niño, o una mujer bella y desnuda que les habla. Nadie puede contar esas visiones porque son pocos los que sobrevivieron al agresivo monte cerrado. Al ser encontrados estaban sus carnes a medio comer, sin las vísceras. Aún así, frente a esos riesgos ancestrales que había conocido en las reuniones nocturnas de la familia, decidió que un caníbal era preferible a un sádico. La turbulencia provocada por la pérdida de Jhomis y el juramento de venganza por parte del alemán eran más que suficientes para vencer cualquier temor sobre el funcionamiento de las empresas deforestadoras y el maltrato a los aborígenes en los ingenios.

En la entrevista grabada no escatimó detalle y relató con lujo su calvario cuando el alemán la sometía una y otra

vez ante el regocijo enfermizo de sus guardaespaldas. Y muchas veces, delante de su propia hija. No era solo ella la que era sometida a esa bestialidad. Otras muchachas jóvenes y hasta niñas transitaban el abuso. Dio direcciones y nombres de todos los personajes del ingenio y contactos que tenían con algunos funcionarios del gobierno, involucrados con personeros del mundo del dinero y poder en la capital argentina. Bautista grabó tres casetes con las declaraciones de Zakin. A su vez, tomó apuntes de lo que él consideraba más importante para resaltar. Un tibio relato al comienzo se convirtió en eufórica declaración al final. La voz de Zakin, cávida, pausada, escurría sin pausa en la cinta, con fluidez contagiosa, provocando en Bautista un regocijo extraño.

Urgida de justicia y protección, Zakin sabía de su condena a muerte, por lo tanto, luchaba por su vida y la de su hija. El fluido relato, a veces interrumpido por la emoción, permitió que Bautista se deleitara con el movimiento de las manos y del cuello con que se expresaba Zakin y con su delicadeza natural, y sintió una intensa compasión y respeto. Ese efímero estado de plenitud se contradecía con el lúgubre relato de la realidad vivida. Su testimonio de las prácticas en el ingenio – la aparición de los caníbales *kíyá gaik* hombres barbudos, con turbantes en la cabeza; prestos a elegir una presa para comérsela o descuartizarla para colgar sus partes en los alambres de modo que se ocrean– mostraba cómo se los amenazaba para extremar el trabajo. La lenta agonía

de sus creencias y bailes fueron desnudando la cultura del aborigen, dejando su esqueleto sin identidad.

Zakin relató que en una de las últimas veces que bailó el *nomí-danza nativa*- uno de los *kiyá gaik*, destrozó con un hacha una muchacha que ya estaba bajo los efectos de la aloja; la carnearon, la charquearon y una de sus manos envuelta en papel se la enviaron al brujo que entre la aloja y el humo de cebil estaba en trance vaticinando la tragedia; mientras los *cancheros* cantaban con ritmo de los *chulupies y chorotes*. El inocente baile *nomí*, permitía a hombres y mujeres en un momento dado, elegirse mutuamente para pasar esa noche encontrando entre ellos placer y sueño.

Bautista supo que los *kiyá gaik*, en realidad eran hindúes contratados por los ingenios. Escuchó una y otra vez el relato y mientras cotejaba con sus borradores escritos, fue dando pinceladas de hipótesis, marcadas en una cartulina colgada en la pared que reflejaba en definitiva los puntos a investigar. Cerrada la historia de Jhomis, Zakin y los datos de la vida en los ingenios, como si fueran los tres personajes del Greco: el mono, el muchacho con la candela y el idiota; Bautista estaba decidido a ahondar con su filosa inteligencia en los antecedentes del alemán, sus contactos y la plaza.

“*El secreto está en la plaza*”, la voz de Zakin perforaba nuevamente sus oídos, como el sonido quejoso y útil del turrullo, llamando a su rebaño.

XII

*“Cuando la cordura abandona
el hombre, el hombre libera al bárbaro, como si fuese éste, el
mediocre más fiel de su poderío. ¡Quién pudiera, quién pudiera
elevarse!, sin desgajar sus alas y exigir, ¡exigir! que en años,
en décadas, no horaden la paz, y se borren ambiciones colosales,
irracionales, alucinadas de aquellos mortales errados, que
sólo dejarán miles de errantes viajeros a la nada, con su piel
seca, reclamando memoria y justicia”.*

Las heridas sangran. Bautista percibe el lento camino anfractuoso de sangre corriendo por sus pómulos, dolor de sus costillas y la exagerada sensibilidad de la zona hepática inflamada. A pesar de esto, se mantenía con los ojos cerrados tratando de aparentar una inconsciencia ficticia. Los guardaespaldas estaban muy cerca; podía percibir la respiración jadeante de uno de ellos. Litros de agua fría sobre su cuerpo lo obligaron a moverse.

– ¡Está consciente el maldito bastardo! – dijo uno de ellos mientras le daba una patada en la espalda.

– ¡Así que simulas, gusano hijo de puta! – dijo el otro, golpeando su rostro con la punta del pie, regocijándose por su puntería.

Bautista secaba su rostro en el piso. Sus dos manos edematizadas estaban fijas con una cadena. La voracidad de sus captores y el sofocante calor del galpón devoraban su resistencia. Podía emitir solo sonidos rugientes de dolor e imperceptibles palabras, bloqueadas por los golpes en la mandíbula. Reptaba sobre el piso tratando de esconderse ante un nuevo golpe. La puerta de entrada se abrió con violencia, un reflejo de luz incandescente en sus ojos lo hirió pero le permitió reconocer la figura repugnante del alemán con su traje blanco, entrando con ese dejo de omnipotencia y arrogancia que lo caracterizaba. Hubo minutos de silencio a la espera de la orden escrita del mudo. La hoja fue desprendida con rabia y el alemán entregó a sus verdugos la sentencia. Textualmente la leyó su ayudante en voz alta. Los autorizaba a proceder con el máximo rigor pero sin matarlo, porque aún quedaba la última audiencia con sus patrones.

– Debe confesar en dónde está Zakin – sentenciaba la nota.

Ávidos de violencia; halagados por ser los instrumentos elegidos, los dos verdugos comenzaron a golpear y des-

garrar la piel de Bautista. Sangraban sus orificios nasales y su boca. Heridas cortantes en el rostro, manos y tórax, sumado a los gritos por dolor, como si fuese un animal salvaje atrapado en su libertad, retumbaban en los techos del galpón, con un sonido metálico, seco, lastimoso; mientras el hombre de traje blanco y gafas oscuras, sentado en una banqueta sin terminar, asistía con evidente deleite enfermizo al acto de extremada crueldad. Bautista exangüe, abatido y anulados sus actos reflejos, se abandonó al ir y venir de golpes que ya no dolían, porque su cuerpo se había transformado en una masa de carne insensible. Como si entrara en tinieblas extrañas o en una oscura zona desconocida, su cuerpo y alma se fueron apartando del galpón, como en viaje de misterioso destino, hasta que su conciencia fue anulada, vencida y sometida. De allí en más, Bautista perdió la percepción del dolor y el tiempo.

Cuando despertó era noche. La oscuridad del galpón. La húmeda bruma y el aire viciado, dificultaban su respiración. Su cuerpo inerte, paralizado por el dolor, posaba sobre un charco de sangre coagulada. Pudo notar una tenue respiración a su lado; un hálito de vida que no era la suya y la presencia de alguien, que no podía distinguir por falta de luz y el edema de los párpados que apenas le permitían abrir sus ojos. Con gran esfuerzo preguntó quién estaba allí, a su lado, en silencio, como si lo estuviese velando. Una voz femenina, débil, asustada y misericordiosa, contestó:

– Soy Olivita, señor; lo voy a sacar de acá.

Como un milagro, esa sombra gris a su lado le devolvió la esperanza. Dos palabras exactas para ese momento, para esa situación, le devolvieron las fuerzas. Se movió cuidadosamente, buscando asentar su cuerpo en las zonas menos doloridas y elevando su cabeza, pudo ver entre sus párpados hinchados la cara inocente de esa muchacha. Ella, con un trapo, le secaba el rostro sangrante, como si estuviese destinada a crear un nuevo sudario. Luego, con una cuchara de plástico, comenzó a darle agua con tanto cuidado que Bautista aceptó con gratitud.

La muchacha recogió dos cuentas de porcelana y un amuleto que estaban en el suelo y quedaron al descubierto cuando Bautista se incorporó. Atribulada, embelesada; sorprendida del hallazgo las observó con extraña delicadeza y se apoderó de ella una tristeza desbocada. Tardó varios minutos en regresar de sus pensamientos. La voz de Bautista llamándola por su nombre la sacudió.

– Libérame de las cadenas, Olivita; allí, debajo de esa mesa hay tenazas para abrirlas – le indicó Bautista, rogando que tuviese la suficiente fuerza como para partir el acero.

Olivita obedeció en silencio, tomó la gigantesca tenaza y trató de apretar con fuerzas pero no podía vencer la resistencia del metal. Bautista le indicó que buscara una

masa en la caja de herramientas y golpeara los brazos de la tenaza cuando la tuviera capturada. Y así pudo vencer el acero y lo liberó.

Por primera vez, después de más de veinticuatro horas, Bautista pudo mover sus brazos y reincorporarse. Un mareo le obligó a sentarse y esperar que pasara. Lentamente se fue levantando. Su cabeza sangraba, y dolía. Pero la libertad era más poderosa. Preguntó a Olivita a dónde irían y ella en su español trabado contestó:

– A un lugar seguro.

Salieron del galpón, caminaron por las sombras. Olivita daba pasos seguros, se dirigía hacia el monte. Bautista la seguía sin hablar, solo pensaba en alejarse de ese lugar lo más rápido posible. Escupió sangre ante un acceso de tos que lo sorprendió, pero supuso que después de esos golpes necesitaría varios días para recuperarse. La imagen de Olivita mirando las dos cuentas de porcelana y el amuleto le impactó, pero no era el momento para preguntas. Solo debía escapar de esa pesadilla. Que fuera esta joven la que lo había liberado desconcertó a un Bautista que lentamente recuperaba su estado natural y le dio cierto grado de vergüenza el haber prejuizado a la muchacha en esa mañana de limpieza de su habitación. Cientos de imágenes atravesaban su mente, mientras caminaba atrás de Olivita: las palabras de Zakin, las de Alejandro y los arrogantes gruñidos feroces de sus dos verdugos retumban en sus oídos mezclándose sin una lógica

razonable. La omnipotencia del alemán fue curiosamente vencida por una frágil y descalificada mestiza.

Los montes cerrados y la selva más tupida siempre tienen senderos mágicos. Las plantas, los árboles y hasta las raíces tienen su propio espacio ganado entre sus pares. Una búsqueda de luz y aire marca su crecimiento y sobrevida. Igual pasa con los aborígenes. En esa intrincada vegetación, siempre hay un pequeño oasis; un lugar, un espacio insospechadamente bello y habitable, y a ese lugar indudablemente se dirigía Olivita.

La vegetación en la medida que se aproxima a un claro se mezquina, como si el exceso de luz alejara, y la cercanía del río achocolatado e imponente marcara definitivamente el límite. Dos zanjones tuvieron que bajar para cruzar el lecho artificial del río que dejaba cuando las inundaciones avanzaban despiadadas en épocas de intensas lluvias. Pero muy cerca, a la orilla, a unos cincuenta metros, una choza precaria le daba sombra a un hombre sentado con sus piernas flexionadas como Buda, sus brazos abiertos mirando hacia el poniente y la espalda desnuda, tatuada con figuras de animales. Bautista solo veía la espalda y la cabellera oscura trenzada, sin poder saber quién era; hasta que por fin, quedaron frente a frente. Inmediatamente reconoció al artesano del pueblo misterioso que encerraba un secreto. Olivita respetuosamente, casi como una ceremonia premeditada, se colocó ante el artesano y estiró la mano en

silencio. Abrió el puño y entregó al hombre las cuentas de porcelana y el pequeño amuleto. La expresión del hombre no cambió, como si fuese una figura de piedra, una estalactita helada, una pintura inmóvil. Recibió el amuleto y las cuentas de porcelana. Con su mano abierta, quedó mirándola fijamente, como si deseara que ese elemento inanimado explicara su origen. Pero la mirada del artesano se congeló sobre los objetos. La mano quedó a medio camino entre Olivita y él. Abierta, permitía que las cuentas de porcelana brillaran e iluminaran el amuleto pequeño. Bautista observaba extasiado esa ceremonia de entrega y las miradas convergentes del artesano y la muchacha dirigidas hacia los objetos que yacían en la palma de su mano.

El hombre, repentinamente, cerró el puño con fuerza y se levantó bruscamente, mientras Olivita hacía señas a Bautista para que se acercara al río a lavar sus heridas. Todo en silencio, ni una sola palabra se cruzó por horas entre ellos. Olivita lavó y curó con hojas verdes las heridas; luego machacó en un pequeño mortero de madera unas hierbas secas y dos tallos negros hasta pulverizarlos; entonces agregó agua para una pasta que colocó con delicadeza en cada herida y en cada hematoma del cuerpo de Bautista.

El artesano, mientras tanto, despojado de su chiripá untó su cuerpo con pastas de colores; pintó su piel con rapidez y prestancia y esperó que secara. Luego, en un recipiente de madera tallado en un tronco, untó los dedos índice y

medio de ambas manos y comenzó a rayar meticulosamente su cuerpo con una pasta blanca que se iba encendiendo a medida que se secaba, hasta transformarlo en una aparición, un fantasma, una imagen absolutamente irreal y temible. Un cinturón con espejuelos y una ornamenta policroma de plumas de suri capturó su cabeza. El artesano se transformó en un enigmático *pio goná*. Avanzó hacia ellos a paso lento, con un recipiente lleno de aloja. Señaló el suelo. Olivita y Bautista se sentaron. Los tres bebieron en silencio. Inhalaron un humo ácido y áspero, que el artesano prácticamente no exhalaba, hasta que sus ojos se dieron vuelta. Se convirtieron en esferas blancas, entonces se irguió con agilidad felina y comenzó a cantar de forma extraña y pastosa el *Dóna Gan*, memorizado por generaciones y rechazado por los blancos por considerarlo un canto al diablo. Y bailó una danza suave y enérgica, con pasos cortos, rítmicos, que hacían retumbar el suelo; alertando a las aves de la inminencia de un desenlace imprevistamente agresivo, ahuyentando a los animales e imponiendo una autoridad espectral en un radio mayor. Nubló el cielo con presagios y amenazas de venganza. Tormentas eléctricas con truenos aparecieron de repente, acudiendo al canto herido del hombre en trance que no paraba su baile ni su canto. Encendió una hoguera a su alrededor con fuego incandescente, manso y frío que no quemaba ni flameaba; solo acompañaba al bailarín en sus movimientos, como gigantes olas que envolvían el tallado y adornado cuerpo.

Olivita y Bautista sentados, absortos ante esa magia nunca vista, ante ese espectáculo increíblemente bello donde la naturaleza por primera vez era sometida por un hombre, un *pío goná*, surgido abruptamente en ese instante. Y en un segundo mágico paralizó el mundo, condenándolo a un silencio absoluto. Una inmovilidad total transformó ese lugar en una pintura seca, vieja y abandonada, hasta que el artesano se derrumbó. Se desplomó sin pausa, cayendo con sus atuendos encima de las cenizas del fogón apagado. Así quedó. Respirando con agitación discontinua. Sus ojos en blanco, mirando el poniente. El puño de su mano derecha cerrado con la fuerza de una bestia, se abrió manteniendo en su palma el amuleto pequeño y dos cuentas de porcelana crecientes.

Olivita miró a Bautista con firmeza. En su español trabado dijo que ese amuleto era del hijo del artesano y ella. Ese *pío goná* era su esposo. Hacía dos años, que buscaban a su pequeño hijo. La danza realizada era la danza de guerra, venganza y honor. Ahora debería ser Bautista el que relatará donde la encontró.

Pasado el trance, a la mañana siguiente, Bautista relató con lujo de detalles todo lo vivido en los ingenios y sus observaciones en la plaza y el pueblo. Con la tranquilidad de estar en un lugar al menos más seguro, expuso todas sus investigaciones ante un hombre sereno, después de veinticuatro horas de trance. Él escuchaba con una calma extraña,

diría más tarde Bautista que era una calma sobrenatural, y que sus dos ojos lo miraban con tanta profundidad que muchas veces pensó que lo dejaría ciego. Al finalizar el relato, el hombre indígena cerró sus ojos, elevó su cara al cielo y lanzó un extraño gemido de guerra y dolor. Un sonido sobrenatural, hiriente y desgarrador. El cielo silencioso comenzó a cubrirse de nubes rojas y unos extraños sonidos del monte se multiplicaron inesperadamente. Bautista supo tiempo después que era la señal específica de la venganza.

Esa tarde fue la última vez que Bautista vio a ese extraño hombre. A partir de ahí, quedó con Olivita en una choza durante casi diez días, tiempo que tardó en recuperar su precaria salud. El monte rugía a partir de ese encuentro. En las noches, extraños ruidos se agregaron a la rutinaria orquesta de espera.

Aún así, a pesar de todo lo vivido, Bautista decidió continuar su investigación.

XIII

*“Qué duda cabe? ¿Qué duda, cuando indómitas y rizadas nubes
oscuras son heridas por tórridas dagas de luz? ¿Cuántas
dudas viajan en laberintos volubles, ávidas de soterradas repuestas
esperando su libertad con devota paciencia?
¿Cuántas?”*

El alemán vivía en la confluencia de dos caudalosos ríos. Zona exclusiva, protegida por guardias armados y perros amaestrados. El área de seguridad garantizaba la privacidad de ese extraño hombre de traje blanco y gafas oscuras. Su vivienda estaba en el vértice de un terreno de cinco hectáreas; casi pisando las orillas de ambos ríos. Allí pasaba la mayor parte del día descuartizando animales domésticos, llevados diariamente por sus empleados para desahogar sus obsesivos impulsos asesinos al regresar de sus incursiones de inspección y vigilancia en los ingenios. Acosado por su negra historia, su furia crecía al igual que la fealdad de su alma.

Cruzando uno de los ríos, se llega a una isla que en algún momento de su historia, albergó enfermos de lepra lepromatosa. Aquella lepra donde la carne se cae a pedazos, y que el mundo condenó al aislamiento y al olvido. Su historia y leyenda impedían que alguien se atreviera a cruzar el río por temor al contagio. Aún así, con esa incertidumbre y peligro, tenía dos sirvientes, uno de ellos ciego que deambulaba por la casa con la seguridad de un vidente. Solo la oscuridad le acompañaba. El otro sirviente tenía acceso a toda el área de servicio, excepto al pasillo que comunica la cocina y el office con el resto de la casa. Ambos, empleados rayaban los cuarenta años. Pertenecían a la tribu *mataco-mataguayó*.

El alemán los mantenía cautivos desde su adolescencia. Los había sometido y capturado para su servicio cuando talaba los montes verdes del Norte. Él mismo se encargó de perseguir y exterminar a sus parientes. Ambos estaban sometidos al sádico hombre de gafas negras de por vida. Prestaban servicio directo en el edificio misionero, hasta que llegó este hombre y despachó en pocas horas a curas y creyentes, ocupando desde ese día todo el edificio de la misión. Los dos muchachos sobrevivientes – uno de ellos ciego – quedaron bajo su servicio y crueldad. El salvajismo del alemán se multiplicó desde su desgracia, la convivencia con la enfermedad y la pérdida del habla. Nunca abandonó la perversidad para con sus sirvientes; es más, la agravó. A partir

de su enfermedad, el tumor putrefacto y la masa compresiva sobre su cuello hicieron que el alemán exacerbara su malicia, llevándolo a desplegar actitudes sádicas. El odio se había apoderado de él, transformando al hombre, en un monstruo sin voz. Solo el sirviente ciego deambulaba con libertad en la casa y era también quien recibía azotes cada vez que la locura invadía el cerebro de su amo. Ninguno de sus empleados y sirvientes conoció pariente alguno. Vivía en soledad absoluta, con la indecencia agazapada en cada uno de sus actos; y su nexa con el mundo se ejecutaba a través de las órdenes dadas a los verdugos a su servicio.

La noticia de la huida de Bautista agudizó más su abominable carácter. Y por primera vez puso una recompensa en oro puro por su captura. La desesperación lo llevó a rayar una locura aún más pronunciada y su sadismo se agudizó en la medida que los días pasaban sin la información por la que había puesto precio. El tumor de su garganta incrementaba su desesperación de venganza y juró en noches insomnes y días siguientes la necesidad de concretarla. A partir del momento en que supo del escape de Bautista, decidió asesinar a un aborigen por día y su fama se multiplicó en la zona hasta llegar a la categoría de monstruo.

El desfile de brujos y chamanes en su residencia se convirtió en rutina, el tumor de la garganta crecía inexorablemente impidiéndole ordenar a viva voz. Se había vuelto más taciturno, vengativo. Su crueldad acrecentada por la

burla de Bautista – que había logrado escapar de su encierro– agravó sus reacciones a niveles nunca vistos. La mansión estaba desordenada, ensangrentada y con restos de animales y cristianos descuartizados. No tardó en ser citado por sus patrones en el mismo lugar y con las mismas custodias, salvo que esta vez, el torturado sería él.

– Dijiste que estaba todo bajo control... – afirmó con voz grave su patrón con sarcasmo, mientras le tajaba la piel del cuello cerca del tumor– , que la vieja hablaría... y resulta que la quemaste en silencio – el filo de la navaja circulaba con facilidad abriendo su piel– , y el periodista escapó en tus narices – luego la navaja abrió una herida en el pómulo derecho– . Confiamos en tu habilidad y nos encontramos peor que antes... – y el pómulo izquierdo recibió un corte más profundo.

El alemán emitía sonidos sordos, mientras sus manos atadas se crispaban. Uno de los ayudantes del patrón se puso al frente y le retiró los anteojos oscuros. Dos esferas chatas y blancas con anillos negros en el fondo aparecieron sorprendiendo al verdugo.

– ¡No son ojos...! – exclamó con estupor y susto, retrocediendo. El patrón y sus guardaespaldas se acercaron y corroboraron la malformación. La navaja se dirigió ahora al tumor, lo atravesó permitiendo que saliera un líquido pastoso y purulento con olor fétido. No había sangre en esa herida.

– ¡Está podrido...! – dijo su verdugo con muestras de asco.

– Siempre lo estuvo... – corroboró su patrón y retomó la palabra.

– ¡Tienes dos días para traerme a ese periodista vivo...! Y aquí termina esta advertencia. Si no lo haces nuestra visita será peor y probarás en tu cuerpo los tormentos que en estos años produjiste a estos malditos indios... Estoy saboreando ese momento... y no trates de escapar. Quedarán mis dos hombres a tu lado para asegurarme que hagas lo correcto... Dio media vuelta y se retiró no sin antes indicarle a sus hombres: Suéltelo, pero no se despegan de él. Y desapareció por la puerta. Los dos verdugos quedaron de custodios de un hombre condenado. El alemán tardó días en deshacerse de sus restos seccionados prolijamente por una sierra eléctrica y llevada a los remolinos de las aguas.

XIV

“¿Sabes? Tu canto no será igual..., nada será igual cuando uno se va. Hay días grises, pero siempre que tu voz hiera el olvido, perdurarás flotando...en el tiempo”

Bautista regresó a la ciudad con su cabello teñido y una barba crecida que le daban un aspecto extraño. Nada pudo recuperar de sus pertenencias, porque si era descubierto en el intento, el alemán no habría tardado en aprehenderlo. Se refugió en la villa precaria a la orilla del río. Unos ancianos pescadores cobijaron al hombre fugitivo, sin preguntar su origen o destino. Le permitieron dormir bajo un incompleto techo y cubrirse con una sábana vieja y deshilachada. La primera noche, no pudo cerrar sus párpados; el temor lo invadía y el recuerdo de su calvario estaba aún presente. Curiosamente, la imagen de Zakin regresó con todo su esplendor y recordó la última vez que tuvo con ella. Su figura esbelta, sus labios tibios y la dulzura entregada con generosidad. No sabía Bautista si era por amor, o por agradecimiento. Sabía sí, que había sido sorprendido por esa mu-

chacha, que le había devuelto parte de una vida que él consideraba abolida. Esas imágenes anhelantes, deseadas por Bautista, se mezclaban con la crueldad a la que había sido sometido por los verdugos del alemán. Su presencia en la ciudad obedecía a la necesidad de encontrar interlocutores válidos para entregar la denuncia y encontrar apoyo para su última investigación en la plaza de ese pueblo tan misterioso como lejano.

Dos días tardó el esposo de Olivita en encontrarlo. Las costas de los ríos son lugares donde los pescadores se enteran de los movimientos del hombre blanco. No tardó el artesano en saber que dos ancianos habían albergado a un fugitivo blanco. Bautista fue sorprendido cuando estaba lavándose en la orilla de río. Al darse vuelta, el artesano estaba sentado, observándolo con curiosidad. Su mano derecha cerrada y la mirada serena tranquilizaron a Bautista que luego de reponerse se acomodó en silencio a su lado y esperó que el artesano abriera el diálogo.

– Trajiste el amuleto de mi hijo. Estas perlas las dejé cuando me retiré apresurado – no hablaba con rencor; más bien, con una voz de clemencia y mirando el horizonte, en una quietud extraña– . Hace mucho tiempo que mi hijo desapareció. Ese amuleto lo regresa a la vida. Tienes que decirme dónde lo encontraste; todos los detalles y exactamente dónde lo encontraste. – Abrió la mano mostrando el amuleto y las perlas brillantes, crecidas.

Bautista relató nuevamente su historia con la seguridad de que no se olvidaba de de nada, porque ya lo había escrito en sus informes. Pero reconocía que al hablar del amuleto se estremecía y sentía una extraña sensación de ahogo en su pecho y una profunda ternura cuando lo observaba en la mano abierta del artesano. Le comentó sus investigaciones, las dudas sobre los huesos encontrados en la plaza, las dudas sobre ese pueblo; el hallazgo casual de los restos óseos; y la necesidad de establecer contacto con alguien que pudiera llevar su denuncia a las autoridades, antes que el alemán lo encontrase. Le anticipó que tendría que viajar al pueblo y de noche cavar abajo del monumento, porque estaba seguro de que allí estaba la repuesta.

El artesano escuchaba sin intentar un solo movimiento y manteniendo la mirada hacia el infinito. Cuando Bautista terminó de hablar, se quedaron sentados en silencio durante casi una hora, hasta que el artesano cerrando el puño, se levantó con agilidad y mirando fijamente le dijo:

– Mañana a la madrugada, pasaré por este mismo río en un bote. Te llevaré a ver un hombre blanco confiable y luego navegaremos a buscar la verdad. Ahora cierra los ojos y no te des vuelta.

Bautista cerró los ojos. Se quedó un largo rato en la misma posición. En voz baja, preguntó si ya podía abrirlos. Nadie contestó. Reiteró el pedido en seis oportunidades. Nadie respondió. Abrió los ojos y nadie a su alrededor. Se

preguntó si realmente habría estado ese artesano allí con él. Buscó a su lado y no encontró rastros en las pequeñas ramas de que alguien se hubiese sentado. Buscó huellas en la tierra y la arena, tampoco encontró indicio alguno. En su mano derecha, curiosamente cerrada, sin darse cuenta notó un bulto. Abrió la mano, en su palma, una perla brillante del tamaño de una aceituna, titilante lo encandilaba. En pocos minutos, la luz se apagó y la esfera se transformó en una maravillosa mariposa de colores que levantó vuelo en pocos segundos remontando el río... casi a ras de él.

Olivita no se animó a despertar a su esposo, quien se mantenía sentado muy cerca de las cenizas que quedaban del fuego encendido en la noche, para asar los pescados capturados por el artesano. El hombre, sentado en el suelo con sus piernas y las dos manos abiertas sobre las rodillas, parecía un buda. Las dos palmas sangraban por dos pequeños orificios circulares y en la palma de la mano derecha yacía el amuleto junto a una perla titilante del tamaño de una nuez. Casi doce horas había pasado en esa posición, hasta las primeras luces del amanecer. Los primeros rayos del sol iluminaron su rostro. Abrió sus párpados y dijo:

– Debo buscar al hombre blanco para llevarlo al lugar en donde estará el maestro.

Inmediatamente se levantó; buscó la canoa que uti-

lizaba para la pesca. Cepilló las paletas de sus remos, cargó una pala de punta y dos botellones de un líquido amarillento. Olivita ofreció alimento. Su esposo con voz pausada y opaca sostuvo:

– Los muertos no se alimentan. – Cargó la canoa en su hombro izquierdo, le dejó a Olivita la perla tintineante. Se fue buscando la orilla del río. Olivita le preguntó cómo sabía en dónde estaba el hombre blanco a lo que él contestó sin darse vuelta:

– Lo visité ayer.

– ¡Pero si hace más de cuatro días que no sales! – le reprochó Olivita.

– Lo visité ayer – repitió él con voz seca.

XV

*“En ese espacio, piensas o duermes,
transmutándote en un ícono neutral, ni allí ni acá, pero hay un
espacio perenne sin raíces. ¡Magia! Dominio excepcional de
quienes vuelan en enérgicas aves de acero; allí, de continente a
continente, garabateas una pequeña historia en el espacio
sempiterno, sobre nimbos albos. Allí...vuelas y vives”.*

En la madrugada, el artesano apareció remando en medio del río caudaloso. Enfiló su canoa hacia Bautista que desde la orilla lo seguía con curiosidad y atención. La canoa se dirigió raudamente a la orilla y su proa abrió la arena. Los remos fueron dejados adentro del bote y el artesano bajó rápidamente para evitar que la fuerte corriente arrastrara la canoa. Con una seña elemental le indicó que subiera al bote. Bautista obedeció. Llevaba en su mano derecha un paquete envuelto en diarios atado con piolines. Eran sus escritos, sus anotaciones originales y en definitiva las pruebas de lo que hasta esa fecha

había investigado. Los documentos los había enterrado envueltos en plástico y cuero en un rincón muy discreto y oculto de la plaza, previendo robo o deterioro. Usaba copias o duplicados que en dos oportunidades fueron robados.

El artesano incrustó los remos en el agua y comenzó alejarse de la costa hasta alcanzar la corriente central del río, que facilitaba el desplazamiento del bote. Navegaron más de tres horas hasta llegar a un delta. Dirigió la canoa al canal derecho. A los veinte minutos apareció el pequeño poblado de pescadores. El artesano remó con fuerza obligando al bote a dirigirse a esa aldea. Arribaron sin dificultad. Luego de bajar y mezclarse con los pobladores, caminaron unos cien metros. Bautista llevaba sus documentos con extremo celo.

Decenas de aborígenes de edades y sexos diferentes observaban a los forasteros. En medio de ellos, un hombre de piel clara y de elevada estatura, permanecía indiferente. Le decían ‘pastor’. El artesano, luego de saludar a los pescadores, caminó directamente hacia ese hombre blanco. Comenzó a hablarle despreocupadamente, como si realizara una confesión. El pastor, mientras lo escuchaba, miró en tres oportunidades a Bautista y continuó atento al relato del artesano. Los pescadores rodearon a los forasteros. El artesano escuchó palabras del pastor que Bautista no pudo descifrar. Era un dialecto. El hombre blanco giró sobre sus talones y se retiró hacia una pequeña cabaña muy precaria; el artesano lo siguió luego de hacerle una seña a Bautista para que lo imitara.

La cabaña estaba fresca comparada con el calor del exterior. Los tres hombres se sentaron a una pequeña mesa de troncos con seis bancos rústicos. Entonces el artesano dijo con voz serena:

– El te escuchará y te dará el consejo que buscas. Y se retiró de la cabaña; Bautista y el pastor quedaron frente a frente. El rostro del hombre era el adecuado para su gran masa corporal; la mirada transparente de sus ojos celestes le daba a Bautista una paz extraña. El cabello platinado con dos grandes patillas que buscaban las comisuras de sus labios rectos y los pómulos salientes le daban un aspecto sobrio. Los codos apoyados en la mesa terminaban en manos entrelazadas sobre las que se apoyaba el mentón sobresaliente.

– Te escucho, Bautista – dijo el pastor, remarcando su nombre que seguramente el artesano le había dado.

Bautista no solo habló con detalle, sino que también abrió el paquete y comenzó a entregar documentación sobre cada tema: los aborígenes; los ingenios, el maltrato, la muerte de su amigo, la plaza, los restos óseos, las conversaciones con su director y algunos pobladores y funcionarios locales; y, finalmente, habló con mucho sentimiento de Zakin. Bautista miró el reloj y se dio cuenta de que había pasado casi tres horas en un monólogo interminable; sin embargo, el hombre gigante se mantenía atento y muy interesado. Le ofreció una bebida fresca de color violeta que Bautista aceptó temeroso. Se levantó. Caminó con su

enorme humanidad dentro de la cabaña, pensando seguramente en el relato. Preguntó algunos detalles que no habían quedado claros y se mostró preocupado por los abusos y los hallazgos en la plaza de ese pueblo. Nuevamente tomó su banco y encaró a Bautista con cordialidad.

– Lo que relatas no es novedad. Lo que viviste es de mayor gravedad porque eres testigo y eso, sí te pone en peligro extremo – le dijo con un gesto de amargura y disgusto. Se acomodó en su banco y trabó nuevamente sus dedos bajo su barbilla mirando fijamente a Bautista– . Hace mucho tiempo que estamos investigando al alemán y los ingenios. No conocía el episodio que relatas de Jhomis a quién conozco y he casado con Zakin. El artesano, este buen hombre que te trajo, es nuestra persona de mayor confianza en la comunidad y también nuestro gran observador. Sabes, porque lo has presenciado, que es un hombre sagrado a quien yo respeto y escucho. Si él te trajo, es porque realmente confía en ti y cree que tienes información más que importante. Este hombre sagrado, perdió a su hijo justamente en manos de empleados del alemán, y, por indicación directa de ese hombre, su cuerpo nunca apareció; pero sí su amuleto que tú has traído. Esa plaza que describes es la plaza de los actos centrales. En cada aniversario o fecha patria, se realizan fiestas y homenajes. Siempre ha sido prohibida para juegos infantiles o reuniones no controladas.

Bautista dio fe de que la plaza, las veces que él la había visitado, estaba en soledad total y las únicas personas

que había visto en las dos últimas visitas fueron casualmente el alemán y sus guardaespaldas. Se estremeció y auto recriminó por habérsele pasado ese detalle. Una plaza vacía. Una plaza cuidada pero vacía. ¿Por que no pensó en esto? El Pastor continuó:

– La documentación que obtuviste es de suma importancia. Los testimonios logrados: vitales. Tu trabajo ha sido más que importante, pero tu vida peligra más que antes. Debes esconderte hasta que yo pueda contactar con el gobernador y una autoridad nacional.

– ¡¿Son de confiar?! – preguntó inquieto Bautista.

– ¡Ambos! – Contestó el pastor con rápido reflejo– ¡Son de absoluta confianza!... es más, son ellos los que sostienen muchas de nuestras tareas de investigación en toda la región. – Y llegó una pregunta inesperada del Pastor– : ¿Sabes si Zakin sigue en el mismo lugar?

Un escalofrío invadió el cuerpo de Bautista, una extraña sensación de temor y satisfacción, pero también de desconfianza. Reaparecía esa mujer en el momento más inesperado, en una conversación absolutamente reservada. Sus palabras podrían comprometer la vida de esa mujer. El pastor se dio cuenta inmediatamente de esa reacción y trató de tranquilizarlo diciéndole que sería absolutamente reservado y le pidió que se lo dijera.

– Puedes hablar delante de nosotros sin temor.

– ¿Nosotros? – preguntó alarmado Bautista

– ¡Sí,... de nosotros tres! – y señaló el rincón más oscuro que se iluminó fugazmente. Estaban el artesano y

Olivita sentados en posición de buda. Era imposible que hubiesen entrado sin pasar delante de él durante esas tres horas. El rincón tenía solo dos paredes ciegas de adobe.

– Es un hombre sagrado. Ella, su mujer, te ha salvado. De ellos no puedes desconfiar.

Bautista alcanzó a ver la mirada del artesano que lo perforaba, y el gesto de aprobación para que dijera el paradero de Zakin. Bautista relató detalladamente el encuentro y la forma como la localizó. Cuando terminó, el pastor concluyó la entrevista con una orden:

– Él te llevará –señalando al artesano– a ese lugar. Yo me ocuparé del resto. Cuando te busque, será porque estaremos en condiciones de investigar a todos estos hombres señalados, la plaza y el monumento.

Las dos figuras de Olivita y el artesano se perdieron nuevamente en la oscuridad del rincón. El gigante pastor se levantó ofreciendo su mano derecha que Bautista estrechó.

– ¡Ve con él! – dijo el pastor y se retiró apresuradamente de la cabaña con la documentación en un bolso, colgado de su hombro.

Bautista y el artesano regresaron a la canoa. En la medida que se acercaban al bote, los aborígenes locales saludaban con una solemne y silenciosa admiración al artesano que seguía caminando con la mirada fija en la canoa.

“¡Un hombre sagrado!”, pensó Bautista, sin saber exactamente cuáles eran las dotes de este hombre

XVI

*¡Tú, provocadora!, floreces, mujer, avivando el ardor, emergiendo
de sombras que evaden el roce pendular de
reminiscencias pasadas. ¿Y...ahora? ¡Tú! Disfrazada de astro,
coloreada de palabras, bosquejada en finos trazos sobre el
lienzo sumiso y frágil de la noche, rocías luces destellantes,
hiriendo caminos en penumbras increadas, donde la pasión
emerge con el bramido salvaje en el indomable cráter milenario”.*

El artesano llevó a Bautista por el monte cerrado hasta llegar al mismo lugar donde había dejado a Zakin, en aquella imagen de despedida. Luego, se retiró en silencio en la canoa río abajo. Esa mujer, acariciada por el crepúsculo, licuada en el tiempo, sin desaparecer, hoy regresaba. Bautista encontró a Zakin con el mismo ímpetu amoroso de aquel día. Ella se mostraba radiante, desafiante en el marco de la ilusión del reencuentro. Las palabras enmudecidas, silenciadas en un ambiente cómplice, por estar expectantes ambos,

de un acontecimiento anhelado. Por primera vez, después de los otros encuentros eran nuevamente libres.

Bautista pensaba: en dónde quedaron estrellas, tormentas y fuegos de montes. ¿Dónde? ¿Dónde quedó ese calendario paralizado en el tiempo y aquella fuerza perenne de energía contenida que sumó su deseo? ¿Dónde? Entonces supo que una mirada o caricia, eran parte de una cascada de recuerdos que no habían capitulado en ella que ese día, consumó su entrega.

Cuerpos dispuestos, encendidos por verse nuevamente entrelazados, ahogados en besos y caricias, marcando la caducidad del sueño largamente esperado. Bautista no era ajeno a ese estado. Mientras acariciaba el rostro de Zakin, restablecía la memoria. Fue prolija y artesanalmente dibujando sus rasgos hasta llegar a una boca jadeante donde introdujo sus labios mansamente, para que ella gozase y su lengua acariciase la de él, que recorría con detalle toda la mucosa, descubriendo en sus paredes húmedas, el abecedario del amor, incrustado para siempre. Supo que Zakin había contenido sus palabras tiernas por largo tiempo, reservando esa confesión para el instante de la entrega. Repitió una y otra vez ese gesto, mientras aproximaba su cuerpo hasta percibir los senos de Zakin vivos, cuyos pezones jugueteaban curiosos de misterios incrustados en su pecho.

Y el eterno juego del amor, y esa nueva brisa de vida que azota la quietud y el encendido camino del placer. Paula-

tinamente fue capturando a Zakin besando su cuello, orejas pequeñas, senos conservados con pezones erectos. Quitó su pudor lentamente; gozando el acto majestuoso de la desnudez. Ella, luego de quedar en postura de imponente maja, quitó la ropa a Bautista con la misma delicadeza de antes, conservando el gesto tierno de la ingenuidad y pudor. Y el encanto de los cuerpos desnudos desencadenaron nuevas brisas y una radiante mirada cósmica se detuvo en esas dos almas exhibidas. Estaba húmeda. Su sexo lubricado por el deseo, anhelaba ser poseído y estallar en lluvia de placer. Mantenía su cuerpo un latir trémulo, mientras sus manos capturaron a Bautista para acariciarlo y homenajear la exaltada repuesta. Y ese despertar de los sentidos, ese rugido oculto en el tiempo, desataba una ilusión en su boca y el artesanal movimiento de sus manos. Repasó una y cien veces con su lengua el cuerpo de Bautista y concretó el mágico acto como muestra de su calor interno. Bautista dejó que ella gozara y sintió una conmoción plena que desató un apasionado erotismo y buscó en ella el latido que perfeccionaría su acto, al descubrir el estremecimiento de los muslos de Zakin.

Y el intenso despertar del mezquino paso del tiempo, condenó la medida, dejando que la danza del cuerpo ejecute partituras. Así, buscando cada uno esa comunicación plena, estuvieron hasta que sintieron la necesidad de esculpir en un solo mármol sus cuerpos. Él poseyó a Zakin. Encimó su cuerpo encendido; como si fuese la espuma de mar acari-

ciando la playa, dejó que su miembro buscara la entrada exacta del placer. Con delicadeza, acompañó los primeros gemidos de Zakin, hasta ahogar el primer gemido de gozo. La piel húmeda consintió que ambos cuerpos se licuasen en uno solo, prolongando un placer contenido, intenso, explosivo. Al fin el silencio. El descanso del acto amatorio, iluminó la suave penumbra del placer. Y los cuerpos exhaustos, esparcidos en el lecho natural, encontraron repuesta al brebaje infinito del pasado en un opúsculo presente, que despertó toda la prisión de sentimientos cubiertos por calendarios. ¡Cuánta belleza expresada en simples actos!

La galaxia, ese espacio calmo de millonarias luces huérfanas, titilantes derramó su luminosidad, acariciando a los amantes agotados en amaneceres naranjas... ¡y los liberó!... ¡Los liberó como a zorzales enjaulados! Y sus alas emanciparon los cuerpos en una leyenda de luna. ¡Cuánta belleza expresada en simples actos! Como todos los amantes, Bautista se retiró caminando entre colosales figuras y formas de mullidas nubes blancas, como el mejor signo de haber vencido el tiempo, remozado en fechas caducas. Y el tiempo, iniciando nuevamente sus vidas, mezclando infinitos otoños ocre, que no encontrarán murallas.

Bautista amalgamó las sensaciones de su reclamo y condensó en prosa descarnada, la noche del encuentro. Así quedaron sus cuerpos, mirando las estrellas que lentamente cubrieron sus sueños.

XVII

*“Los medios mienten; hablan y hablan, mienten y mienten.
Y yo... escucho y escucho. Los medios ordenan, y
yo... repito y repito. Los medios mienten, y yo... no
pienso y no pienso. Los medios de comunicación mienten, y
yo escucho y escucho; repito y repito, y ya no soy nada; no
pienso, no pienso -repito y repito. Los medios me mienten, ordenan
y me manejan. Yo obedezco y obedezco. No pienso y
repito. Los medios... Los medios... Los medios.... mienten.
¿Por qué mienten?”*

La plaza fue cercada por la policía y el ejército, desde dos cuadras a la redonda. Dos máquinas excavadoras y una cincuentena de hombres de seguridad y civiles de la justicia estaban a escasos metros del monumento. La mañana se presentó clara, calurosa como de costumbre. El Gobernador con sus jefes de seguridad dialogaban animadamente y consultaban una gran hoja con dibujos hechos a mano. El pastor es-

taba a su lado en orgullosa y preocupada postura. Todos esperaban que los grupos de especialistas en criminología terminasen de tomar fotos y muestras de pequeñas excavaciones en la base del monumento. Pasadas dos horas, la orden de iniciar el trabajo fue dada por el mismo gobernador.

La plaza y cuadras adyacentes estaban desiertas de pobladores; aunque a la hora de costumbre, nuevamente los ciclomotores manejados por señoras daban vueltas por las calles permitidas, siempre respetando el mismo sentido. Los dos patrulleros de la localidad estaban estacionados frente a la comisaría, grandes fajas de seguridad cruzaban puertas y ventanas; habían sido incautados. En la comisaría, ahora custodiada por fuerzas especiales, permanecía encerrado el personal efectivo de esa dependencia. Una sensación de misterioso temor se reflejaba en los rostros de los agentes que se asomaban a la ventana. El hotel abierto, pero desierto y curiosamente sin moscas. Los negocios estaban cerrados. De vez en cuando, una camioneta de la capital partía llevando gente desde la plaza a la comisaría. Luego de una hora o dos, regresaban rápidamente.

La pala mecánica atropelló el inmenso monolito y lo derrumbó. Una grúa mediana se encargó de sacarlo y colocarlo a varios metros. Luego, el filo de la pala fue cortando con prolijidad el suelo, como una fileteadora de fiambres. Cada palada era colocada a unos dos metros. Inmediatamente dos hombres de guardapolvos grises, con pequeñas

espátulas, buscaban restos óseos. Al sexto corte, uno de ellos ordenó, levantando la mano derecha, detener la máquina e inmediatamente con su compañero acudieron al pozo y comenzaron a trabajar manualmente con cepillos y sopletes de aire. Fue en ese momento, en que los cuerpos aparecieron.

A unos noventa centímetros de la superficie comenzaron a aparecer cráneos y huesos largos, que fueron clasificados y fotografiados comprobando su posición. Luego de extraerlos los colocaron prolijamente, tratando de recomponer esas figuras óseas enterradas desde hacía al menos unos cuarenta años, según el cálculo que uno de los antropólogos había hecho. El gobernador y las autoridades policiales asomaban al foso y regresaban descompuestos. El pastor mostraba signos de horror cada vez que sacaban un cadáver y aparecía otro, esqueletos desnudos, grandes y pequeños. Un muestreo a las seis horas de ese trabajo acumulaba una decena de esqueletos completos y diez incompletos. De ese conjunto, unos ocho eran niños. La magnitud del hallazgo fue tan importante que instalaron una carpa gigante, custodiada por cuatro garitas de seguridad, que impedían el ingreso a cincuenta metros a la redonda del lugar de toda persona que no portara un salvoconducto. Unos camiones de la Cruz Roja equipados con alimentos estacionaron en la calle de la plaza y comenzó una tarea que concluiría al cabo de cinco días con el hallazgo más importante del genocidio de los aborígenes de la zona.

El artesano y su esposa estaban a escasos metros de las excavaciones; fueron los únicos aborígenes a los que se les permitió presenciar la búsqueda. Estaban juntos al pastor y al hombre blanco quien se había contactado con el gobernador y le había llevado la documentación de Bautista con pruebas testimoniales logradas. Él intercedió para que ingresaran y explicó al gobernador que buscaban a su hijo desaparecido hacía un año, cuyo resto por casualidad había encontrado Bautista.

– ¿El del amuleto? – dijo el gobernador compungido.

– ¡Sí... el del niño! – confirmó el pastor.

En un momento dado, casi al finalizar el segundo día de excavación, el artesano que había mantenido su vista fija en cada procedimiento, se levantó ágilmente y lanzó un grito opaco, lastimoso, desgarrador; a la par su esposa comenzó a danzar en forma circular, entonando en voz baja una canción dolorosa. Quienes estaban presentes se vieron sorprendidos y asustados por ese episodio. Fue el pastor quien se encargó de aclararlo:

– ¡Reconoció los restos de su hijo! – y, mientras llamaba al antropólogo, agregó– : Este hombre es sagrado y si lo ha reconocido, sabrá decirle a usted cuáles son.

– ¡Imposible! – contestó el profesional. ¡Para eso necesitaremos el ADN!

– No se apresure, observe al artesano atentamente – dijo el pastor, acercándose más al aborigen que persistía con sus gritos y las venas de su cuello se hinchaban como si fuesen raíces de árboles en la tierra. El pastor notó que la mano derecha del artesano se mantenía cerrada y vio cuando el hombre sagrado se acercó a la fosa y súbitamente tiró la perla brillante sobre los cadáveres encontrados.

Una luz blanca apareció en la fosa; fue cubriendo los cuerpos óseos encontrados, acariciando sus huesos delicadamente y se introdujo en algunos de ellos, iluminándolos con un azul claro, muy brillante. A continuación, la luz hizo su trabajo con lentitud y gran efectividad, ante el asombro de antropólogos y funcionarios. La esposa del aborigen continuó su danza y su canción con voz tenue, hasta que en un momento dado la claridad la sorprendió y quedó paralizada. En ese instante, la luz comenzó a declinar debajo de los huesos azulados, ya identificados entre el resto de los esqueletos. El pastor dijo entonces al antropólogo:

– Si usted junta todos los huesos azulados y los ordena, tendrá el esqueleto completo de un niño: ese niño es el hijo del artesano.

El antropólogo dio la orden a sus ayudantes de juntar los huesos sobre la superficie. Se ordenó hueso por hueso, hasta que la forma del niño apareció. Los presentes quedaron absolutamente impresionados. Lanzaron una exclamación casi al unísono. El artesano, a paso lento, como si

estuviese en una ceremonia especial, se fue acercando y su cuerpo tornándose azulado. Bastó que tocara al niño, para que una nube gigantesca apareciera súbitamente y colocara la carpa y a todos los presentes en una penumbra extraña, silenciosa y cálida. Juntó los huesos, uno por uno en una pequeña bolsa que siempre llevaba vacía en su hombro, mientras hablaba en un lenguaje incomprensible. Terminada su tarea, se retiró con su esposa por el camino lateral de la plaza, que se iba oscureciendo, destiñendo las figuras humanas, hasta que desaparecieron por completo.

– Para él, ha terminado su búsqueda– explicó el pastor a esa pequeña multitud que no salía de su asombro y se mantenían en la misma posición que al inicio de todo ese espectáculo nunca visto. El pastor se colocó al lado del gobernador y con palabras de consuelo le dijo:

– Él ya tiene lo que buscó... ahora usted, señor, debe hacer su parte que no le será fácil.

Los equipos de trabajo continuaron prolijamente la búsqueda, ordenando por espacio de tres días más, los cadáveres. Luego de ser registrados y fotografiados fueron llevados a la capital en un camión especial. Pocas horas antes de finalizar la tarea, dos agentes de la gobernación entregaron un sobre lacrado al gobernador. Anunciaba el suicidio de siete funcionarios del pueblo y tres altos funcionarios de la policía local. Desde la capital se comunicaba que los presidentes de los ingenios estaban prófugos y que el alemán se

había ahorcado con una soga, especialmente hecha para su cuello porque el tumor había crecido desmesuradamente, uniendo orejas con hombros.

Un mes después, los estudios antropológicos y de laboratorio determinaron que el cien por ciento de los cadáveres era de aborígenes y pertenecían a grupos familiares en su mayoría. Un genocidio absolutamente comprobado. El hotel-restaurant se incendió sin causa alguna. La gruesa mujer desapareció. Curiosamente, a partir de esa fecha, el pueblo recuperó las características habituales de cualquier pueblo.

En la plaza, se levantó un monumento al aborígen y más tarde se reconoció en una placa los nombres de cada uno de los mártires asesinados. El secreto del pueblo había sido finalmente develado. Durante semanas, la prensa nacional e internacional informó sobre el hecho.

El gobernador, a su regreso, recibió el pedido de audiencia de Alejandro que se trasladó a la capital. Se la concedió. Los informes de Bautista estaban en su escritorio. Alejandro entró sonriente. El gobernador circunspecto señaló una silla frente a su escritorio y esperó que el visitante hablara.

— Verá, usted señor Gobernador, soy el director del medio más importante del país, dijo y miró la cara del gobernador inmutable. Fui el único que envió a un periodista para investigar hechos dudosos que se habían producido en

ese monte cerrado y nadie quería desenterrarlos. Mi periodista es un hombre experimentado, se llama Bautista y hace unas horas estoy tratando de contactarlo. Pero los informes que me envió oportunamente están siendo clasificados para una edición especial, pues ya consideramos el hecho esclarecido. Respiró hondo, y en postura triunfal continuó: “nosotros, como medios de comunicación, estamos convencidos de nuestro rol y también, de nuestra responsabilidad. Tenemos tranquilidad de conciencia cuando damos la información. Siempre que sea oportuna y correcta., ¡como en este caso que ha permitido esclarecer hechos tan lamentables! Yo desearía una entrevista exclusiva con usted y poder grabar esta charla. Le aseguro la primera página y agradeceré que sea usted el que reconozca la intensa labor del medio que represento, para esclarecer este hecho”. Sonrió, queriendo mutar por simpatía el gesto adusto del gobernador y prosiguió “Naturalmente que Bautista es el protagonista. Pero en estos casos no damos nombres de nuestros periodistas como autores, sino al grupo editorial que presido, y naturalmente a mi persona. Tengo una larga historia de casos resonantes en mi vida periodística y la seriedad con que los tratamos está unida al respaldo honesto que les damos a nuestros trabajadores, cuando ingresan en estas investigaciones que, a veces, les cuestan la propia vida”

– Bien, Sr. Alejandro – dijo el Gobernador. Sé de su interés en este caso como así también del apoyo brindado a

Bautista, a quien tuve la oportunidad de conocer, luego del trabajo realizado en ese pueblo. Estuve con él en un lugar exclusivo. Sepa usted, que está seguro. Así se mantendrá, hasta el inicio del juicio correspondiente por genocidio. ¿Me comprende? ¿Interpreta usted la gravedad de este tema?

– Por supuesto, Sr. Gobernador,... fuimos protagonistas.

– Efectivamente; así es. Pero lo más importante, Sr. Alejandro, que por suerte usted conocía todos los detalles que Bautista denunciaba y por ende los pasos seguidos estaban en su total conocimiento. Se lo agradezco. Miró con seriedad al empresario, como para anunciar la siguiente pregunta que finalmente demostraría la calidad de persona que era Alejandro. Ahora bien, ¿Bautista es su amigo?

Alejandro rápidamente lo interrumpió compungido:

– ¡Sí, señor,... mi mejor amigo y colega! – su postura era de orgullo.

– Bien, ya lo sé y le aseguro que tengo documentación que así lo prueba. Como usted podrá imaginar, Bautista fue haciendo una copia del informe que alcanzaba a mi despacho por tercera persona periódicamente, no sé como lo lograba, pero llegaba envuelto en plásticos y cueros, de manera que estamos al tanto de todo. Gracias a esto, hemos podido apresar alrededor de doce hombres comprometidos en forma directa y a veintitrés, en forma indirecta por partici-

pación secundaria y encubrimiento.

Alejandro palideció. Su verborragia fue decayendo en los últimos minutos y un sudor frío corrió por su espalda; el solo hecho de mencionar documentación paralela alertó su orgullosa postura para transformarlo en un ser inseguro y asustado.

– ¡Absolutamente de acuerdo, Sr. Gobernador!.... Espero que sepa interpretar que yo también retenía alguna documentación “a pedido de Bautista” hasta que él terminara la investigación – dijo con voz quebrada. La sudoración aumentaba.

– ¿Bautista se lo pidió, Sr. Alejandro?– preguntó el gobernador con cierto sarcasmo.

– Absolutamente, Gobernador -mintió-. Yo sin embargo y por interés de la empresa que represento, le advertí que sería muy importante contactar con usted, a los fines de ponerlo en conocimiento de su tarea periodística. ¡Es más!..., gobernador, me disgusté con él un par de veces por teléfono por su postura tan rígida y se diría autoritaria. Pero Bautista es así.

– ¿Usted cree en la libertad de prensa, señor. Alejandro? – le preguntó con voz tenue y calma el gobernador, mirándolo directo a los ojos.

– Por supuesto, Gobernador. Mi trayectoria así lo corrobora. Nosotros tomamos la profesión con absoluta res-

ponsabilidad. Muchas veces prescindimos del interés económico de la empresa que nos contrata. Nuestra información siempre es veraz.

Alejandro cambió de posición varias veces, el sudor mantenía su camisa mojada y un temblor distal comenzaba a aparecer en sus manos y boca.

– ¿Se siente mal, señor Alejandro?

– Mmm... ¿No tendría un poco de azúcar Gobernador? Soy diabético y creo que se ha bajado por demás... .Es lo que se dice como hipoglucemia–

– Por supuesto, lo comprendo. Sé que eso ocurre en los momentos de estrés o nerviosismo.

Esta apreciación sonó extraña para Alejandro, sin embargo no estaba en condiciones de continuar con la conversación hasta haber tomado algo azucarado.

El Gobernador tocó un botón, para pedir urgentemente azúcar y cualquier bebida azucarada. Además, ordenó que pasara el delegado. De inmediato, entraron una muchacha con una bandeja con azúcar y un vaso de gaseosa y un hombre maduro, canoso, de aspecto bonachón y ceremonioso, que ayudó Alejandro a tomar la bebida. El gobernador observaba la escena con preocupación. Por fin, Alejandro se sintió mejor.

– ¿Se encuentra bien, señor Alejandro?

– Mejor,... sí... mucho mejor.

– Bien, le voy a presentar al delegado del Ministerio de interior, el Dr. Mantis; un gran amigo.

Mantis inclinó la cabeza mirando fijamente al periodista que ahora sí estaba asustado.

– Encantado, doctor – lo saludó con voz quebrada Alejandro.

– No puedo decir lo mismo, señor. – dijo el delegado.

– ¿Pasa algo, doctor? – preguntó Alejandro desconcertado.

– Sí,... señor... Alejandro. Queda arrestado por obstrucción a la justicia y encubrimiento. Esta reunión fue filmada conjuntamente con el poder judicial; otro tanto sus conversaciones telefónicas con Bautista. Le ruego que no se resista ni altere el orden. Afuera tengo seis policías federales que lo llevarán a donde corresponde... con azúcar naturalmente.

– ¡Imposible!... Pregúntenle a Bautista... Ustedes están equivocados...

– Ya lo hemos interrogado, pero además, él hizo la denuncia.

– ¡Bautista no es capaz de semejante acto! – protestó Alejandro, evidentemente fuera de control.

– Parece que sí – dijo con tranquilidad Mantis.

– ¿Dónde está Bautista? – preguntó alterado Alejandro.

– Con una hermosa mujer donde usted ni nadie, podrá llegar a ellos hasta el día del juicio – le respondió el gobernador, ahora complacido de ver esta repugnante carroña sitiada.

– ¡Tengo muchas influencias! – amenazó, aunque ya derrotado.

– Nadie lo conocerá, señor Alejandro – contestó el delegado. Usted ya es pasado, hasta para su empresa. Es más: tenemos una nota de ellos en donde consta su cesantía por incompetente.

– ¡Nunca me cesantearon!..., ¡mienten!

El delegado le alcanzó un papel donde constaba la cesantía. Alejandro percibía la palabra ‘incompetente’ como un insulto que crecía. Estaba derrotado, su aspecto de orgulloso empresario se había derrumbado. El mundo que él había creado no existía. Nadie lo respaldaría. Lo sabía, lo intuía y no ignoraba que así se manejan estas cosas. Tenía derecho a pedir un abogado... pero ¿a quién? Los de la empresa ya no le pertenecían.

– ¡Ah! – Dijo el Gobernador– , me olvidaba... – Abrió el cajón del medio del escritorio y sacó un papel do-

blado prolijamente— Esto me dio Bautista para usted.

Alejandro tomó el papel con mano temblorosa, se colocó sus anteojos y leyó:

“No olvides que a Bautista lo decapitaron en la fortaleza de Maqueronte... ¿Recuerdas? Dijiste textualmente: “Sí; Herodes de Antipas...”. Y aseguraste que no me mandarías a ser decapitado, porque tenía en mis manos una gran historia. Sí, tenías razón Alejandro, tenía una gran historia que también te involucraba”.

Viscosas nubes emplomadas, provocaban una efímera frescura de sombras. Acarician el obstinado tabique de redes emplazadas con indulgente susurro de supersticiones. Bautista y Zakin, ahora pescadores amanecidos, convocados por la perfección del silencio, buscan la gigantesca ilusión de prosperidad: liberar sus boyas-redes en un río engreído.

¡Ah....qué pequeña es una barca, en ese inmenso océano de agua donde el horizonte.... es río... y el río.... Horizonte!

Sobre esas aguas quisquillosas, las redes se columpiaban como diademas danzantes abrumadas por su endeble estructura, en descomunales rompientes gigantes, atentas de una espera segura a la mágica pesca huidiza donde hoy, sorprendida están las redes por delicados hilos de humo y planeo de cenizas distraídas del tabaco encendido y enlabiado

de Bautista, hoy “el pescador”, observando como luce suntuosa la madera de su artesanal barca, cuando acomoda la protesta de relucientes peces, aleteando sus iras ante la inflexible desdicha de su suerte. Regresa triunfante hacia vetustas orillas del río, henchidas de temporalidad, siguiendo el serpenteo de espumas barrosas, invadiendo y besando orillas para señalar su conquista.

¡Ah....que pequeña es la barca! en ese colosal río, donde el horizonte.... es mar ¡Y el mar.... horizonte!

“Bautista y Zakin aún viven en la clandestinidad.
Insertos en la misma naturaleza deseada por ellos”.

GLOSARIO

“Nosotros vamos a estar acá para siempre”

De Gastón Gordillo

Historias Tobas. Ed. Biblos

Polke: similar a Jockey

Pío Gonáq: brujo

Dónagan

Porongo: calabaza

Nimatáq: fiesta de borrachos

Aloja: miel fruto del algarrobo

Osacos: chicos

Payác: diablo

KiyaGaik pi: antropófagos según
relatos. Empleados de la India
(Sikhs)

Nomi: bailes prohibidos por iglesia
de pueblos originarios

Qom Lactc: idioma Qom

Wichi: mataco
Guaycurúes: Tobas Mocovíes
Docojé: gente criolla
Uaiacaláchigi: zorro
Wolé: águila
Dolé: fuego
Kedok: tigre
Niyapé: pan
Keená: fruta del algarrobo
Wosag: arco iris
Yagaic pi: gente vieja
La Potó: chiripa de fibra de lana y
chaguar
Tainjincpí: pilagás
Jaliagane: cacique
Cuchi: chancho
Mataco: whichi
Suri: ñandú
Mariscar: pescador, recolector
Yuchan: árbol parecido al Palo Borracho

Cuchi: chanco
Yagaicpi: gente madura
Lapotó: chiripa
Yogodiñik: brujo
Nimataq: fiesta de los antiguos
Payac: Satanás
KiyaGaikpi: hombres antropófagos
Huete: casita con ramas
Poketá: poronga
Jauagaipolio: león
Kedopolio: tigre
Kiyaaikpi: relatores
Coucolek: loción de mujer
Tigic: poroto del monte
Nauge: monte cerrado
Piogonaq: brujo
Jaliaganec: cacique antiguo grupo Toba
Quiliquipi: las cotorras
Ñañigodipi: los Suris
Yagaicpi: gente madura

Wosaq: arco iris

Keená: fruta del algarrobo - harina

Yica: bolsa de fibra de Chaguar

Tachera: distribuye comida en los ingenios

Pagagen Taganagaic: maestros ingleses misioneros

Igá: raíz comestible

Guayacán: palo fuerte

Kajoganagá: montañas

Tígic: poroto de monte

Jeélagac: red de pesca

Chicotáq: hombre que lleva red al agua

Keená: bolsa de harina algarroba

INDICE

Capítulo I	Pág. 25
Capítulo III	Pág. 63
Capítulo IV	Pág. 79
Capítulo V	Pág. 85
Capítulo VI	Pág. 99
Capítulo VII	Pág. 105
Capítulo VIII	Pág. 109
Capítulo IX	Pág. 121
Capítulo X	Pág. 125
Capítulo XI	Pág. 131
Capítulo XII	Pág. 135
Capítulo XIII	Pág. 145
Capítulo XIV	Pág. 151
Capítulo XV	Pág. 157
Capítulo XVI	Pág. 163
Capítulo XVII	Pág. 167
Glosario	Pág. 183

